

Si escribís, comenzá a festejar



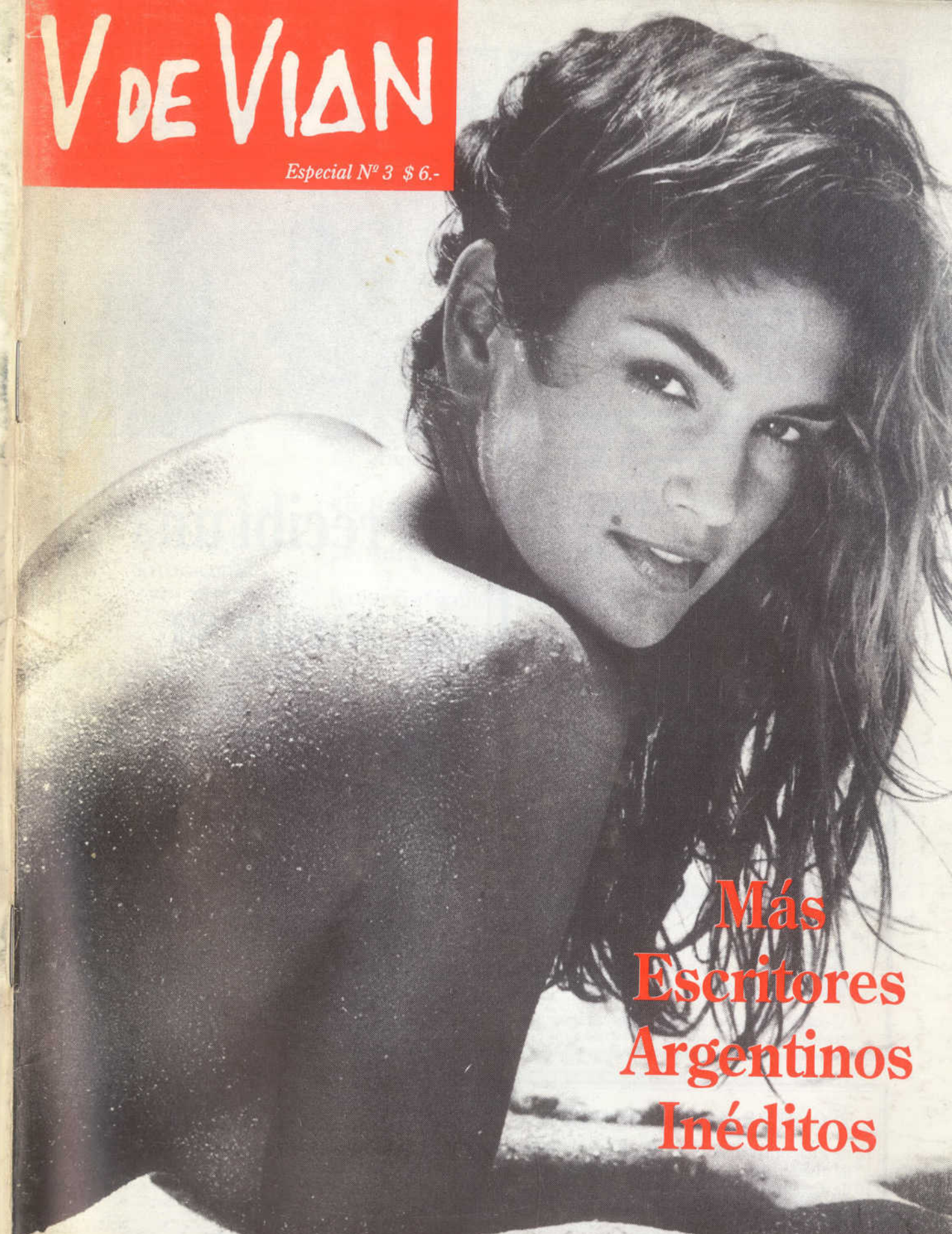
PRIMER CONCURSO DE NARRATIVA V DE VIAN

En el Número 16 te vamos a dar todas las bases para que puedas participar en el primer concurso de cuento que organizamos para festejar los cuatro años de existencia. Te adelantamos que vas a tener tiempo hasta febrero para entregar tus cuentos, que los mejores van a salir publicados en el próximo especial ficción, que el ganador, además de la publicación, va a llevarse unos pesitos y unos cuantos otros premios y que la idea es encontrar a nuevos escritores. Por eso no podrán participar los autores aparecidos en los dos especiales ficción ni tampoco aquellos escritores que hayan publicado en editoriales grandes (si pueden hacerlo aquellos que hayan publicado en editoriales chicas, o en ediciones de autor, o en otras revistas).

Así que si escribis o creés que podés hacerlo te aconsejamos que te pongas a trabajar. En el próximo número te damos todos los detalles.

V DE VIAN

Especial Nº 3 \$ 6.-



Más
Escritores
Argentinos
Inéditos

ESPECIAL FICCION

Y LOS LIBROS DE OCTUBRE RESPONDEN...

El amor último (Acompañamiento de enfermos terminales). Marie de Hennezel y Johanne de Montigny. Un tema que se tiende a eludir tratado con la fuerza de la experiencia por profesionales francesas y canadienses: cómo ayudar a vivir hasta la muerte y no para la muerte.

Teatro I. Juan Carlos Gené. Incluyendo sus obras más recientes: **Golpes a mi puerta** (sobre la que se basó la laureada película), **Memorial del cordero asesinado** (sobre García Lorca), **Ulf** y **Ritorno a Corallina**.

¿Y vos de qué te reís? 2. Rudy. El brillante autor de los **Buffet Freud** y coautor con Paz del humor de "Página/12" presenta una selección de CHISTES PARA CONTAR, que no son de "2ª selección".

La palabra o la muerte (¿Cómo es posible una sociedad humana?). Moustapha Safouan. Uno de los lacanianos más eminentes define cómo la existencia del orden simbólico implica la de la palabra que permite la existencia de las sociedades.

El sexo mandamiento. Kemchs. Humor gráfico audaz y divertido sobre uno de los temas preferidos del ser humano, por un dibujante mexicano de primera y ágil línea.

La fábrica de chistes (Talleres de humor para chicos, maestros y padres). Luis María Pescetti. Cómo trabajar el sentido del humor innato de los niños antes de que algunas escuelas lo mutilen. Ejercicios y propuestas divertidos para disfrutar con ellos.

Noruega cuenta. Antología de narrativa noruega. Selección y prólogo: Angélica Gorodischer. Un mundo casi inexplorado de escrituras intensas y actuales. Junto a Knut Hamsun y Sigrid Unset, otros nombres para tener en cuenta en este "menú degustación".

Y DE LA COSECHA DE PRIMAVERA:

Erotópolis (Erotic rocks). Viviana Lysyj

Los efectos personales. Cristina Siscar

Amo a ti (Bosquejo de una felicidad en la historia). Luce Irigaray

Marguerite Duras. Christiane Blot-Labarrère

¿Quién es Nik? Nik

Alturas, tensiones, ataques, intensidades (Memorias 3). Juan Carlos Paz

Estructura social de la Argentina. Susana Torrado (2ª edición)

Toda Mafalda. Quino (5ª edición)

¿Quién mató a Rosendo? Rodolfo Walsh (3ª edición).



Ediciones de la Flor
Anchoris 27 (1280) Buenos Aires
Fax: 27-5372

(Desde el 1º de noviembre en nuestra nueva casa:
Gorriti 3695, 1172, Buenos Aires. Fax: 963-5616)

Fechas para recordar

12 de diciembre: sale V DE VIAN 16.

17 de diciembre: ¡cumplimos cuatro años!

20 de diciembre: lo festejamos en el **Garage Argentino** (México al 300).

25 de febrero/ 1995: cierra la recepción de obras para el primer concurso de narrativa de V DE VIAN.

Más datos al final de la revista

Suscribíte



y recibí una sorpresa

Suscribíte a V DE VIAN y recibila donde vos quieras. Con tu suscripción te regalamos números atrasados y libros.

También podés regalarle la suscripción a algún amigo, familiar, pareja o a quien se te ocurra y se la llevamos el día que vos decidás. Basta de regalar siempre compactos y libros. Ahora podés ser original y regalar una suscripción de la mejor revista casi de literatura.

Valor de las suscripciones:

Cuatro números: 24 pesos. (Regalo: tres números atrasados)

Seis números: 35 pesos (Regalo: cuatro números atrasados y un libro de aparición reciente)

Dos suscripciones de seis números: 60 pesos (Regalo: los cuatro números atrasados y el libro para cada una de las suscripciones)

**Llamáanos
787-2898**

CON V DE VIAN

Especial N°3
noviembre de 1994

DIRECTOR
Sergio S. Olguín

COORDINADORA
Flavia Torriceli

PARTICIPA
Alberto D. Baccay
José Luis Cavazza
Marcelo Damiani
Adián Dumas McLaughlin
Claudia Feld
Guillermo Fourquet
Gisela Picca
Raquel Poblet
Teresa Rodríguez
Alejandro Sapognikoff
Claudio Zeiger

FOTOGRAFIA
Diana Arbiser
Lucía Vassallo

EMBAJADORA EN HARVARD
Karina Galperín

COMUNICACIONES
Jessica Fainsod

ARTE Y DIAGRAMACION
Gabriel Miró

CON V DE VIAN es publicada por Ediciones Magara.
Registro de la propiedad intelectual en trámite.
Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización previa. Las notas firmadas representan las opiniones de sus autores y no necesariamente de la revista.

Agradecemos muy especialmente a
Matías Eladio Pérez por su asistencia
fotográfica

REDACCION
Av. Rivadavia 5865 3ºB
787-2898

COMPOSICION
Et altri
IMPRESION FOTOMECANICA

Imprenta Trenque Lauquen
DISTRIBUCION
Motor Psicho

Capital Federal
República Argentina
Tercer Mundo

SUMARIO

Especial Ficción

Escritores Argentinos Inéditos (II)

- 5/ **Claudio Zeiger:** Muchacho Skinhead.
- 10/ **Gisela Picca:** Romance II.
- 14/ **Marcelo Damiani:** El sentido de la vida.
- 18/ **Teresa Rodríguez:** Mahler no es Brando.
- 22/ **Alejandro Sapognikoff:** El que mal anda.
- 26/ **Raquel Poblet:** En la profundidad de la noche.
- 30/ **Adrian Dumas McLaughlin:** ¿Sueña Roberto Ca-
bañas con gallinas eléctricas?
- 36/ **Claudia Feld:** Entró un man.
- 37/ **José Luis Cavazza:** La quema.
- 39/ **Alberto David Baccay:** Cuando la llave viene ba-
jando.
- 42/ **Guillermo Fouquet:** Bonzo.

Cuestionario del Identikit

- 1- Nombre y Apellido.
- 2- Lugar y fecha de nacimiento.
- 3- ¿A qué te dedicás?
- 4- ¿Qué escritores despiertan tu admiración y/o envidia?
- 5- ¿Qué libros fueron importantes en tu vida?
- 6- ¿Cuándo y en qué circunstancias sentiste que te ibas a dedicar a la literatura?
- 7- ¿En qué momentos y en qué circunstancias escribís?
- 8- ¿Cuáles son tus proyectos literarios?
- 9- ¿Quiénes son tus primeros lectores?
- 10- ¿Que manifestaciones culturales y hechos sociales te influyeron?
- 11- Discos favoritos.
- 12- Películas favoritas.
- 13- Contáanos algo de este cuento.

Sum. & Cuest.
V de Vian 3



Muchacho skinhead

(Una nota de color)

POR CLAUDIO ZEIGER

En enero de 1993 hice el amor con un muchacho skinhead. Fue en un momento impreciso de la madrugada que siguió a la noche en que nos conocimos, aunque decir "hice el amor" es una manera de falsear lo sucedido, porque en ningún momento fue amor, y segundo, porque hacer lo que se dice hacer, no hicimos nada demasiado concreto. Estuvimos juntos, eso sí. La cabeza rapada que lo acreditaba como un auténtico skinhead levemente áspera como la piel de un kiwi, la sorpresiva cara de tipo desprotegido en un momento de eso que llamamos hacer el amor. Mi propio desamparo. Boludeces. Pero supongo que me estoy adelantando.

Posibles decepciones del lector: no hubo escenas aberrantes de torturas neonazis. No hubo siquiera un ritual sadomasoquista ni una miserable svástica tatuada a traición en un momento de lasitud. Ni siquiera usaba borceguíes esa noche porque por el excesivo calor de los días previos, me explicó, se le habían ampollado los pies. Esa noche los reemplazó por unas zapatillas Topper basquet negras. Pero no pretendo ridiculizarlo. Era un skinhead. Joven, rebelde, confuso. Intragable para la socialdemocracia, supongo, aunque no quise saber mucho de su -digamos- posición política. Bailaba solo. No provocaba. Y tenía una pizca de seductor frío, o por decirlo con una etiqueta más, cool.

Era cool. Y yo soy una mujer fogosa, una veterana para más datos, lo que equivale a decir que no fui un hombre arriesgándose a ser pisoteado por la bota



Claudio

V de Vian 5

homofóbica de un muchacho skinhead. Sin embargo, me expuse. Ideológicamente si se entiende. Yo estoy acostumbrada por mi trabajo a manejarme con etiquetas, a catalogar rápidamente a las personas. Una deformación profesional, sin dudas, pero que a la larga resulta útil para manejarme con comodidad en el mundo de las tendencias, los Fenómenos y las notas de color. Casinada es como aparece en las notas de interés general de las secciones de los diarios y las revistas que se denominan "costumbres", "Lo nuevo", "Variedades", "Mercado de pulgas". Así las cosas a unos les toca skinhead, a otros punk, a otras periodistas progresistas veteranas. Así vivimos. Incomunicados.

Soy periodista. Redactora especial de una revista que se jacta de no ser un producto clásico para mujeres (¡si hasta les habla de política!) y de estar atenta a la novedad social, las tribus urbanas, los movimientos generacionales, las nuevas costumbres, la moda, las maneras de hablar, las discotecas alternativas, los gays, las décadas, las anoréxicas. Todo nos llama la atención, todo es novedoso. Siempre.

-¿Envejeceremos como las redactoras de *Ma belle*?- dijo Vicki, la tarde del viernes.

Levante la vista de la computadora.

-¿Cómo envejecen las redactoras de *Ma belle*, Vicki.

Vicki, a mi juicio, es un nombre mucho más apropiado que Mabelle para una revista de mujeres. Con mi nombre creo que sucede exactamente lo contrario: parece el nombre de una revista femenina de los años cuarenta, como si me lo hubieran puesto a imagen y semejanza de alguna estampa de niños rubios y regordetes. Pero es mi nombre, Fernanda.

-Mal, ridículas, malco... gidas -dijo Vicki.

Claro que para entender el grado de depresión que encerraba la pregunta de Vicki, y la agresividad de su autorespuesta, habría antes que vivir en carne propia lo que significa derretirse en una redacción semivacía una tarde de enero con ola de calor. Es inhumano, sobre todo cuando se está obligado a tener ideas, a creer en ellas, a competir con ellas.

Una vez, Vicki y yo llevamos adelante un *dossier* sobre "¿en qué anda la juventud argentina?". Promesa de tapa, páginas y más páginas para desparramar ideas y buena prosa. Lo concreto es que como veteranas reverdecidas que somos nos pusimos a trabajar como perras en un informe que luego fue convenientemente

cepillado porque al parecer terminó resultando un poco fuerte para las nuevas mujeres madres de los hijos sobre los que escribimos.

Carecientes de ideas como estábamos, pensamos vagamente en reflatar algo de aquella lejana producción sobre la juventud de los años ochenta. Pero desde ya intuimos que la juventud andaba, los bochornosos días del verano de 1993, en algo bastante distinto.

Tímidamente nos fuimos convenciendo una a otra de lo acertado que sería "retomar" aquel intento adaptándolo a la temporada veraniega. Por ejemplo ¿a dónde van a divertirse los jóvenes que se quedan en Buenos Aires?. Mientras la frivolidad de las revistas de la fándula se orientaba a la costa atlántica y a Punta del Este, nosotras seguíamos ensayando gestos alternativos. Nos animamos.

Cuando al rato se acercó Alba, la diagramadora, le pregunté cuál era el lugar diferente a donde iban, etcétera. Ella sabe de estas cosas y no dudó un instante:

-¡Las fiestas pardas!

Vicki y yo nos miramos con satisfacción. Las dos sentimos el leve cosquilleo en la base del estómago que caracteriza al buen periodista de investigación a punto de salir a escena. ¿Fiestas pardas? Allá vamos.

Y allá fuimos. Entre el horario de cierre y el predancing juntas nos arreglamos y nos dimos ánimo para evitar ese bajón del tono vital que sobreviene después de la medianoche y que hace que tanta gente se quede en su casa. Un taxi nos dejó en la puerta de un galpón reciclado.

Nos habíamos vestido, yo diría, demasiado. Creo que por lo menos debimos haber ensayado un look más suelto. Juntas, dábamos una verdadera sensación de agobio. Flores que no tardarían en marchitarse y empezar a despedir un olor fuerte. Exagero, pero de las tres, a pesar de todo, yo era la más aceptable, porque por lo menos me había dispuesto a ser agradable. Mi camisa blanca y mi chaleco a retazos de colores me volvían dúctil, no hubiera desentonado ni en una salsera ni en *Bunker*, ni tampoco allí, ese lugar que llamaban las fiestas pardas donde con escenografía de club de barrio los chicos jugaban a bailar la música en inglés pero la bailaban igual. Entre la concurrencia, unos travestis oficiaban de anfitriones a la fiesta. Varias veces cruzamos miradas de entendimiento:



todas mujeres fatigadas, abatidas por el calor intenso, cuidando de una troupe de jovencitos dispuestos a darse vuelta en una burbuja de cerveza. Críos y más críos desfilaban adelante nuestro.

-Me siento un travesti- dijo Alba con un evidente malhumor.

-No exageres, pero ¿vos estás segura?

-¿De qué?

-De que este es un lugar de la movida.

No me contestó. No hablamos mucho más en toda la noche. Creo que fue en ese momento que lo vi por primera vez. El también, a su manera, desentonaba y estaba solo.

Además empezaba a molestarme la actitud apichonada y distante de mis compañeras de bohemia aquella noche. Visiblemente, Vicki había perdido todo el entusiasmo de la tarde por los fenómenos de la juventud argentina y sus microclimas. Lo único que hacía era desinflarse por los rincones en busca de algún veterano que, desde luego no existía. Alba, por su parte, había adoptado una dura actitud de vieja hippie que no se resigna a dejar su sitio y escuchaba con oído crítico los evidentes vaivenes estéticos del discjockey. Decidí entonces que iba a desprenderme del racimo que formábamos, la uva iba a dedicarse a bailar, eventualmente juntar material para sus notas y sobre todo no preocuparme por la mala vida de una redactora en verano de una revista femenina que vive engañando a sus lectoras.

Un golpe seco, anónimo, providencial atrás nuestro nos obligó a separarnos y a sumergirnos en la pista de baile, a brillar, mi amor. Primero me vi envuelta en un remolino de camisas coloridas y desprendidas, olor a sudor y a crema de enjuague, hasta quedar a no más de

un metro de la cabeza rapada, del torso desnudo, era un morocho, tenía un jean tajeado y las topes negras de las que ya hablé.

-¿Te puedo hablar?

Licencias de cronista: no voy a revelar si fue él o si fui yo quien pronunció esta primera frase, pero resulta que esta primera frase no dio pie en realidad a ninguna conversación espectacular, a ninguna revelación extraordinaria.

Pero antes de seguir había que concebir una estrategia. Sabía de la condena que estaba por venir y que no tardo en venir. Vicki y Alba ya me tironeaban del brazo.

-¿No se te ocurrirá levantarte a eso... ese pendejo?

-¿Qué tiene, qué tendría de malo?

-Es un skinhead. Son nazis. O neo-nazis.

-Vos con tu apellido, nena. Justo.

Recuerdo que antes de perderlas momentáneamente de vista en un parpadeo de las luces y volver a quedar a tiro de mi muchacho skinhead, alcance a gritar al aire: "No tiene por qué saber mi apellido."

Esta vez tuve que inclinarme porque en realidad no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Igual contesté:

-Capricornio.

¡Mi muchacho skinhead acababa de preguntarme el signo!

Un poco más lejos Vicki y Alba bailaban con uno de los travestis, uno flaco, rubio, de poca teta. Vicki se refa echando la cabeza para atrás como si lo estuviera seduciendo un viejo barman en un cabaret y yo hasta sentí una ráfaga de ligera envidia porque pensé que se estarían divirtiendo a lo grande. Bailaban muy animadas, transpiraban

Espacios

de crítica y producción

Publicación de la Facultad de Filosofía y Letras - UBA

Comité de Redacción: Jorge Dotti, Gladys Palau, José Sazbón y Pablo Gentili

Asesor Editorial y Secretario de Redacción: Carlos Dámaso Martínez

El precio de la suscripción por tres números es de U\$S 24 Instituciones: U\$S 30. Exterior agregar

U\$S 8. Los pagos deben efectuarse mediante cheque bancario a la orden de la Facultad de Filosofía y Letras, Secretaría de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil, en Puan 470, (1406)

Buenos Aires, Argentina.

Editores responsables: Carlos Dámaso Martínez y Gladys Palau.

saludablemente y en realidad me vigilaban a lo grande. Entonces decidí mantener una cierta distancia con Walter, que así me enteré que se llamaba cuando intercambiamos nombres.

Pero no las edades. Al día de hoy seguiría sin darle más de veinte años, pero aún suponiendo que haya crecido, que haya aprendido a decir frases coherentes, una detrás de la otra y que su pelo se desparrame como

una melena dorada por debajo de sus hombros, esa noche, en las fiestas pardas, no tenía más de veinte años. Algo que agravaba mi falta. Tanta diferencia de edad y su dudosa vocación democrática no hacían más que acentuar mis delitos de pensamiento. Mientras tanto, a varios metros, riéndose y conversando amablemente, algo borrachas, Vicki y Alba sobreactuaban su tolerancia y amplitud mental intimando con aquel travesti. ¡Si estaban a punto de hacer un trencito!

En cambio, nosotros dos bailábamos sueltos. Formábamos y no una pareja. "Ella baila sola" pensé y a continuación traté de hacer un cuadro de situación. Mi muchacho skinhead empezaba a hartarse de la manada salvaje de sus amigos del barrio de Belgrano, intentaba salir del círculo estrecho de prejuicios, fobias y tatuajes, del adoctrinamiento antisemita del líder de su grupo, y tomando distancia aquella noche había ido a parar a esa "fiesta parda". Porque a decir verdad, desentonaba más que nosotras en aquel lugar. Yo me hacía esta clase de preguntas cuando sucedió lo que sucedió.

Si tuviera que describirlos en base a mis conocimientos sobre

tribus urbanas adquiridos en las fogosas lides del periodismo de investigación antropológica, etc., etc., diría que eran más bien *grunge* estilo Seattle. Vistos en medio de aquel amontonamiento transpirado en que se había convertido la fiesta, no eran más que dos flacos de pelo largo, despreocupados, alegres, que bailando, me empujaron. Pero además insistían, me arrinconaban, todo bien, con buena onda me empujaban. Lo miré

suplicante pero ya era demasiado tarde. Walter ya estaba encima de ellos y empezó a golpearlos antes de proferir su grito de guerra. Evidentemente ignoraba las sutiles diferencias que separan en subgrupos al neohippismo, al *grunge*, incluso al *skate dark* y otras variantes de las que apenas teníamos noticias en aquel candente verano de 1993. Desencajado dijo: "Hip-

pies sucios hijos de una gran puta".

Vi sangre. La concurrencia empezó a abrirse alrededor nuestro, y varios jóvenes parecidos a los que me habían empujado se le fueron encima a Walter. La fiesta quedó paralizada en un instante encantador, de cine. Luego, cuando la acción se reanudó, Vicki y Alba venían hacia nosotros seguidas del travesti (días después me enteraría de que Vicki ya había arreglado con él para hacer una nota en la semana por-que-yo-vine-

LUCÍA VASSALLO

Fotografías

372-7476



Claudio

8 V de Vian

a-trabajar). Decidí ganar terreno, definitivamente me animé. Lo tomé del brazo. Me pareció que echaba humo por la nariz, como un búfalo de historieta.

-Tenés que salir de acá porque si no me parece que te pueden destrozar- alcancé a decirle, y me pareció que estaba ligeramente aturdido. Salimos a un pasillo que estaba vacío y nos sentamos en un banco de madera. En la puerta del salón se recortaron dos figuras ya ampliamente conocidas por nuestras lectoras. Estuvieron allí mirándonos, fijamente a propósito, y luego, girando las cabezas como mellizas enfadadas volvieron a entrar al aturdimiento del baile. Estuvieron un total de seis días sin hablarme ¡mis amigas!

-Salgamos- dijo él con la voz ronca.

Afuera, caminando debajo de luces amarillentas de faroles porteños abarrotados llenos de bichos de luz, pisando charcos de vómitos de cerveza o simplemente de cerveza, volvió a desahogarse contra los sucios hippies de mierda, el porro ("la marihuana" dijo) que los da vuelta y los travestis que todo lo confunden. Dijo que nunca más iba a volver a pisar ese lugar de mierda.

Me contó que vivía con la madre y un hermanito de cinco años en Lugano 1 y 2, más exactamente en 1, tenían una panadería, el padre era un maestro mayor de obras que se había ido de viaje y no había regresado en los últimos dos años, que llevaba una vida de trabajo pero no estaba nada conforme con la vida, que iba al gimnasio pero que era más flaco que una estaca. Jamás sacaría mucho músculo. Los sábados iba a una bailanta.

Bueno: a mi muchacho skinhead se le soltó la lengua, y dijo una cantidad de cosas intrascendentes, de escaso valor testimonial, y que no vale la pena repetir sobre todo a riesgo de cansar a nuestras lectoras.

Agregaría nada más que las zapatillas negras en un rincón despedían una especie de humito, como de caldo, y que la cabeza seguía tan rapada como al comienzo de la noche. En un momento de esa madrugada que siguió a la noche en que nos conocimos, con ternura, sin intención agresiva, ni de parodia, dijo:

-¿Qué estás haciendo? Podría ser tu hijo.

Pero yo sabía que no era cierto.

Identikit

1- Claudio Zeiger.

2- 21 de setiembre de 1964.

3- Periodismo

4- Admiración incondicional y no variable con los años a Carson McCullers por El corazón es un cazador solitario y Frankie y la boda, a Ballard por Crash, a don Ramón del Valle Inclán por Sonata de primavera. A Onetti, a Marguerite Duras y Clarice Lispector. A Thomas Wolfe por "Un circo en la madrugada", a Raymond Carver (sobre todo por "Parece una tontería" y "Gordos"), a Elvio E. Gandolfo por La reina de las nieves y "Vivir en la salina".

5- En gran parte contestada en la respuesta 4 pero aprovecharía para agregar algunos libros significativos y revisitados para escribir en el idioma de los argentinos (y sobre los argentinos): Ejércitos imaginarios de Fogwill, En otra parte de Rodolfo Rabanal y Vudú urbano de Edgardo Cozarinsky.

6- No estoy muy seguro de poder dedicarme de lleno a la literatura, y ni siquiera de si vale la pena. A veces pienso que sí, sí vale. Creo que es lógico que cualquiera de nosotros que escribimos en medio de estas circunstancias se lo pregunte. La vocación de todos modos, tiene una

zona de misterio muy fuerte que vale la pena explorar. Y pese a todo la literaria sigue siendo una forma de reflexión sobre la experiencia -la mía en mi sociedad, la sociedad y sus microclimas- que me seduce.

7-A los saltos.

8-La palabra "proyecto" me asusta tanto en la vida como en la literatura.

9-Eso es variable. Casi nunca nuestro porque casi nunca algo está terminado.

10-Malvinas por su mezcla de muerte joven, traición y apertura democrática. El clima de época de los '80: la crisis de la militancia, los raros peinados nuevos, el consumismo, el hedonismo, el culto a lo joven, la bisexualidad, el dark, el rock & pop nacional. La huelga "salvaje" de ENTEL de 1990. El sida, como hecho social y también su relación con lo estético. Haber leído mucha literatura argentina de estos años te guste o no te guste. Las clases de Beatriz Sarlo en la carrera de letras. El periodismo.

11-London calling de The Clash. Sacred Fire de Santana. Strange ways, here we come, The Smiths. Blah blah blah de Iggy Pop. Speak and Spell de Depeche Mode. Pet shop boys discography. The final cut, The division

bell, de Pink Floyd. Eurythmics en vivo. Algunos nativos: Relax, Locura y Superficies de placer de Virus. Doble vida de Soda Stereo. Los abuelos de la nada en general y Andres Calamaro en particular.

12-Ropa limpia, negocios sucios de Stephen Frears. El te del harem de Arquímedes (Medhi Charef). Diario íntimo de una mujer casada, de Hans Geissendorfer, La ley del deseo de Almodovar y Midnight cowboy de John Schlesinger.

13-Desde ya este cuento guarda una "sutil" conexión con "Muchacha punk" de Fogwill, que es -para explicarlo a lectores que no hayan leído ese relato- como la Maga pero reventadita. Este muchacho skinhead no es ni una parodia ni un homenaje, pero yo asumo que alguien que quiere escribir sobre estos años de reviente y democracia ya no tiene como opciones literarias a Borges o Cortázar, sino a Fogwill, a Piglia o Saer. En mi caso asumo la fuerte marca del primero. Sobre el texto agregaría que más que un cuento en sentido tradicional lo considero una estampa o un cuadro de costumbres. Casi casi una nota de color.

Claudio

V de Vian 9

Romance II

POR GISELA PICCA

EDEN

"A chacun son eden"

Méditerranée

TURQUIE GRECE
EGYPT
SICILE YOUUGOSLAVIE TUNISIE
ALBANIE

Printemps - Eté - Automne 1989

Unos ojos negros para esa mirada singular, devoradora, tierna (sin embargo son grises).

Es la experiencia sexual más fuerte que he tenido en los últimos días. Un mozo de barco pobre de raza exótica que me mira y abre sus fauces para pronunciar un torpe Hello. What's your name? y escuchar un tenue y tonto Susana proveniente de mi cuerpo, a estas alturas hartos de toda esta mierda turística y necesitados de algún contacto humano entre tanto I'm from Argentina, and you?, you're welcome y la puta que lo parió al turco éste que me sonríe y me besa la mano con su boca sucia y asquerosa pero que me excita tanto, tanto...

(Puntada en la ingle y gota tibia que se desliza ágil entre las piernas para descansar feliz en mi bombachia)

Nice name, dice el turco.

Mar Egeo. Travesía soñada. El Pireo-Mykonos. Huele mal, todo huele a transpiración y a mugre y a tabaco barato. La temporada turística aún no se advierte en estos barcos cargados de griegos pobres y turistas del sur, aunque hay unos cuantos norteamericanos escapando una cubierta más arriba.

Después de detenernos en varias islas, el *Epidavros* se dispone a emprender el último tramo del viaje. Siento que, después de todo, este sol de verano precoz no está tan mal. Busco entusiasmada el bronceador en el bolso y me lo paso por las piernas recién depiladas, con parsimonia, casi acariciándome. A continuación escribo en el ticket de viaje que pienso adjuntar al paquete de souvenirs que vuelve por correo a Buenos Aires: "Yo en Grecia no tengo *dracma*".

Detrás de unos anteojos de sol, muy cerca, está Agustín. Lee unos libros que se compró en París. Me asalta un extraño y profundo sentimiento de asco que se difuma entre las olas y la cegadora claridad del mediodía.

A Agustín lo conocí en Venecia. Me descubrió hablando de Maradona y de Caniggia con unos tanitos de cuarta que se nos habían venido al humo cuando nos sorprendieron a Marta y a mí solas en la calle, tan tarde. Habíamos salido a conseguir algo para comer -después de un día agotador de buscar hotel, instalarnos, fotografiarnos en Plaza San Marco, tomar vaporetos, y suspirar en el puente correspondiente- con la ingenuidad de quien sale a las diez de la noche acenar en Buenos Aires, feliz y contento.

Cinco pasos en la calle fueron suficientes para tener dos tanos siguiéndonos. ¡Silas chicas supieran!, murmuramos con Marta. Y pensamos en las chicas en Buenos Aires, lidiando con los tipos argentinos. Una cagada. Son los que dicen es linda, cinco centímetros más y es perfecta. Cerdos.

Apuramos el paso como vírgenes indignadas y otea-

mos el horizonte: nada. Algunos pocos transeúntes escapando de una incipiente llovizna. A excepción de algunos restaurantes, inaccesibles para dos jóvenes argentinas, todo *chiusso*. Los tanos nos ven vacilantes. Nos damos cuenta a la vez que nuestros fieles perseguidores, de que no tenemos escapatoria: o les preguntamos a ellos por un lugar donde alimentarnos o con los mismos aires con los que vinimos hasta acá, nos volvemos famélicas al hotel.

Un argentino nunca hubiera hecho esto, che. Barsucho barato. De dorapa. Es evidente que no tienen ni para un café. Marta empieza a tentarse de la risa. Estamos como cuando vinimos, me grita divertida con la impunidad del uso del idioma y bastante alegre con el vasito de vino tinto que le han ofrecido como cena.

Yo empiezo a indignarme. Me quiero volver al hotel. Urgente le hago las señas correspondientes a Marta que, alegre y todo, no ha perdido la conciencia de peligro inminente. Tano paga, tano quiere.

Queremos ir al hotel, digo yo muy seria. Me digo, también, que me gustaría saber cómo volver y no tener que confiar en estos dos zapallos. En general, puedo ubicarme bastante bien en cualquier terreno si lo he recorrido una vez, pero esta vez me he perdido completamente. Por suerte, Marta ignora mis dudas así que se aboca entre abrumada y divertida a la tarea de

sacarse de encima las manos del ardiente itálico. Llueve.

Qué bueno ha sido hacer este viaje juntas, pienso. La observo con sus calzas floreadas, remera amarilla flúo y alpargatas de yute de color fúcsia caminando con Francesco bajo la lluvia, con sus alpargatas convertidas en dos chancletas pesadas y chorreantes. Se la ve divina, espléndida en su atuendo luminoso.

Tenemos frío pero no lo mencionamos. Marta ha dejado de reírse de a poco. Seguimos adelante con una sonrisita nerviosa y una conversación entreverada sobre la cocaína que se aspiró Caniggia y quién sabe qué otra cosa que nunca entendimos.

Cuando empezamos a reconocer las inmediaciones del hotel recuperamos el buen ánimo. Parece que vamos a salir sólo salvas de esta noche infructuosa. Seguras de que en el próximo puente los despachamos nos tomamos el tiempo de rigor necesario para flirtear. Halagadísimas despreciamos la invitación de ir a bailar y nos morimos de la risa de nuestras tontas excusas y de sus gestos ingenuos y maravillados.

- ¡Ma, perche? - exclaman, en el fondo sin poder creer que dos sudaquitas estén rechazando su invitación. ¿Perche?

Recién a las dos de la mañana de aquella noche caeríamos, por fin, Marta y yo en la cama descostillándonos de la risa.

- ¡Loca, me muero de hambre!

A Agustín lo conocimos en el desayuno en el hotel, la mañana siguiente.

Gisela
V de Vian 11

Nos había visto por primera vez en la calle aquella noche y le habíamos gustado. Dijo que se había quedado mirando si necesitábamos ayuda, pero que le había parecido que estábamos bien y no quería parecer un argentino celoso y corta-mambo.

-Ojalá te hubieras quedado -se lamentaba falsamente Marta. Me pareció que le gustaba Agustín.

-No sabés el olor a transpiración que tenían -digo esta grosería para escandalizarlo, porque creo que aquella mañana no hice otra cosa que intentar llamar su atención.

Agustín lejos de acusar recibo de mi hostilidad se hizo cargo de un halago y aquella mañana se lo olió como nunca a perfume importado de freeshop de Buquebús.

Aquella tarde la tuvimos a Marta con fiebre. Después de almorzar los tres en la habitación del hotel, se durmió y decidimos con Agustín ir a tomar un capuchino por ahí. Me contó que era ingenie-

ro y que estaba trabajando en París, así que se había hecho una escapada de tres o cuatro días. Tenía para tres meses más de estadía en el viejo mundo y para él era una maravilla encontrarse con argentinos. No había visto demasiados en el mes que llevaba instalado.

¿Y Ustedes? No, tampoco.

Dos semanas después y en un barco con este idiota. ¡Ay, Martita! ¡Cómo te extraño! Pienso mandarte una postal de este lugar apenas llegue. Con Agustín no pasó nada. Ni va a pasar, loca. No puedo contarte nada ahora. Es muy largo. Apenas llegue al aeropuerto te cuento. Vas a ir a buscarme, ¿no? ¡Por favor!

Ni era ingeniero, ni estaba en París, ni le quedaban tres meses. Sanata. Toda sanata. Casado, con hijo de año y medio. Arquitecto. Y no me digas que estaba cerca. Se tomó unas vacaciones sin la mujer "porque sí, porque lo necesitaba". Flor de hijo de puta. Lo de la mujer, etcétera me lo contó en Roma la primera noche que pasamos juntos. Habíamos iniciado los preliminares del amor (algunos besos inspirados) y se despachó con toda la historia, con testimonios fotográficos y todo. A esa altura ya me había declarado eterno amor. Lo de su impotencia en potencia lo supe algún tiempo después en Bari, porque esa noche en el medio de disculpas y perdones respectivos todo quedó en la nada.

Plan B, me dije. O me volvía inmediatamente a casa o me quedaba, tal como lo habíamos planeado con Agustín, hasta después del soñado viaje a Grecia. Me sedujo, sin embargo, el placer de una canallada.

Después de aquel capuchino en un recóndito barcito, Agustín y yo nos habíamos percatado de la onda mutua. Galante y prudente, dejó pasar todo ese día para volver al

ataque. Marta ya empezaba a intuir la situación y, con un maravilloso giro había emprendido la retirada sin saber que a ella la vida la estaba haciendo afortunada.

Al otro día, nomás, Marta me habló con gravedad y me dijo que está todo bien, loca", que ella seguía sola hasta Barcelona (esa sería la parada siguiente en nuestro plan de viaje) y que nos encontrábamos en pocos días en el aeropuerto en Madrid, para contarnos todo. Que para ella también iba a ser toda una experiencia. Y pensar que yo temí por ella, por que se aburriera o sufriera o le pasara algo... Esa tarde nos despedimos emocionadas y nos deseamos suerte.



¡Guau! Esto es Mykonos. Por suerte despaché mi equipaje en el vuelo de Marta y no tengo que preocuparme por las escaleras del barco. Le tiro mibolso a Agustín y corro, corro hacia ninguna parte entre casas blancas con puertas celestes, pero diviso, junto a un localcito que ostenta EXCHANGE, un locutorio.

Agustín me sube a un taxi y me advierte que estoy colorada, que me ponga un poco de crema en la cara, que vamos rumbo al hotel y que busque el pasaporte. Obedezco como una niña enamorada y sonrío encantada.

Que es la primera vez que me pasa, que estoy muy nervioso, que dame tiempo, que ya voy a estar bien y yo, por otro lado, que no te preocupes mi amor, que no te preocupes mi amor, que no te preocupes mi amor.... Bari es muy peligroso, escribí en la postal para los chicos de la oficina.

En esas callecitas blancas y angostas se cuelgan balcones. Un laberinto en azules, barcitos en cuyas ventanas rompen olas serenas, pequeñas tiendas de ropa marina, de joyas super exclusivas, y la presencia del mar, siempre. Me sumerjo en algunos locales de remeras y me compro dieciseis para regalar. Le pido a Agustín un sumergible y algunos accesorios rústicos. Me compro dos trajes de baño y un bermudas y un sweater de hilo beige. Te compro, Marta, un bolso de plástico transparente super canchero como vos decís y un conjunto de pollera y casaca de jean Rocco Baroco (tan de onda en Europa), después me saco un millón de fotos con el pajarraco ese que da vueltas por el embarcadero. Agustín, por su parte, se compra un par de anteojos de sol, un portamapas, un mapa, catorce postales y un poco de ropa Benneton para el nene. A la mujer no sabe que llevarle y para él, un reloj de navegación super sofisticado.

Bastó un llamada a Buenos Aires, el teléfono lo tomé de una credencial de seguro médico.

-Hola -podía escucharse nítidamente su voz, cálida y alegre-, hola, ¿quién habla?

Me presenté, bastante vacilante, y traté de explicarle como pude a su mujer quién era yo y por qué estaba

llamándola, si bien yo no lo tenía del todo en claro. Le hablaba con extraña ternura mientras podía escuchar el televisor encendido. Era la hora del almuerzo. Creo que no esperaba nada más de esa conversación, pero fingí una modesta excusa.

-Quiero alertarte.

Era una ingenuidad de mi parte y yo no podía dejar de sentirme ridícula. Ella, en cambio, se mostraba segura y tranquila. No se interesó demasiado por mí. Me preguntó si yo lo quería, sin apetito de información alguno, casi por compromiso.

Después, a Dinners. Intenté una denuncia, ya menos temerosa.

-Encontré una tarjeta de crédito en una estación de ferrocarril, señor.

Pese a que no confiaba en los resultados, un impulso que no reconocía en mí me llevaba a llegar al final.

-En la ciudad de Atenas. El titular es Agustín Héctor Blanco. Número 45461116538907. Banco emisor Citybank, de Buenos Aires, Argentina.

No pude creerlo cuando lo escuché:

-La tarjeta va a quedar provisoriamente cancelada señorita. Thank you very much.

Lo consideré un golpe de suerte. Menos pude creerme cuando, en un arrebato de alegría, decidí robarle la

chequera, la plata, los documentos mientras dormía. Nunca me había sentido tan plena y satisfecha como cuando salí del hotel aquella tarde para bajar al embarcadero.

Mar Egeo. Travesía soñada. Mykonos-El Pireo.

Arrodillada en la baranda, tiro chequera, plata, documentos por la borda y me deleito calmosamente viendo el paquete de papel azul hundirse. El mar se lo traga ávida y lentamente. No me pregunto el por qué de esta desmesura. Estoy demasiado disgustada y sorprendida. La Susana que conozco es incapaz de hacer algo como esto.

Antes de salir a cubierta con el Hawaiian tropic with solar protection pido one coffe y me doy cuenta de que ya nos conocemos con el turco y que nos miramos largamente, con alegría. Observo su roído atuendo marino pero imposible zafar por mucho tiempo de sus ojos que conducen al genio escondido allí, en su mirada, para secuestrarme de una buena vez.

a Silvia Madueño

Identikit

1. Gisela Picca.
2. 14 de Enero de 1969, en Morón, provincia de Bs As.
3. Trabajo como alegre recepciónista y deambulo por los claustros universitarios crónicamente.
4. Ultimamente Georges Simeon, Eduardo Mendicutti, Gesualdo Bufalino, Leopoldo Marechal, por ejemplo.
5. Por ser los primeros, montones de la Colección Robin Hood (especialmente los de Louisa May Alcott), Dos años de Vacaciones y Miguel Strogoff, de Julio Verne. Más tarde los que encontré en la biblioteca de las obsesiones básicas de casa, como Pesca variada de río o Todo sobre el circuito integrado de televisión. También estaban allí casi exclusivamente (junto a Corín Tellado y Sidney Sheldon) todos los libros de Horacio Quiroga, Cien años..., Por el alto paraná (una selección de cuentos de Velmíro Ayala Gauna), El inglés de los güesos de Benito Lynch, Madame Bovary, Entre Naranjos de Vicente Blasco Ibañez, Cumbres Borrascosas, sospecho casi todos estos últimos de

mi madre. A excepción de Por el alto..., que ya se sabe.

6. He nacido sabiéndolo. Si no me equivoco.

7. Escribo, en general, para eludir alguna urgente responsabilidad ineludible o después de madurar alguna idea en los trayectos en tren y colectivo de la semana o para distraerme, a la espera de que se me ocurra algo. Escribo, otras veces, para probarme. Es imprescindible que cualquiera de estos momentos coincida con una temperatura ambiente apacible dentro de mi cuarto.

8. Tengo uno, importante a mi juicio, pero no cometeré la torpeza de tentar de este modo incontinente al infortunio.

9. En primer lugar, una oscura red de espionaje que examina archivos de Word for windows; en segundo lugar rastreo a mis amigos más condescendientes para que expresen su sincera opinión; en tercero y último (si no puedo evitarlo) mis escritos se someten a juicio de una banda de malvivientes que se empeña en ejercer la más pura crítica

constructiva.

10. Haber nacido en este mundo tremendamente injusto.

11. Who Ma: Live/ Vol.2 (doble CD del trío japonés Bi Kyo Ran); Bugbear (de Lacrymosa); Vermod (de Anekdoten; banda sueca); algunos pocos del Kraut Rock (rock chucrut); You're next (de Per Tjemberg); Dudley (de Dunaj; banda checa) y Retrospectivo de C. Pueyrredón.

12. De lo visto en los últimos meses en las salas de Buenos Aires Esperando al bebé de Stephen Frears, El marido de la peluquera de Patrice Leconte, En el nombre del padre de Jim Jeridan, Ciudad de ángeles de Robert Altman, Mucho ruido y pocas nueces de Kennet Brannagh, Los perros salvajes de Quentin Tarantino son mis favoritas. Las salas de Morón cerraron, por otra parte.

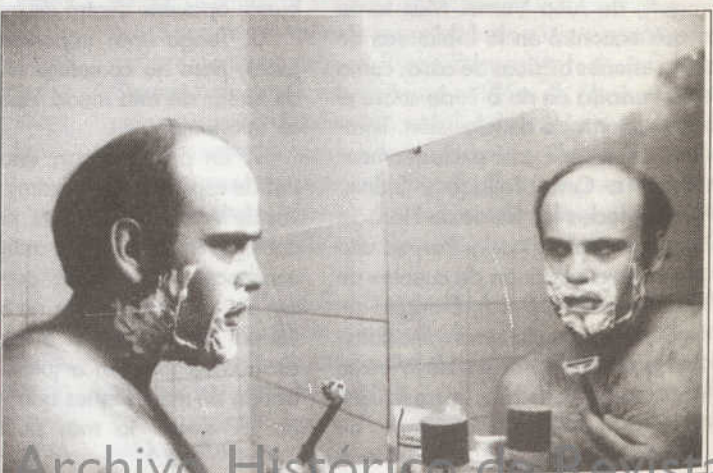
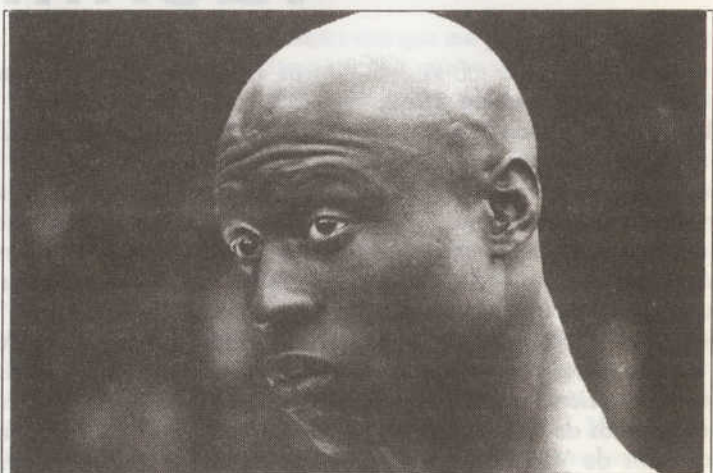
13. Esta historia se me apareció en unas tardes asfixiantes de verano transcurridas en un viejo departamento en el microcentro. Seguramente buscando oxígeno.

El sentido de la vida

POR MARCELO DAMIANI

Marianne y yo entramos al café en el preciso instante en que se apagan las luces y Gabriel empieza a tocar mi tema favorito: Velocidad. Nos paramos en la entrada como si la atmósfera densa del lugar fuera demasiado fuerte e hiciera falta una pequeña contaminación de nuestros cuerpos para poder avanzar. Abro y cierro los ojos una y otra vez tratando de acostumbrar mi mirada a la nueva iluminación del lugar. Poco a poco, las formas difusas de Gabriel se insinúan intactas arriba del escenario. Su cuerpo desnudo, como siempre, juega a escapar de las sombras mientras coquetea con la luz vacilante. Su movimiento, convertido ya en juego displicente, acompañado por esa cualidad de su música empeñada en mostrarse como una mera sucesión de sonidos aislados que no tiene extensión temporal, comienza a irradiar la ilusión de una cadencia contagiosa, esquivada.

Entonces tengo la sensación irreal de estar en el lugar de Gabriel moviéndome y cantando para un público impiadoso. Puedo sentir las múltiples miradas indiferentes y leves recorriéndola superficie de mi cuerpo y no sé si el sinsentido de mis pala-



bras y el sentido de mi música les alcanza. Interrumpiéndome, Marianne, cuyo perfume persistente no deja de excitarme, me arrincona contra la puerta y me besa en la boca mientras sus manos se pierden entre mi camisa y la campera. Cuando cierro los ojos, ahora, veo la escena que no puedo olvidar: Las piedritas de colores cayendo de la nada a la derecha de pantalla y formando una montaña ciega y perfecta: El símbolo de un reloj geométrico: El tiempo. Hasta que caen todas de golpe o no hay más lugar y la montaña se destruye con una explosión. La pantalla del monitor simula una nada negra, infinita: Señalando el final del juego.

La semana pasada (yo siempre he sabido que los domingos son días especiales y que sólo los domingos pueden pasar ciertas cosas) el juego apareció misteriosamente en mi computadora. Además, no sólo tenía el mismo título de mi ensayo sino que también carecía de origen. A pesar de la pobreza de los gráficos de presentación y de que la música no tenía ninguna reminiscencia clásica, respondí todos los cuestionarios iniciales para ver de qué se trataba. Entonces me asignan un sexo, gustos, textura física, conocimientos, habilidades, defectos, y alguna que otra experiencia y se me pone ante la situación de conseguir trabajo: Me entrevista una especie de gerente que me promete un sueldo soberbio si nos acostamos ya mismo (soy una veinteañera rubia con cuerpo perfecto y casi nada de coeficiente intelectual), me niego rotundamente (es obvio que hago lo correcto), y él me echa a patadas del lugar. Mi Autoestima baja violentamente (por lo visto no entiendo bien el mecanismo del juego) y en un segundo de descuido muero atropellada por un auto. Una inscripción final me aconseja tomar más lecciones de vida si quiero jugar al juego en serio.

En Velocidad, mientras tanto, los acordes de guitarra se suceden cada vez más rápido pronosticando el frenesí final que ya todos esperan. Cuando mis ojos irritados se acostumbran a la penumbra, alcanzo a divisar los gestos y las risas de Alan y Martín: Parecen dos payasos protuberantes que acaban de ver a un inofensivo fantasma que para demostrarle al mundo su valentía ahora lo llaman a los gritos. Agarro a Marianne de la mano y la guío a través del humo y el tumulto del lugar. Ahora, mientras esquivamos las mesas y los cuerpos que ralentizan nuestro avance, tengo la sensación de estar en medio de una obra de teatro que me tiene por centro, rodeado de un público exigente que juzga cada uno de mis movimientos como si se tratara del análisis de una

interpretación. Me siento como si hubiera hipotecado mi identidad en función de algo tan intangible que ni siquiera puedo hacer el intento de definir. Me siento, pienso, tan indefenso como Gabriel debe de sentirse en el escenario a pesar de las luces tenues y la experiencia con la que mueve sensualmente su cuerpo perfecto. Ahora, cuando llegamos a la mesa, todos se ponen de pie para saludarnos con besos y abrazos y sin muchas palabras. Veo que Alan ha venido con su chica de turno y Gabriel y Martín con las mismas mujeres de siempre. "¡Grande, Pappy!", grita Alan en mi oído mientras nos sentamos incómodamente. "¿Cómo anda la vida del sentido?". Y todos se ríen a carcajadas mientras Alan acompaña la pregunta con una sonrisa redundante pero efectiva que acentúa su ambigüedad incontestable. Obviamente no puedo decir nada rodeado por este clima a media luz lleno de humo y sonrisas y música suave. No obstante, no estoy muy seguro de entender las risas generales, a pesar de que creo que la pregunta se refiere al ensayo que prometí escribir sobre la creencia, y no al juego que me tuvo atrapado en mi casa hasta ayer a la mañana.

Ahora, después de pasar todos los cansadores cuestionarios de nuevo, tengo que conseguir trabajo en un diario antes de morir de hambre. Consigo una entrevista desesperada con la secretaria del jefe de redacción: Una vieja gorda que debe pesar varias toneladas. Pienso que la gorda va a querer sexo y no sé qué voy a hacer. (Ahora soy un filósofo frígido y amoral que no soporta a la gente romántica.) Pero ella quiere saber cuál es el más romántico y el mejor amante de todos los filósofos contemporáneos. Vehementemente, le contes-



to que su pregunta no sólo carece de rigor epistemológico sino también de sentido, y grito que por lo tanto es total y absolutamente imposible de contestar. Esta vez, después de morir de hambre, la inscripción final es hartolacónica: Demasiado sentimiento para la filosofía.

Ahora, en los cuestionarios previos, acaso la parte más importante del juego, trato de cambiar mi suerte invocando al azar: Respondo lo más disparatadamente posible. Antes de terminar me doy cuenta que mi destino es obvio: El manicomio. El lugar, tengo que decirlo, es realmente desolador. Mi Autoestima está por el piso. Entonces aparece un médico que me pregunta cómo me siento. La respuesta no puede ser muy difícil. Seguramente, pienso, a pesar de ser un enano bizco, jorobado y algo sordo, tengo que decir que me siento bien. Pero tardo tanto en contestar que el médico me sugiere que descansen otros nueve meses hasta nuestra próxima entrevista. Esa noche, un cuadro depresivo me conduce al suicidio. La inscripción final, ésta vez, sólo puede ser calificada como clásica y cruel: El mundo está mucho mejor sin gente como ustedes.

Entonces, de repente, Martín le pregunta a Marianne, haciendo uno de nuestros chistes favoritos, si no ha venido sola. Marianne, sin entender, le contesta que ha venido conmigo. Que es como venir sola, completa Alan. Y ahora sí reímos todos, menos Marianne, que nos mira uno por uno y se lamenta de no comprender bien el idioma de la isla. Con velocidad, mientras el frenesí final del duelo de guitarras se refleja reflexivo en la expresión de deleite del rostro de Gabriel, los custodios del lugar se acercan a una mesa cercana y echan a dos periodistas con intenciones de obtener una foto ilegal. La velocidad de Velocidad, mientras tanto, ha ido creciendo poco a poco insosteniblemente: Hasta que se rompen dos cuerdas de la guitarra de Gabriel: Pero él sigue como si nada hubiera pasado y vuelve a ejecutar como puede todo el largo frenesí final. Alan y Martín ahora gritan enloquecidos: Suben a la mesa de un salto y empiezan a bailar una mezcla mezquina de tango y vals. Marianne me mira europea y yo hago un gesto significativo que ella interpreta como que esto pasa casi siempre y que la locura no es contagiosa para los que no viven en la isla. Gabriel dilata el frenesí final de Velocidad hasta donde nunca lo había hecho antes y antes de agarrar los palillos mira en dirección a nuestra mesa como coordinando el fin final. Alan y Martín, entendiendo la mirada, toman impulso y saltan al unísono: Se elevan, dan una vuelta en el aire, quedan suspendidos por una fracción de segundo y empiezan a caer mientras Gabriel levanta levemente los brazos



y hace girar los palillos entre sus dedos. Antes que pase nada, como siempre, sé que la mesa va a recibir el doble par de pies en el preciso instante en que la batería reciba el doble golpe seco de los palillos de Gabriel. Y sé, también, que antes que la canción se transforme en eco y los vidrios de los vasos rotos vuelen en todas direcciones, la mesa se va a romper en pedazos y Alan y Martín van a terminar en el piso muriéndose de risa.

Al día siguiente, descubro un par de cosas importantes: Primero: Hay que prestarle atención a todas las variables que aparecen en pantalla, especialmente a Energía y sobre todo a Autoestima. Cuando están por debajo de veinte la muerte se acerca. Me cuesta muchas horas de aprendizaje mantener Energía por arriba de cuarenta. Y Autoestima es tan ambivalente que nunca la puedo mantener por encima de treinta. Después me doy cuenta que en los cuestionarios iniciales hay que demostrar una arrogancia a toda prueba. Así, entonces, logro tener un par de aventuras interesantes, algún que otro romance furtivo, una esposa, un trabajo, y cosas por el estilo. Pero nunca paso de los treinta años. A partir de esa edad, evitar la muerte se

convierte en un trabajo complicadísimo. Por ejemplo, la última vez que juego soy un abogado mediocre (como todos los abogados) con pocas habilidades y pocos defectos. Estoy casado con una psicóloga feminista y fea (algo normal) y que no muestra signos de locura por ninguna parte (eso es lo raro). Ella está en el octavo mes de embarazo y todo anda bastante bien. Llego a pensar que esta vez voy a ga-

nar alcanzando ese tope de Autoestima y Energía que el juego llama Felicidad. Pero cuando estoy en el juzgado recibo una llamada de larga distancia: Mis padres han tenido un accidente de tránsito muy grave y ahora están en terapia intensiva. Mi Autoestima baja violentamente, casi demasiado, pero gracias a estímulos externos como la droga consigo mantenerme a salvo de una recaída. Cuando mi estado de ánimo se estabiliza, llamo por teléfono primero a mi hermana y después a mi esposa. No puedo comunicarme con ninguna de las dos. Entonces le ordeno a mi secretaria que reserve un pasaje de avión para salir de la isla lo antes posible. Y decido pasar por casa antes de ir al aeropuerto. En la puerta, está estacionado el auto de mi hermana. Seguramente, pienso, ella se debe de haber enterado antes que yo de la tragedia. Entro y la busco en el living y la cocina sin resultado. Subo las escaleras pensativo. Estoy por abrir la puerta del dormitorio principal cuando escucho unos ruidos inusuales: Raros. Parecen algo intermedio entre las protestas y los lamentos. Abro la puerta con cuidado, lentamente. Y no puedo creer lo que veo: Mi hermana y mi esposa. Desnudas. En la cama. Con un negro gigante entre ellas. Jugando como adolescentes y dis-

frutando del accesorio extra del embarazo de ocho meses. Entonces escucho que alguien toca el timbre con consistencia. Corro escaleras abajo. Abro la puerta y aparece Marianne vistiendo su mejor sonrisa. La miro incrédulo y sonriente y ella obvia las cortesías de costumbre y me abraza y me besa como si realmente fuera mi hermana.

Ahora, mientras las formas de Gabriel y de su música se insinúan ilesas; mientras siento el fuerte perfume de Marianne que me envuelve como el humo y el humor del lugar; mientras soy consciente de los movimientos rítmicos y las risas de Martín antes de estrellarse contra el piso; mientras el recuerdo de las

personas que fui se superpone con las imágenes de mis amigos y me hace dudar de eso que todos llamamos realidad, resignado, idiota, quizá inexplicablemente, me doy cuenta que Alan tenía razón. El sentido de la vida no es más que la vida del sentido. Un síntoma significativo de esa suma sucia de preguntas sin respuestas cuyo resultado es el mundo: Deseo y decepción. La locura múltiple de personalidades permisivas, creencias inestables y ambivalentes y fallidos intentos de olvido. Una película empezada con un guión pésimo, un director incompetente y un montón de actores mediocres que se creen genios.

Sí. El sentido de la vida, pienso.

Mal título para un cuento.

Identikit

1) Marcelo Damiani
2) Nací durante una noche que Dios estaba enfermo.

3) ¿A qué me dedico? Buena pregunta. A veces también yo me pregunto lo mismo...

4) Mi admiración la despiertan Escritores como Aira, Borges, Cabrera Infante, Abelardo Castillo, Cioran, Cortázar, Chandler, Fitzgerald, Gironde, Martini, Nietzsche, Pirandello, Kafka, Kavafis, Onetti, Pavese, Piglia, Andrés Rivera, Sade, Saer, Salinger, Vallejo y Rodolfo Walsh. Mi envidia la despiertan escritores como Woody Allen, Bukowsky, Fontanarrosa, García Márquez y Stephen King.

5) "El proceso" de Kafka; la novela policial negra norteamericana; los cuentos de Borges y de Cortázar; los poemas de Pavese; "Adán Buenosayres" de Marechal; "La causa justa" de Osvaldo Lamborghini; "La guerra del fin del mundo" de Vargas Llosa; "El pozo" de Onetti; los poemas de Kavafis; "Levantad, carpinteros, la viga maestra" de Salinger; y "Nadie nada nunca" de Saer.

6) Cuando me enteré que era la forma más rápida y segura de hacerme rico y tener fama y mujeres por doquier.

7) En cualquier momento y en cualquier lugar.

8) Publicar mis novelas y después escribirlas -como hace todo el mundo.

9) Mis primeros lectores son Gonzalo Carranza (Un San Agustín Posmoderno), Martín de Brúm (Uruguayo Urticante), Daniel Mundo (Hombre de Mundo), Pablo Orlando

(El Cínico de la Familia), Verónica Pagura (Mujer Dura), Alejandro Sapognikoff (El Rey de la Comedia), y Cecilia Valeiras (Mi Polla). Pero las lectoras más críticas que tengo son mi computadora, con la que mantengo largas conversaciones antes y después de escribir cualquier cosa, y Grecia (mi perra), y no por su olfato sino por su oído (y sus orejas), ya que es una experta detectando cacofonías -incluso cuando está dormida: Porque el sueño, tengo que admitirlo, es la reacción más común que le provocan todos mis cuentos.

10) No sé qué son las manifestaciones culturales ni los hechos sociales -seguro que ni los sociólogos lo saben. Enumero, a cambio, algunos sucesos importantes de mi vida: La facultad. Pertenecer al equipo de ajedrez de River. Hacer un corto en el Taller de Cine Contemporáneo de Vicente López. Mi infancia en Córdoba. Haber nacido.

11) Imposible nombrarlos todos. Anoto a cambio lo que estoy escuchando últimamente: Aerosmith (por culpa de mis alumnos), Los Beatles (como todo el mundo), Phil Collins, Dire Straits, Peter Gabriel, Charlie García, Génesis, Guns n' roses (por culpa de mis alumnas), John Lennon, Wynton Marsalis (sobre todo su insuperable "Again Never"), La Napolitana (los sábados a la noche en "El samovar de Rasputín"), Pink Floyd, Bob Seger, Sui Generis, Supertramp, Vangelis y Lito Vitale (por culpa de Canal 13).

12) También sería imposible hacer una lista. De cualquier forma acá van algunas de las que soportaron más revisiones: Brazil de Terry

Gilliam; Annie Hall de Woody Allen; Vértigo de Hitchcock; Sin aliento de Godard; Casta de malditos de Kubrick; Erase una vez en América de Leone; Taxi Driver de Scorsese; Casablanca de Curtiz; Corazón satánico de Parker; París, Texas de Wenders; Blade Runner de Scott; Una película de amor de Kieslowski; Pacto de sangre de Wilder; Qué bello es vivir de Capra; El año del arco iris de Lasse Hållström; Visa al paraíso de Albert Brooks; Cuando Harry conoció a Sally... de Rob Reiner; Terminator (I y II) de Cameron; Silencio se enreda de Bogdanovich; casi todas las de Jerry Lewis y absolutamente todas las de los hermanos Coen.

13) Una noche del año pasado soñé que conocía a una minusválida mental que me gustaba mucho. El problema era que no me podía explicar las razones de mi fascinación ya que esta chica tenía cara de vieja y nariz de bruja. Cuando nos encontramos por primera vez, mientras yo miraba una cicatriz violácea muy desagradable que parecía crecerle en la cabeza, ella estaba esperando el colectivo y tenía una remera ajustada que decía así: "Yo no me hago cargo". Después, en esa misma pesadilla, me la volví a encontrar en un cementerio azul fosforescente que flotaba inestable sobre las aguas de un río. Ahora no tenía nada puesto encima pero cuando se dio vuelta vi que en la cicatriz de su cabeza estaba escrita la siguiente frase: "Pero sí soy concheta".

Entonces me desperté sobresaltado y tal vez inexplicablemente empecé a escribir este cuento.

Mahler

POR TERESA RODRÍGUEZ

no

es

Brando



El se sacó los anteojos con cuidado. Y los puso en el suelo, al lado de la cama, exactamente con el mismo cuidado, movimiento que bajó la sábana un poco y permitió verle el cuerpo hasta más allá de la cintura. Era flaco y a ella le pareció que demasiado flaco, con una flacura larga y blanca que le hizo pensar en John Lennon aunque no sabía porqué precisamente ese punto de referencia, pero de golpe pensó Mahler, en el exacto momento en que él después de haber girado para mirarla, le sonrió y era Mahler, más justamente la versión de Mahler que había visto en la televisión la semana pasada porque Mahler Mahler vaya a saber cómo era. Iba a contarle Mahler pero él alargó la mano hacia su hombro derecho y a ella no le pareció justo arruinarle la iniciativa, sobre todo ahora que estaba a punto de pasar lo que tantas veces había armado sola con los ojos cerrados. Miró los labios finitos y alargados que se le venían y pensó: -Fenómeno, resulta que el gran momento llegó y no es Brando precisamente. Las cosas de la vida. No es para nada Brando.

Ella había elaborado hacía tiempo un plan de seducción para los Brando de este mundo, de labios sensuales y densos, de medias sonrisas que casi no eran, entre torturadas y locas, profundamente eróticas. Había jurado encontrar alguno por lo menos para el acto iniciático de desvirginizarla, y hasta había pensado en un sustituto de Robert De Niro mucho más común si se quiere, para el caso que le fuera muy difícil encontrarlo. Ahora la mano de él bajaba por el brazo. Debió pensar que la pelusa era suave y linda porque se quedó mirando el tiempo justo que necesitan ciertas cosas. Tenía los dedos largos extendidos y ella sintió que tocaba. Es decir, a veces se toca sin tocar o no se toca y se siente la mirada como un dedo. El tocaba efectivamente con los dedos y con la mirada, lo necesario para que ella sintiera un golpe exacto abajo y escondiera los pechos en el pecho de él. Estúpida vergüenza pensó- si es flaco y a mí nunca me gustaron los flacos. Detrás de él la cretona floreada de la colcha la entretuvo mientras odió un ratito sus pechos grandes y anchos, de aureolas moradas, extendidos redondamente, porque con esa intuición solitaria de ciertas mujeres tuvo la convicción de que ellos hubiera preferido estrechos y finos, chiquitos y minuciosos. Como la realidad a veces es simple, él en efecto se había sorprendido porque los imaginó distintos. El movimiento hacía rato que había seguido la onda del cuerpo y ella sintió que a la vergüenza de estar desnuda le siguió el placer de estar desnuda y se animó a llevar la mano hasta el pecho algo velludo, lo suficiente para hacer caminitos de dedos y jugar a arrancárselos mientras él le sacaba un pecho que quedó como un cachorro triste e impávido, sin compañía dentro de la mano abierta. Volvió a odiarlo por ser flaco y largo y haberle dejado un seno huérfano y una sensación de orfandad absoluta en la cara. Idiota -se dijo- no era el momento de hacer eso, pero acto seguido él bajó y le besó el pezón dormido con los labios. La descarga se el fue hasta los pies. Pensó qué poco se necesita, pensó la

cretona tiene unas flores espantosas, pensó la mente refleja los avatares del porvenir, pensó estoy demasiado lúcida para ser que estoy desnuda, metida en la cama con un hombre desnudo que apenas conozco, encima flaco y en un preámbulo de acto sexual que no acaba de resultar lo esperado. Tuvo tiempo de pensar que él llevaba ganado con reservas el primer round porque el ramalazo que ni siquiera paró en la ingle le había hecho desear que lo hiciera una y otra vez.

- No estés tan tensa -dijo él. Y ella tuvo la seguridad de que hubiera esperado otras palabras. Repasó mentalmente lo que había leído al respecto, lo que había visto en las películas, lo que Brando le decía a la Schneider con



su voz de niño mal nacido dispuesto a violar a las vírgenes, con su boca cerrada como mandando las palabras hacia adentro, un poco borracho y nebuloso, grosero y ávido, tan distinto a su Mahler autóctono que ahora estaba diciéndole que tenía cara de nena cuando lo miraba hacer y eso la complacía; le parecía estúpido pero tierno que él advirtiera su miedo de nena detrás de los pechos grandes y abiertos. Fue más tolerante con las flores de la cretona que bien miradas tenían un diseño más original que las que vio incontables veces en las camas de hoteles y casas de familia.

Se quedó inmóvil mientras él hurgaba y entonces él le acompañó su propia mano hasta el pubis, la acomodó cariñosamente, la ahuecó para recibir el montoncito húmedo que ella había acariciado tantas veces en la consolación de los baños

Teresa
V de Vian 19

vacíos, cuando el agua rueda hasta allí y ella la hacía entrar con los dedos, agitaba el vello más de lo necesario para el cotidiano acto de higiene, se miraba alternativamente en el espejo del botiquín que dejaba abierto con el propósito de mirarse hacerlo, mientras el espejo se iba empañando de vapor y la curva de atrás se le esbozaba apenas, a pesar de los cual podía disfrutarla feliz de saberse hábil y solitaria.

Se atrevió a mirar para abajo. Lo que vio en el cuerpo de él era exactamente lo que había visto en las fotos, pero el espectáculo vivo le provocó una risa corta y clara.

- Me voy a enojar -dijo él, un poco divertido.

Y ella dijo: - No seas tonto -porque no le salió otra cosa. Y no quiso ensayar de inmediato aventuras exploratorias que en tal caso tenían un destino prefijado. Sin embargo la mano de él tomó la suya y la hizo pasar al otro bando. Con una delicadeza infinita, la transportó por un camino de oro liso, a veces levemente encrepado como montoncitos de pelos que efectivamente eran, camino que a ella le

pareció largo no por la consustanciación con la espera sino porque conocedora del destino de pez anhelante que la aguardaba, el trayecto se le perdió en todos sus sabores, en todas sus implícitas virtualidades, en toda su promesa o proyecto o descubrimiento y se le perdió porque una meta presume impresionante, inhibe el disfrute de los medios, los tránsitos, los intervalos. Pero fue fácil y alborotador y se atrevió a todo con un ímpetu que él había adivinado detrás de la cara roja de un primer momento. El separó definitivamente la cretona con la sábana que fue a parar al piso y empezó un recorrido escrupuloso por los labios, la lengua y los dientes en tanto ella se abría húmeda y laxa y apenas intuía lo que estaba haciendo o mejor lo sabía muy bien pero con vorágine de marsopa que intenta romper las redes del pescador.

- Me gusta todo lo tuyo -dijo él que conocía los negocios del amor a pesar del equívoco a que podían conducir su cara seca y sus anteojos. Ella sintió que lo amaba como se aman los cuerpos con un poquito de alma también en aquellos que no se equivocan del todo con uno. El no hubiera podido experimentar eso mismo porque no estaba ansioso de entendimiento como ella. En los preámbulos de un hecho tan esperado, ella luchaba entre el desenfado y el miedo, entre la idealización de una contingencia que debía ser como en las películas y su propia certeza de que en los tropiezos y fallas estaba su más exacto goce.

Todavía no había pasado nada definitivo cuando advirtió que el juego del amor se había propagado por mucho tiempo, sin que el honor de uno o de otro hubiera sido afectado por alguna claudicación o alguna debilidad del ánimo. Al contrario, él hacía esfuerzos titánicos para alargar

el placer del introito y ella se había sentido halagada y mortal.

- No había visto nunca aureolas tan grandes -dijo él y le sopesó el seno izquierdo con dulzura. Ablandada por el tiempo y la espera, el conocimiento y la confianza, ella reveló que ninguna de sus amigas las tenía así, claro que no era número suficiente como para establecer una estadística y recordó que sólo una vez vio unas parecidas. La muchacha que se casa con Al Pacino en una parte de la película El padrino. ¿Te acordás? Pero él no recordó ni la primera esposa ni sus senos extendidos y ella pensó

que era mejor así porque por cierto la muchacha resultaba espléndida para la comparación. Pero las aureolas y los senos les dieron tema para un buen rato en que él se encontró hablando contra su voluntad del asunto y el recuerdo se animó con una sirvienta de la casa de sus tíos que descubrió con la malicia de los quince años desde el agujero que el primo había hecho a la altura en

que se los pudo ver apareados y firmes y oscuros y untuosos, parados como dos cucuruchos fríos a la hora de la siesta.

Y ella peleó un ratito para luego sucumbir a la imagen de algunos cuerpos mirados entre risas o más tarde con leve complacencia porque hay una edad en que la belleza es una sola y es agradable sentir cerca las crisálidas de las recién llegadas, el manoplo feroz de las turbulentas y aún la curva todavía viva y latente de unos senos cordiales de amamantadora. Entonces los dos se dieron cuenta de que la conversación los había llevado de la placidez a la expectación casi insostenible, y ella miró hacia la pequeña punta de uno de los pezones que él llevaba con indiferencia, y los labios le crecieron, se arquearon; alcanzó a sacar del archivo de su cultura cinera, la imagen de Liv Ullman agigantada, con los labios hinchados como los de ella ahora, mientras la Anderson hablaba y hablaba casi en un susurro y no era difícil sospechar lo que decía. Entonces acercó los labios, los puso suaves en el contorno y se dejó llevar en un movimiento que a él le pareció paroxístico y eterno, fulminante y obsceno.

- Iba a ser mi primera vez -dijo ella, al rato, con toda la ropa puesta, conciente de que la confesión no lo iba a molestar, porque había sido culpa de la sobreexcitación de los dos. Colocó los cigarrillos en la cartera y caminó por la calle desierta de las 4 de la madrugada como si una cámara Arriflex le enfocara las piernas sobre los zapatos de taco, la pollera ajustada hasta el comienzo de las pantorrillas, y más arriba la blusa, con ese andar sexuado que le daba el sentirse húmeda y virgen debajo de la pollera desnuda, consolándose después de todo mejor así; tengo la chance de buscar un Brando nacional y ahí sí, esa es la fija y le pareció que el final era efectivamente de película.



Identikit

1- Teresa Rodríguez.

2- En Tres Arroyos, una ciudad al sur de la Pcia. de Buenos Aires, un 28 de Abril.

3- Trabajo como docente; soy profesora de Literatura. Hace más de un año decidí suspender por un tiempo y en eso estoy. Los beneficios del ocio perdido en la observación y en la deriva no han sido estimados como corresponde.

4- Hay montones de escritores que despiertan mi admiración y envidia, pero se puede sintetizar así: norteamericanos, británicos, japoneses y Saer. Hay un cuento de Hemingway en que el padre de un adolescente le cuenta al hijo que ha visto a su noviecita india con otro. El chico, entonces, pregunta: "¿Estaban contentos?" He pensado durante años en esa frase. Nada más. Nada más pasa o casi nada. Eso me gusta. Creo que es el cuento más perfecto sobre la traición.

Paul Auster, John Berger, Richard Ford, McEwan, McCullers, Katherine Anne Porter, Akutagawa, Carver. Cuentan como si no fueran todo lo inteligentes que son y cumplen con la única moral de la escritura según Ezra Pound: La precisión esencial de toda afirmación.

5- Es difícil elegir cuáles. Cada época tuvo sus libros y fueron muchos. Todo Borges, el Cortázar de Rayuela y después Bestiario, todo García Márquez y aquel chico que dice "ya van a ver quién soy yo" y les pone el transatlántico en medio de la plaza, Mme Bovary de Flaubert, La metamorfosis de Kafka. Mientras agonizo de Faulkner, La montaña mágica de T. Mann, Dublinenses de Joyce, Henry James, Proust, Yourcenar y esto se está volviendo desordenado y ocioso. El periodista deportivo de Ford, Una vez en Europa de Berger y Cicatrices, El limonero real, El entenado de Saer. Ah, y El susurro del lenguaje de Barthes. Beckett, cómo me olvidaba de Beckett (No puedo seguir. Seguiré).

6- Creo que sentí el goce, la perversión del lenguaje cuando escribí mi primer poema a los doce años. Era un mal poema, pero me permitió saber que podía hacer otra cosa con la realidad. Después estu-

dié Letras y seguí escribiendo aunque sin hacerme cargo, hasta que hace unos años, en un momento particularmente difícil, mi hijo Sebastián -que parecía no haber reparado nunca en lo que yo hacía, moviéndome siempre entre libros y papeles- me dijo: "Tenés que escribir libros". Ese gesto, que sólo puede ser entendido en la intimidad de nuestras vidas, volvió todo claro para mí.

7- No tengo disciplina diaria y estoy convencida de que lo mejor es escribir por encargo. Me dicen que escriba un cuento cuyo eje sea el dinero o las telenovelas y algo se pone en marcha febrilmente, de modo que no paro hasta darlo por concluido. Siempre el disparador es una excusa para terminar hablando de otra cosa que nos revela.

La cama y la ducha son lugares de iluminación. Las mañanas, el tiempo más productivo.

8- Tratar de que mu publiquen un libro de cuentos que se va llamar "Ruta de empalmes" y terminar una novela erótica.

9- No tengo lectores fijos. Es importante que lo hagan desde diferentes registros: una lectura técnica, enterada es tan valiosa como la del lector ingenuo.

Hay una persona que leyó mis textos y cuya opinión resultó inestimable: es el escritor Vicente Zito Lema.

10- No participé en ningún movimiento ni viví de cerca acontecimientos de importancia político-social. Todo estaba neutralizado por la distancia geográfica, la falta de compinches intelectuales, el orden irreducible de una realidad. El acceso a lo que pasaba fueron los libros y las revistas especializadas elegidos con radares personales que no fallaron. Hay cierta idea pretenciosa en eso de "hacerse sola", pero en tal caso es el reconocimiento de una reducción.

Cuando hablábamos del Quijote con los alumnos, a mí me gustaba fantasear con una imagen de Cervantes. El se había dado cuenta de que el idealismo excesivo no opera sobre la realidad y que por otro lado tampoco es cuestión de

adaptarse a las normas del mundo ruin. Entonces se da cuenta de que lo que tiene que hacer es quedarse quieto y esperar. Lo que pasa es que mientras se queda quieto y espera, cervantes escribe la obra más grande de toda la literatura en lengua española. esta imagen de Cervantes tranquilo, quieto, mientras el mundo personal y toda España se cae a pedazos, me ha resultado irresistible y en eso pienso cuando miro el papel del escritor de este final de siglo.

11- Todos los de Miles Davis y un tema, Mr Pastorius. Desde los blues cantados por Ray Charles hasta John Mc Laughlin, Bill Evans (Calmo ahora, Lo hago por tu amor), Keith Jarrett, Herbie Hancock, Tom Waits, Caetano Veloso y los preludios de Chopin. No sé, Magic and Loss de Lou Reed. Mucho más.

12- París-Texas de Wenders porque es un relato deliberadamente fatigado que encuentra en la cara de Harry Dean Stanton, la música de Ray Cooder y el paisaje vacío y vulgar de Texas, su configuración más exacta. La fatiga tiene que ver con que el argumento es el itinerario.

Escape en tren de Konchalovsky, con guión de Kurosawa, porque detrás de un policial que funciona perfectamente como tal, hay una reflexión sobre la épica y sobre el hombre que necesita hablar antes de morir (¿Dónde se ha visto un héroe que no hable antes de morir?, Barthes). Texasville de Bogdanovich, Bajo el peso de la ley de Jamusch, El corazón de la ciudad de Kasdan. Desde Bergman y Fellini hasta W/Allen y los hermanos Coen.

13- Intenté hacer un cuento erótico y salió así. Tiene varios años y está en una órbita un tanto diferente de lo que escribo por estos tiempos.

Me gusta crear un mundo aparentemente insignificante donde las cosas no están estropeadas ni destruidas, donde todo está en un sitio pero abofeteado. Me gusta usar una mirada decolorante detrás de la cual alguien está ardiendo y cuyas reservas siguen siendo, sin embargo, secretas. No sé si lo logro.

Teresa

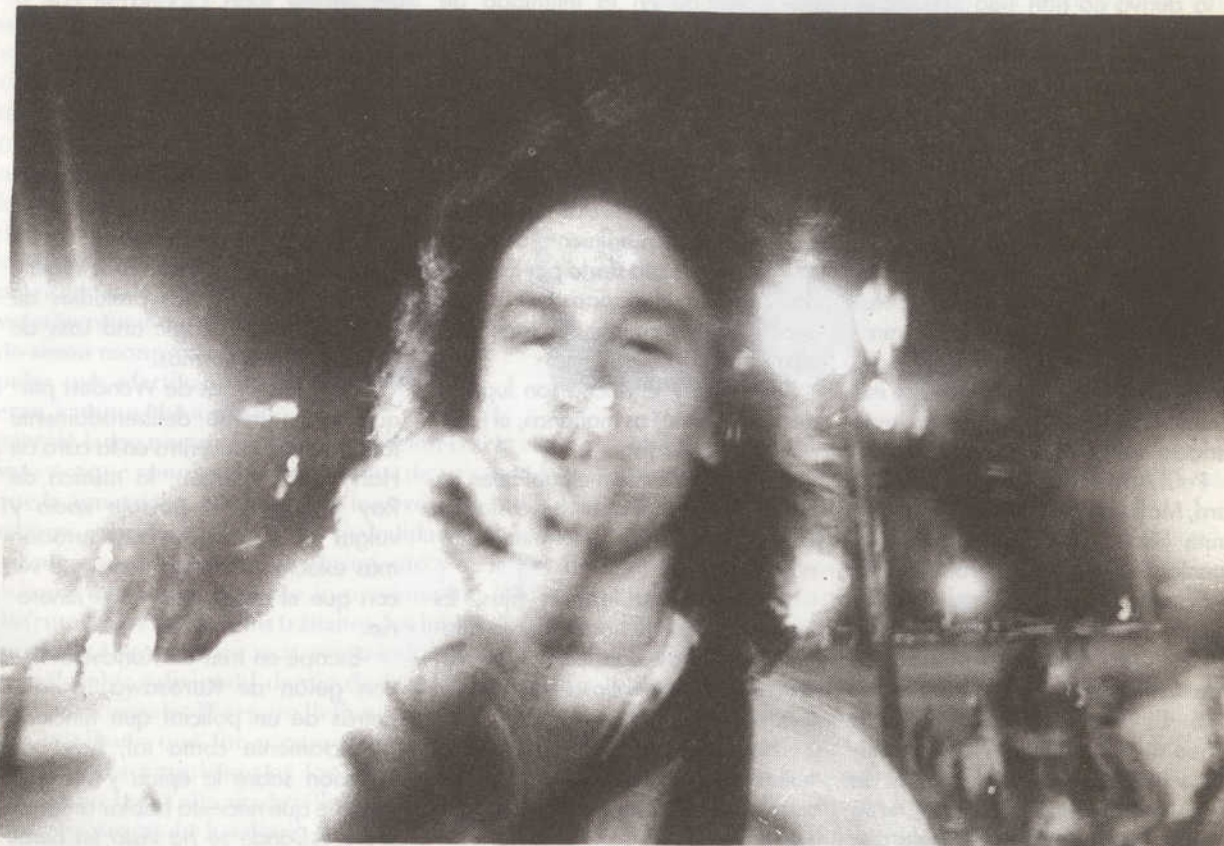
20 V de Vian

Teresa

V de Vian 21

El que mal anda

POR ALEJANDRO SAPOGNIKOFF



Me miró y dijo: "Ya va siendo hora de que te dejes de joder". Extendió la mano y me alcanzó el cigarrillo encendido. Era un porro. Marihuana. Me habían ofrecido varias veces pero nunca había agarrado. Un miedo incierto me impedía decidir. Era un miedo físico, como estar frenado a pesar mío.

- ¿Y? ¿Qué hacemos? Ya nos tenés los huevos llenos.
- Ya va...

Todavía no. La próxima. La próxima, seguro. Ellos se daban con faso desde hacía mucho, pero, qué se podía esperar si prácticamente vivían en la calle. Yo iba a un colegio privado, bilingüe. Ahí había una diferencia.

- Sos un cagón. - dijo Nano.

Se llevó el cigarrillo a los labios y aspiró. Cerró los ojos y estiró la cabeza hacia atrás. Su pelo lacio caía a plomo, como atraído por el suelo. Retuvo el aliento por un tiempo. Luego, exhaló con fuerza. Repitió el proceso dos veces más, irguió su

cabeza y le pasó el cigarrillo a Esteban. Esteban lo agarró entre el índice y el pulgar. Dio una pitada corta.

- ¿Y maricón? ¿Querés o no?

- No, contesté.

- Entonces, tomátelas. No queremos que se nos peguen los putitos.

Eso fue un golpe. Los conocía desde hacía dos años y me gustaba estar con ellos. No eran demasiado divertidos, pero cuando estábamos juntos me sentía bien: el pelo largo hasta la cintura y ropa de cuero negra, tachas, borceguíes. Eran duros de verdad. Las chicas del colegio decían que no me mezclara con esos animales. Pero, por otro lado, se me acercaban más. O eso creía. Ese año había salido con cuatro. Tal vez fuera casualidad. De cualquier manera, no podía arriesgarme.

- Dame.

Esteban me pasó el cigarrillo que ya estaba por la mitad. Lo agarré y me lo puse en la boca. Aspiré. La brasa aumentó su intensidad. Sentí que un calor seco me atravesaba. El ardor en la garganta era fuerte.

- Aguantá, no largues el humo - ordenó Nano.

Aguanté. Después largué. Nano me miró y me dijo que siguiera fumando. Le obedecí, pero no pude aspirar muchas veces más porque me quemaba. Cuando se los dije se rieron y terminaron el cigarrillo entre los dos. Esperé unos minutos para asegurarme de lo que sentía.

- No me pegó. No me hizo nada - comenté luego de un rato de silencio.

Ellos se rieron y me dijeron que seguro que a mí el porro no me hacía ningún efecto.

- Yo leí que a mucha gente no le hace nada.

Ellos se rieron y yo también. De pronto me dieron ganas de reír. Era divertido pensar en tanta gente fumando y fumando, miles y miles de personas, verdaderas hordas de fumadores de marihuana tratando de que les pegue, y nada. Muy divertido. Nano se reía y me señalaba con el dedo.

- No le pegó - repetía.

Me puse serio. Tal vez sí me había pegado. Moví la cabeza hacia la calle y todo empezó a moverse lentamente, pero con intermitencias. El mundo se había transformado en una serie de fotografías tomadas a intervalos de tiempo muy breve. Una especie de efecto estroboscópico. Seguí girando la cabeza de un lado a otro para verificar aquella sensación. Después me quedé absolutamente inmóvil.

- ¿Que decís?

- Que no te pegó, se nota.

Y nos reímos otra vez.

- ¿Y Esteban?

Esteban se había ido.

- Fue enfrente a comprar un vinito, no lo viste?

Estaba ahí enfrente. Pagó y cruzó la calle rápido. Estaba sonriendo. Venía con las manos extendidas mostrando el trofeo: un tetra de Crespi blanco. Me reí porque imaginé que lo sostenía como si le hubieran dado un gran premio y él lo mostraba orgulloso.

- ¿Qué te ganaste?

- ¿Qué?

- Nada.

No fue oportuno haber dicho eso. Me puse un poco tenso porque tuve la certeza de que él nunca iba a ganar nada. Jamás le darían un trofeo. No quería ofenderlo y cuando me miró, sentí culpa y temor de haberlo herido. Pero sonrió. El también sabía que nunca iba a ganarse nada. Los dos seríamos cómplices en aquel secreto. Me relajé.

- ¿Tomamos un poco?

Con un tirón seco abrió la caja. Hubiera preferido Coca pero tenía sed, así que tomé unos tragos rápidos. Cerré los ojos. Puede ver cómo el vino helado bajaba por la garganta, la traquea, hasta llegar al estómago. Mi estómago latía. Vi cómo el alcohol entraba en la sangre y se disponía a recorrer el cuerpo.

Nano y Esteban hablaban y hablaban. A pesar del esfuerzo, no lograba retener más que la última parte de cada oración. Trataba de fijar la atención, pero no conseguía hilar el sentido. Cada palabra suplantada por la siguiente se escapaba sin dejar ninguna huella en mi memoria. Creo que decían algo sobre autos. O sobre mujeres. De cualquier manera, no me preocupó demasiado.

Nano sacó otro cigarrillo del bolsillo derecho de su camisa. Lo encendió tapando el viento con la mano. El

olor del humo era dulce, muy agradable. De pronto me di cuenta que antes me había encontrado con ese aroma. Pensé un rato largo hasta ubicar en mi memoria dónde. Me sorprendió darme cuenta que había sido en mi propia casa. No podía ser que mis padres se dieran con porro. Ellos nunca. Tal vez fuera Sandra. Sí, claro, en la pieza de Sandra. Quién lo hubiera dicho, mi hermana...

Fumé un poco más. El ardor era fuerte, pero por suerte podía aliviarlo con el vino frío. A pesar de todo lo que había tomado, mi boca seguía completamente seca.

- Yo conocía este olor.

- ¿Qué?

- Nada. - No era conveniente decir que en mi casa había droga. Sería otro secreto que debía mantener.

- ¿Qué hora es? - pregunté. Tenía el reloj puesto, pero por alguna razón no me pareció confiable.

- ¿Qué?

- ¿Que qué hora es?

- ¿Qué tiene que ver?

- ¿Que tiene que ver con qué?

- ¿Que qué tiene que ver con lo que estamos hablando?

- ¿Qué?

- Este está totalmente dado vuelta. Mejor lo acompañamos a su casa. No podemos llevarlo así a lo de Pedro, nos va a botonear.

- Dejen. Puedo ir solo. Me voy a mi casa - dije un poco molesto, y tomé un último trago.

En casa no había nadie. Mi hermana se había ido con una amiga al country y mis viejos estaban en una fiesta. Un casamiento. Era la una menos cuarto y no iban a volver hasta las cinco, por lo menos. Estaba todo bien.

Me levanté y empecé a caminar. Sentí cómo cada uno de mis músculos se tensaba y se relajaba, se movía y se detenía. Nunca había pensado que para caminar se pusieran en marcha tantos músculos. Era sorprendente, como el complicado mecanismo de relojería que animaba a las muñecas que usaban los reyes en el pasado. Abrían y cerraban los ojos, los labios de porcelana. Algunas tocaban instrumentos musicales, otras bailaban. La noche anterior había visto un documental donde mostraban la historia de estos juguetes. Mi cuerpo se articulaba con esa misma y rigurosa precisión.

Una ráfaga de viento me golpeó con fuerza. Era un viento fresco con olor a magnolia. No era posible haber olido perfume a magnolia en medio de la ciudad. Pero era magnolia, seguro. Todo quedó claro cuando vi un puesto de flores a pocos metros. Estaba maravillado de mi olfato. Distinguía y clasificaba cada uno de los aromas componentes del aire. Hice otra prueba. Dio resultado. Era como diseccionar un animal, cortar la carne con un bisturí y separar los tejidos de a uno, clavarlos con alfileres y estudiarlos con toda tranquilidad hasta que no quedara ninguna duda. Eso podía hacer yo con el aire. Separar un vago olor a milanese, de otro a magnolia, de otro a nafta. Me sentí orgulloso de haber logrado tanta exactitud. Había llegado a la esquina. Mis piernas se habían seguido moviendo mientras yo pensaba y olía. Hacer tantas cosas a la vez era fantástico.

Alcé la vista. No estaba lejos, era mejor ir caminando. No quería tomar un taxi. Tenía miedo de que el chofer se diera cuenta de que estaba drogado y me entregara. Muchos choferes de taxi son policías o ex-policías. Era mejor cuidarse. Mientras caminaba pensaba en la policía. Si

Alejandro

22 V de Vian

Alejandro

V de Vian 23



Foto Lucía Vassallo

me veían, me metían en cana, seguro. Y después me iban a obligar a hacer el tratamiento anti-droga. Como Maradona. Qué guacho este Maradona.

Estaba cansado. Mis piernas siguieron caminando un poco. Alcé la mirada y vi los edificios. Todas casas viejas, en toda la cuadra. Parecían bloquitos de juguete. En realidad, todos los edificios de la ciudad eran un conjunto de bloques metidos uno al lado del otro, como cajas de zapatos. Una gran maqueta. Era como si alguien pudiera sacar uno de los edificios y cambiarlo por otro con la misma facilidad con que se saca un libro de un estante. Entonces vi un terreno baldío. Sobre las medianeras de los edificios vecinos quedaron marcados los rastros de una casa. Parecía un collage hecho de azulejos de baño, pintura sucia de distintos colores, empapelado, molduras, cachos de caño, manchas de humedad. Esa era la prueba. Pronto pondrían allí una caja-edificio nueva. Los lotes nunca quedan vacíos por demasiado tiempo. La ciudad es enemiga de los espacios vacíos.

Llegué hasta la puerta de otra casa-bloquecito. Allí vivía. Era divertido, era como pasear en una ciudad de juguete. Entonces, me acordé de la Ciudad de los Niños. Me habían llevado allí hacía muchos años. Fue muy aburrido. Mis padres, entusiasmados, hacían exclamaciones y señalaban todo a su paso, pero entonces, yo no pude entender qué era aquello tan bueno. De alguna manera me había dado cuenta de que no tenía sentido hacer una ciudad artificial dentro de otra ciudad igualmente artificial. Era redundante. Y las cosas redundantes aburren.

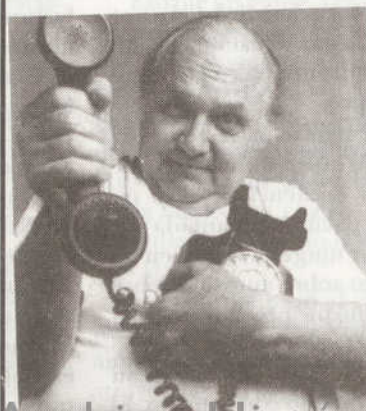
Alejandro
24 V de Vian

Mientras pensaba, me había quedado con la llave en la mano a pocos centímetros de la cerradura, quieto y atento como si fuera un ladrón que todavía dudaba si sería oportuno entrar. Giré la llave y la puerta de madera se abrió sin hacer ningún ruido. Fui hasta el living. Presioné el interruptor y se prendió la luz. Me senté atravesado en un sillón de cuero negro, el preferido de mi papá.

Cerré los ojos y supe que por primera vez había logrado un verdadero, íntimo contacto con el mundo. Yo era una parte del cosmos. Estaba formado por partículas que provenían desde los inicios del universo, desde el Big-bang. Cada pelo, cada fracción de piel, cada mínimo resto que dejaba mi cuerpo, pasaba a formar parte de otros seres o de otros procesos. Y en esa otra cosa

SI NECESITA UNA FOTÓGRAFA, ¡LLÁMEME!

815-2013/5091



DIANA ARBISER
FOTOGRAFÍA



también estaba yo. Eramos todos uno y lo mismo, una gran suma. Sí, yo provenía del infinito y me reintegraba al infinito a cada instante. Un pensamiento agradable. Me sentía poderoso; de alguna manera, inmortal.

Abrí los ojos, me levanté y fui hasta el equipo de música. Puse un compact de Iggy Pop. La música era fuerte, tenía peso y también empezó a formar parte de mi ser, se deslizaba y me invadía.

Al lado del sillón había una mesita llena de revistas. Empujé la pila y muchas se cayeron al piso. Recorrí con la mirada las tapas de cada una. Me detuve en una "Noticias" vieja. Me agaché, la levanté y me senté otra vez. En la tapa había una mujer de mediana edad cubierta con un abrigo de pieles. La mujer parecía desnuda, sólo cubierta por el tapado. Me pareció reconocer la cara; antes salía en los noticieros, los periodistas siempre la perseguían. Ahora no sale más. Había algo

fascinante en aquél rostro. Era fea, pero su sonrisa me excitaba. Me detuve en el nacimiento de las tetas. Abrí la bragueta del jean. El cuerpo de la mujer pareció tomar volumen.

Nunca había visto una foto tan erótica. Mi mano se movió con independencia de mi mirada. Pronto descubrí sus piernas cruzadas. Eran piernas suaves, delicadas. Sentí que se abrían para mí, sentí calor. La quería. Ella se movía conmigo, los dos a la par. Nunca me había acostado con una mujer, pero sabía que su cuerpo sería caliente. Esa foto era un cuerpo caliente. La música me acompañaba, la mujer era mía.

Me concentré otra vez en

su cara, en su cuello. Podía oler el perfume a jabón sobre su piel recién bañada. Sus ojos me miraban sensuales, sus labios se abrían y me besaban. Mis labios también estaban abiertos. Empezó a pasar la lengua por mi cuerpo. Me chupaba. Yo me incliné y abrí la boca. La buscaba, la buscaba desesperadamente. Empecé a sentir oleadas de calor golpearme la cara. Mi boca se llenaba de calor.

En ese momento, una especie presión atacó mi nuca. Mi mano se detuvo de golpe. Instintivamente me tapé con la revista. No entendía qué estaban haciendo ahí, parados en la puerta. Duros como estatuas, mis padres. Mi papá adelante. Mi mamá detrás, con su tapado de fiesta sobre el brazo. Necesitaba decir algo, cualquier cosa que llenara el vacío. Pero no se me ocurrió nada. Ninguna palabra podría aplacar tanta vergüenza.

Y la mirada de ellos permanecía fija en mi boca.

Identikit

1. Alejandro Sapognikoff.
2. 6-9-63. Argentina, Capital Federal.
3. Me recibí de arquitecto. Estudio letras. Trato de ganar dinero con cualquier cosa que tenga que ver con ladrillos o con palabras.
4. La lista es larga y confusa.
5. El "Upa", para empezar. Agrego el producto de los integrantes de la pregunta 4.
6. La literatura es algo que desde chico quise alcanzar.
7. Escribo en cualquier momento. Generalmente solo. Casi siempre en computadora.

8. Proyectar en un mundo con tantas variables me resulta terriblemente complicado.

9. Lali Maldonado, Gonzalo Carranza, Marcelo Damiani, Elvio Gandolfo, Eduardo Muslip y Gustavo Nielsen nunca me dicen que no.

10. Todo puede influir. Me cuesta establecer una unidad de medida.

11. Lamento tener que repetir la respuesta 4.

12. Me aburre el cine francés serio. De lo que resta, hay de todo.

13. Podría hablar de lo que lo rodea, pero prefiero que el cuento en sí quede a cargo de quién decida afrontarlo.

Taller de
Escritura



Coordinadora:
Verónica

431-5019

Alejandro
V de Vian 25

En la profundidad

d e l a n o c h e

POR RAQUEL POBLET

Aproximadamente a las 9 de la noche es cuando empiezo a pensar en la oscuridad y me impresiona un poco el recuerdo del empedrado gris oscuro con sus intersticios y ese misterio que guardan los adoquines en sus vértices, al unirse uno con otro, ahí, adonde a una se le entierra el taco. Yo conozco al que me espera solo en la misma esquina. La noche fija las miradas en un punto y puedo adivinar los ojos de mi cliente fijos en el

Foto: Diana Arbiser

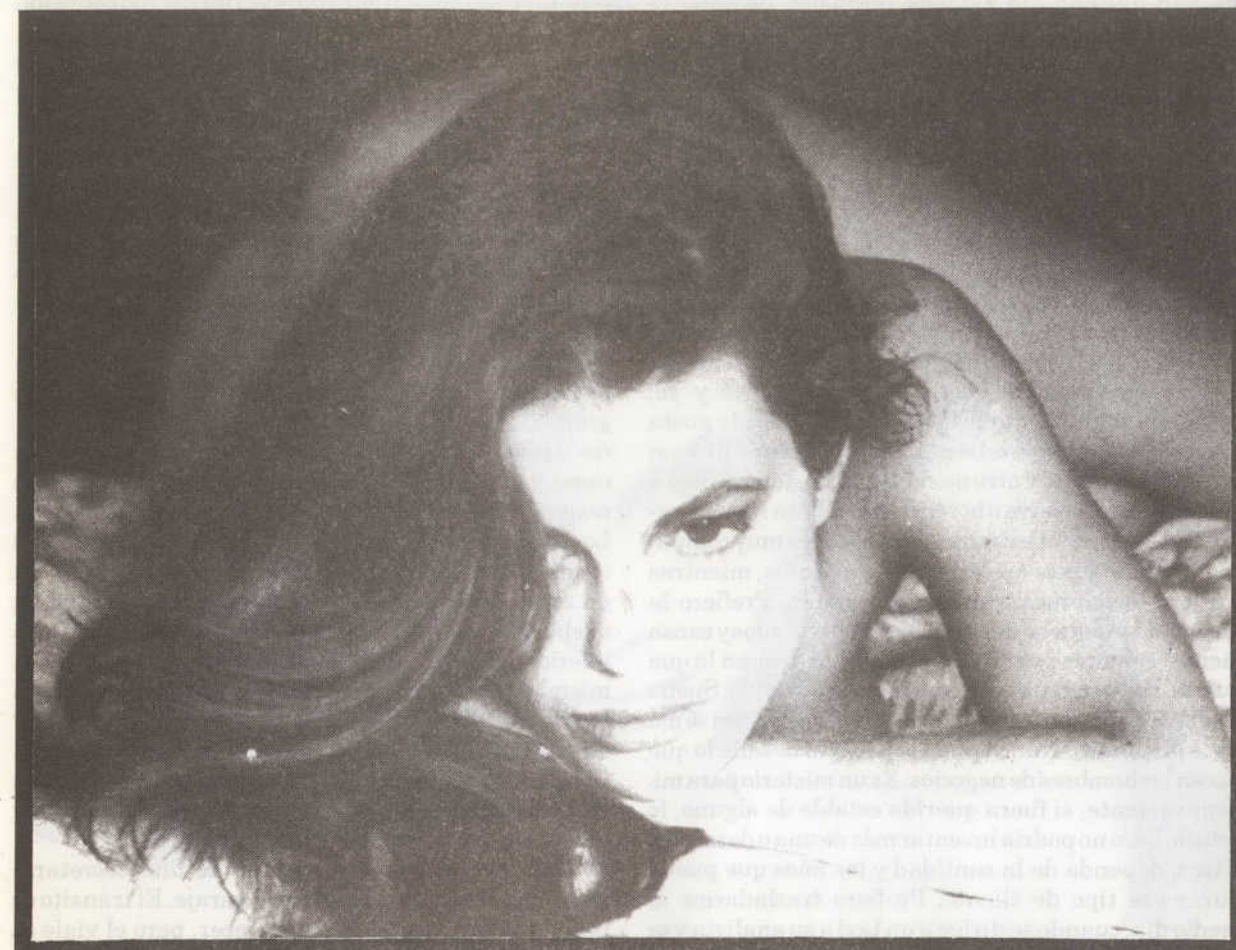


Foto Lucía Vassallo

contorno profesional que ya ni siento. Adivino por la dirección de sus pupilas una vida que comienza a las siete de la mañana, con la masajista puntual y recién bañada. La férrea vigilancia de su esposa permitió sus visitas, gracias a esos anteojos culo de sifón y a esos volúmenes adiposos bien tapados por un ridículo delantal que le da esa apariencia monjil libre de sospechas. La gorda trabaja tranquila, con la seguridad de sus dedos y su práctica, sobre la espalda de él. Me lo imagino recostado boca abajo, en la camilla, estirando el brazo para alcanzar la radio que se encuentra sobre un estantecito cerca de la ventana de esa sala, especialmente acondicionada para masajes y gimnasia modernas. Su mujer ya tuvo su sesión y ahora lleva el desayuno a la mesa del soleado comedor diario, con sus productos dietéticos y su imprescindible sacarina. Llega el diario. El también llega a mí y ya, a la altura del cordón, alza una ceja.

- ¿Vamos?

No me contesta nada. Adoro esa timidez de los comienzos.

- Acá a dos cuadras está "California". Lo mío es 500.000 australes. Te va a gustar.

Me hace un comentario estúpido sobre las mariposas plateadas de mis medias y yo río pensando en él, cuando calza un traje apropiado para su jornada de teléfonos y bancos; y en su mujer, probablemente una psicóloga que prepara a su pequeña hija para tomarle micro, mientras él elige la corbata azul con caballitos que tiene ahora puesta. Suena el portero eléctrico y la

mena baja. La psicóloga comienza el brushing luego de la ducha y se enfunda en sus pantalones azules y en su pull-over blanco con puntillas. Reconozco que la vida de día tiene sus particularidades, sus olores, sus pausas. El saca el auto de la cochera, la lleva a su consultorio y, una vez libre, sigue camino a su oficina privada, donde lo aguarda el ámbito financiero.

Nunca quise ser querida o amante exclusiva. No sé por qué, pero siempre me negué a esa clase de oferta. Ahora estoy un poco crecida y sé que no podría adaptarme a una vida de horarios y condiciones, aunque, seguramente, conocería los misterios cuya única verdad es la que yo invento. Me toma de la cintura con un leve temblor que reconozco y al oído me dice que se llama Horacio, mientras abre la puerta de su Ford Sierra color blanco. Elijo un nombre femenino al azar, que no aturda sus tímpanos saludablemente acostumbrados a la música funcional.

- Me llamo Laura.

El, con una sonrisa cómplice, me mira de rabo de ojo. El pacto ya es conocido. Qué más da ser Laura, Georgina, Katio Pelusa. Concedo un beso con el motor en marcha, mientras noto que sus dedos, una vez girada la llave, introducen algo dentro del bolsillo izquierdo dentro de mi entallado saquito negro. Conozco el primer derrotero de una mano masculina. Mientras asciende hasta uno de mis senos, puedo adivinar de rabo de ojo varios billetes verdes.

Soy generosa con los clientes generosos, aunque los años y la diversidad no

me han quitado esa extraña confusión de culpa y entusiasmo.

- ¿Esperabas hace mucho?

- No, mientras no llueva, no importa. Y vos ¿salís todas las noches?

- No, a veces salgo con mi mujer. La llevo al cine o a comer.

Entramos en la cochera. Lo veo claramente en su media mañana entrar con ese mismo auto en un garaje parecido en el que, seguramente ya tendrá su lugar asignado, en un segundo piso, luego de unas rampas en forma de caracol que tanta molestia le causan cada vez que tiene que bajarlas a pie. Se sale siempre de un lugar para entrar a otro. El toma la llave y yo, disimuladamente, guiño un ojo al conserje. Me gusta variar de tableros, de colores, de espejos. Me da un beso tierno en el cuello y otro no recuerdo en dónde. Busca despacio algún cierre o botón de mi pollera roja. Siempre traté de que mi indumentaria no fuera muy complicada. Sus dedos se aceleran algo nerviosos, mientras trata de desabrochar mi saquito negro. Prefiero la pasividad porque sé que da mejores resultados y cansa menos. Además puedo dedicarme a pensar en lo que quiera. Entra en su oficina con el café ya servido. Suena el teléfono e imparte órdenes a su secretaria. Acá se me hace un blanco. Nunca pude conocer al detalle lo que hacen los hombres de negocios. Es un misterio para mí. Seguramente, si fuera querida estable de alguno, lo sabría. Pero no podría inventar más de una o dos vidas, o tres, depende de la cantidad y los años que pueda durar ese tipo de cliente. Prefiero trasladarme al medio día, cuando se dirige a un taxi a su analista y se recuesta. El almuerzo anterior con otros colegas lo dejó un poco adormilado y tiene que hacer un esfuerzo para hablar sobre el diván. Ya se quitó la corbata. Con cuidado de no romperme las uñas con esas molestas hebillas, le abro el cinturón y el cierre del pantalón, que tomo por los costados de las caderas y que voy bajando sin dificultad. Es un hombre delgado, por suerte, y su pantalón se desliza suavemente. Es tranquilo. Todavía no pudo lograr su erección. Me saco el corpiño en esta posición de cuclillas y procedo a descalzarlo. Yanoto un primer efecto. Me llama. Seguramente debe tener ganas de acariciarme. Sobre su escritorio hay una de esas ridículas lapiceras negras o bordeaux, finas y alargadas, que se encajan en una concavidad angosta y quedan verticales. A la vuelta de su sesión de terapia, Horacio en su agenda con apuro y ansiedad, hace llamados, quizá al exterior, sale, se encuentra con un colega, los dos se agitan... y ahora empiezo a ver algo referido a sus negocios. Por suerte está aseado como todos los que son de su tipo. Su lengua en la oreja no me molesta. Nunca pensé que mis orejas y cuello fueran realmente finos, tampoco advertía que mi cintura fuera tan estrecha como para contenerse en el círculo que forman las dos semiesferas del pulgar y el índice al unirse. La línea de mi cola es interminable. Se prolonga junto con la columna vertebral hasta el cerebro. Sus dedos en el orificio del disco del aparato de teléfono toman la lapicera para escribir, descorren perillas, cuentan dineros y firman cheques, rascan alguna picazón, tocan a otra mujer, abrochan y desabrochan botones, y

cuántas cosas más. Ahora dibujan mi cuerpo sobre mí, ahora oprimen mis pechos y yo siento algo duro en el bajo vientre, lo de siempre. Creo que me doy cuenta. De su mesa de dinero salen tocos, fangotes, filones. Con un negocio mayorista de artículos para el hogar, una boutique de mujer y una concesionaria de autos, queda bien blanqueadito, en su escritorio, dirigiendo por teléfono. A esta hora de la media tarde empiezan sus tensiones más fuertes. Discutir con socios y colegas algunas rencillas financieras y trámites y encargos para el día siguiente, todo antes de que llegue el viernes; en fin, cosas molestas para detenerse a pensar. Un llamado a su esposa y palabras cariñosas para su hijita recién llegada del colegio. Sus manos son grandes. Abarcan mi espalda entera de una sola caricia. Quiebro la cintura hacia atrás, adonde está la cama, y juntos nos arrojamos sobre el acolchado. Todos responden igual, orgullosos de creer suya la iniciativa. Los buenos clientes son los que siguen mis pasos y mis tiempos. Los prefiero. Horacio es un poco pesado, pero no torpe. Sus manos se deslizan desde atrás hacia adelante, dibujando la curva del nacimiento de la parte inferior de mis tetas redondas. Me apresuro a tomar su miembro endurecido y erecto y abro las piernas para tratar de introducirlo. Horacio se hace pequeño y entra en un túnel abovedado de paredes de cebolla. Conduce su pequeña nave rosada y lo sigue por detrás su prolongación de rosa más intenso. Se queda y muere.

Una leve charla, las piernas de una secretaria anónima, el saludo y dirigirse al garaje. El tránsito es pesado cuando empieza a oscurecer, pero el viaje es corto y el aparatito de control remoto que abre la puerta del garaje produce alivio, la tranquilidad de que todo se desliza sin contratiempos ni esfuerzos. Después del ascensor, y con las llaves preparadas, entra a la casa. Hay varias puertas que atravesar. El living, un pasillo, una sala con audio y televisor. Otro pasillo, baños a los costados, el dormitorio de la nena, más puertas y llegar a la cama propia para sacarse los zapatos, aflojarse la ropa y relajarse. Se acuesta y duerme.

Horacio dormita sobre mí. El traje lo espera para salir. Yo me retoco el maquillaje y vuelvo a mi ropa. El ruidito de mis medias sobre mi piel lo despierta. Se da una ducha y yo aprovecho para repasar cada una de mis prendas. Su mujer lo despierta para cenar, pero él pretexto una cena de negocios. Se ajusta el cinturón y sale. Toma un automóvil rumbo a las esquinas. La puerta del hotel queda atrás.

- Chau.

- Adiós, cómo te... Ah, sí, Laura...

Y se va. Probablemente algún día vuelva.

A esta hora todo me parece más profundo, las entradas, los zaguanes, las alcantarillas.

Se me acerca un muchachito rapado, como se usa ahora. Yo conozco a los adolescentes apurados. Tienen poco dinero, son apurados y dejan marcas. Seguramente hoy, como todas las mañanas, su mamá trató de despertarlo durante media hora, con el café con leche servido sobre la mesa de la cocina. Ya, a la altura del cordón, alza una ceja...

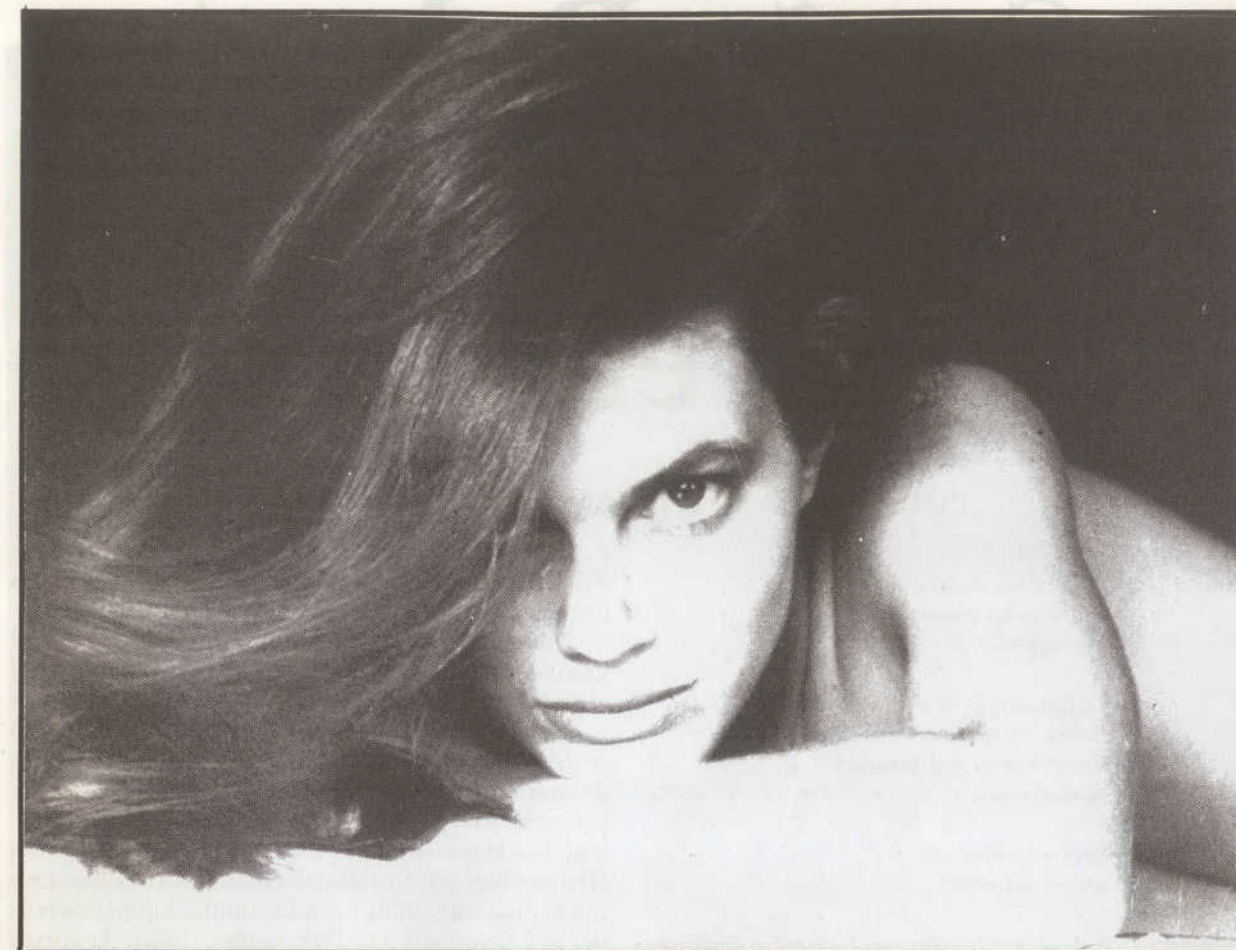


Foto Lucía Vassallo

Identikit

1. Raquel Leonilde Poblet.
2. 6 de Julio de 1962. En Buenos Aires.
3. Trabajo como profesora de inglés y quiero recibirme de la carrera de letras.
4. Cortázar y García Lorca. También García Márquez, Vargas Llosa e Isabel Allende. Y me copan Marcel Proust, Manuel Puig, Piglia, Fontanarrosa y Enrique Medina. Bioy y Silvina. Borges, Pablo Neruda, Baudelaire y Reynaldo Arenas.
5. Los tres mosqueteros de Alejandro Dumas. Dailán Kifki de María Elena Walsh. Cien años de soledad. El nombre de la rosa. Rayuela. Gargantúa y Pantagruel. Las flores del mal. Boquitas pintadas. La ciudad y los perros.
6. Cuando era chica e iba a la escuela.

7. Escribo de noche.

8. Escribir cuentos y novelas que hablen de la calle y de la vida, pero por sobre todo, quiero entretener.

9. Todos mis hermanos (que son un batallón): Susana, Pablo, Virginia y Gabrielita. También mi mamá, que es una santa, y sobre todo, mi gran amiga Susana Estevez.

10. El fútbol. El cine y el teatro. Me conmovió el caso Soledad Morales. También todo ese período lamantable y absurdo posterior a la muerte de Perón. La dictadura militar. Los saqueos a los supermercados. El caso Bulacio. El programa de Gasalla. El auge neoliberal y todo este plástico siniestro de la clase política actual que, aunque no me produce el mismo horror que lo anterior, sí me estimula cierto morbo imaginativo.

11. Toda la obra de Spinetta, sobre todo Invisible y Artaud. También Sumo, La mosca en la sopa de los Redondos. Acariciando lo áspero y la era de la boludez de Divididos. Gumersinda, come back del grupo Aguante Bareta. El chodo cantado por Tita Merello. Discépolo cantado por Edmundo Rivero. El flamenco de Camarón de la isla. Casa Babylon de Mano Negra.

12. La deuda interna. La tregua de Renán. La patagonia rebelde y todas las películas de Almodóvar.

13. Siempre que escribo un cuento me pongo una música que es la misma, quiero decir, un tema que me acompaña mientras pienso y voy escribiendo. Para este cuento escuchaba *El motivo* de Pascual Contursi y Gobián.

Raquel

28 V de Vian

Raquel

V de Vian 29

¿Sueña Roberto Cabañas con gallinas eléctricas?

POR ADRIÁN DUMAS McLAUGHLIN

*Despiértame de los muertos:
cada uno ha tomado su tierra
y su mujer.*

*Tú has mirado dentro de mí
en la oscuridad de mis entrañas:
nadie tiene mi desesperación
en su corazón.*

*Soy un hombre solo,
un solo infierno.*

Salvatore Quasimodo, *Bajo tu luz náufrago*

I
Anoche tuve una pesadilla. Soñé que jugábamos contra la primera en la cancha auxiliar. Estaban casi todos: el Colorado, Márcico, el Paragua, el Chino, el Mono y no sé porqué pero también estaba el Loco Enrique con la camiseta número tres. Nos poníamos a jugar y nos hacían un gol tras otro. Yo no podía agarrar nunca la pelota. En un tiro libre a favor nuestro, Santiago me dice "corré que te la tiro". Yo salía corriendo pero las piernas me pesaban. Santiago tiraba la pelota y yo no podía moverme de donde estaba. Todos me gritaban que corriera pero tenía plomo en las piernas. "Mucha paja, pendejo, mucha paja" me decía Cabañas. El técnico se metía en la cancha y paraba el partido. "No, así no", me decía, "aprendé del turquito". Pero no era Marzolini. Era Basile o mi viejo, que se parecen físicamente. Cabañas me tomaba del hombro y me llevaba hacia el costado. "Vení, pendejo" me decía, "te voy a presentar una mina así no te pajeás más". Y en el banco de suplentes estaba sentada Vanesa. "¿De nuevo perdimos?" me preguntaba y yo: "no, no, empatamos". "Tratálo bien que es amigo mío, va a jugar conmigo en la primera el domingo" le decía Cabañas. Y Vanesa se desnudaba, me besaba y me empujaba sobre la cama de su habitación. Yo le acariciaba las tetas y veía que Vanesa no era Vanesa, era Denise. En eso aparecían un montón de jugadores y me decían: "así no, así no, ni cojer sabés". Denise se reía y lo besaba a Cabañas; los demás jugadores la rodeaban y yo aparecía desnudo gritando y llorando por la avenida

Yrigoyen y me veían todos los vecinos que salían de los negocios. Me desperté en mi cama llorando.

Quise darme vuelta y seguir durmiendo pero las ganas de hacer pis no me dejaban dormir. Tenía todo el cuerpo transpirado. La ventana abierta no servía de nada; ni una gota de aire. Ya había amanecido y se sentían los pajaritos en los árboles del patio. Estiré las piernas, tensé los músculos y los aflojé. Una sensación de placer recorrió por mi cuerpo y prolongó la erección que tenía desde antes de despertarme. Me levanté. Fui hasta el baño e hice pis. No hay nada más difícil que hacer pis con la pija semiparada y semidormido. Limpié los bordes del inodoro y me lavé la cara. Desde la cocina llegaban las voces de los viejos. Pensé en ir con ellos pero no, mejor volver a la cama. Ya iba a tener que ver a mi vieja más tarde, ya iba a tener que estar con mi viejo todo el día en el negocio. Unos minutos más en la cama. Prolongar unos minutos el comienzo de la derrota.

II
Apareció la vieja con un mate. Como hacía siempre antes.
- Papá ya se fue al negocio. Dijo que si querías hoy no fueras.
- No, voy a ir.
- Hoy viene Graciela con los chicos a almorzar. Voy a hacer pastel de papas.
- Con este calor.
- A los chicos les gusta. A vos también. ¿Ya la viste a Denise?
- No, todavía no.
- Los dos hermanos pusieron un video club frente a la plaza. Sobre Gorriarena. Los fines de semana también lo atiende Denise.
- Ese pantalón dejálo. Me lo voy a poner ahora.
- Cambiáte, ponéte uno limpio. Este está sobado.
Estuvo saliendo con el mayor de los Dumas.
- ¿Quién?
- Denise. Pero se pelearon.
- ¿Con Adrián?
- Sí, nunca me gustó ese chico. A vos casi más te mata.
- Eramos chicos, ma. El boludo fui yo por dejarme poner la bolsa en la cabeza.
- Casi te ahoga. Hace un mes se fue a trabajar a Rosario. Los jóvenes siempre están tratando de irse.

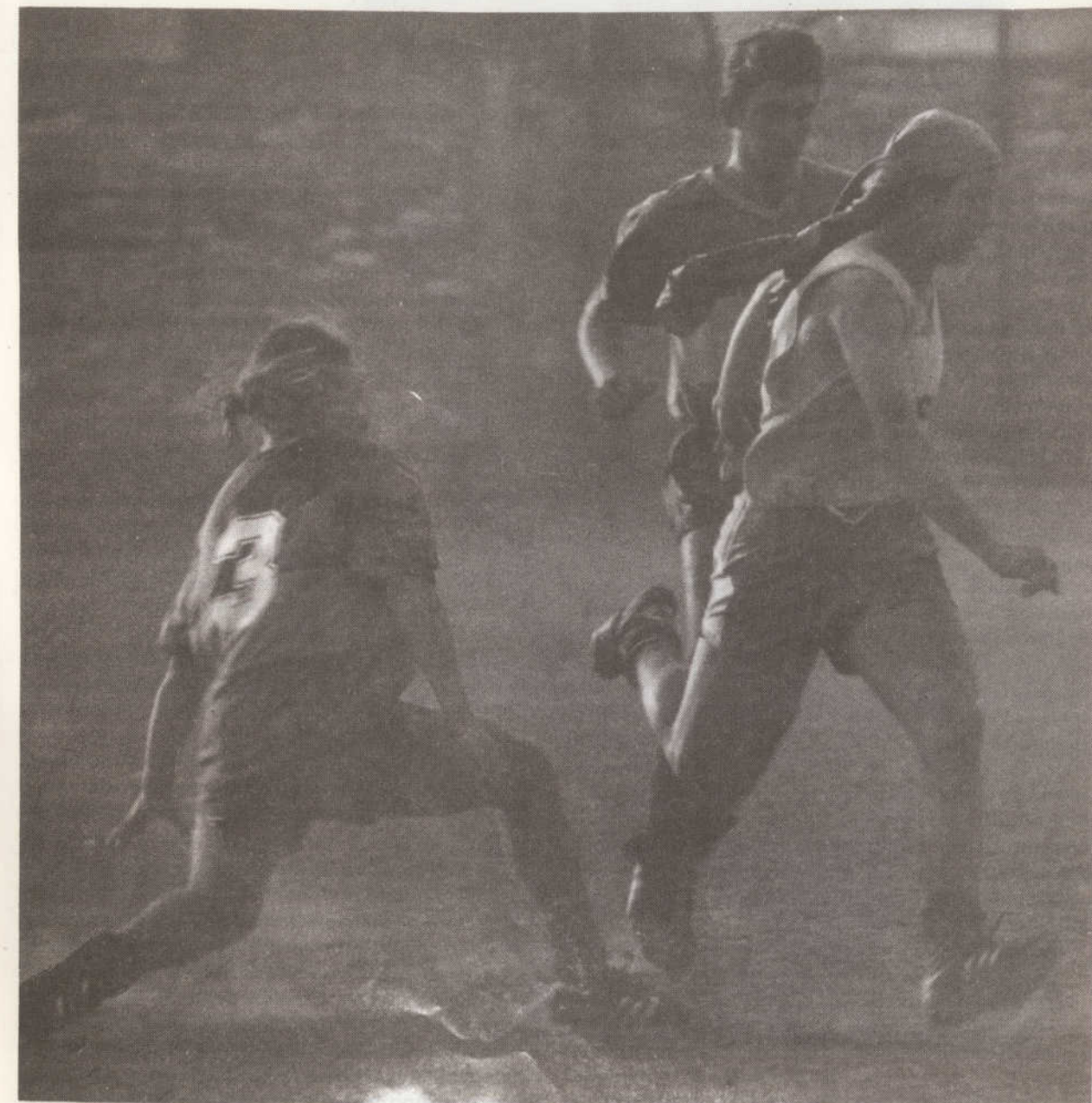


Foto: Enrique Rosito Gentileza Página/30

- ¿Salieron mucho tiempo?
- Aunque siempre es mejor Rosario que Buenos Aires. Esa ciudad es una perdición.
- Ella y Adrián, ¿salieron mucho tiempo?
- Y, varios meses. Yo los vi saliendo del Grand Rex y una vez los vimos con tu hermana en el Circo Maloni que habíamos ido a llevar a tus sobrinos. Ellos estaban con la chiquita, la hermana de él.
- ¿Y mi remera azul?
- Acá está. ¿Te duele mucho?
- No, para nada. No me duele nada.
- Cuando caminás ni se te nota.

III

De casa al negocio había cinco cuadras. El video club de los hermanos de Denise estaba dos cuadras más allá. A la vuelta del negocio vivía Juan Carlos. Antes de meterme en la ferretería pasé por la casa de Juan. Me

atendió la madre (las mismas preguntas de todos, las mismas respuestas). Juan estaba durmiendo. Entré a su pieza y me le tiré encima.

- Despertáte, puto de mierda.
Lo zamarreé un par de veces. Intentó sacarme de encima pero no pudo. Yo siempre había tenido más fuerza que él.
- Soltáme, bostero hijo de puta.
- ¿Quien va a ser el proximo campeón, eh? Hablá, mariquita, hablá.
- Nuls!- gritó con toda su fuerza y se ganó una trompada en los riñones. El grito le había dado una energía extra y había podido zafar. Con la mano abierta me metió un golpe en la cara y me dobló un brazo. Le hice cosquillas en la barriga y me soltó. Era infalible.
Agitados, nos sentamos en la cama y nos cagamos de la risa hasta que nos volvió aire nuevo a los pulmones.

- Me reventaste un riñón, forro.
- Siempre el mismo maricón.
- Hablando de maricones, ¿cojiste o no cojiste?
- Cojí.

IV

No iría a almorzar a casa. Había arreglado con Juan Carlos para encontrar-nos a la una en Pizza Pepper. Pasé todo el resto de la mañana arreglando facturas y remitos que ni entendía pero que me permitían quedarme en la oficinita sin tener que atender al público. El ventilador me volaba los papeles y el aire caliente y pesado no me dejaba respirar bien. El viejo apareció un par de veces cuando no había nadie en el negocio. Me dijo algunas cosas de las ventas y yo asentí pero en realidad no escuchaba nada. Me trataba como si hubiera trabajado con él el día anterior, y el anterior, y el anterior. Pasaba por alto que hacía un año que no pisaba la ferretería. El no sabía pero hubiera podido sospechar que yo me había prometido no volver a trabajar en ese lugar. Me sentía mal en-tre clavos, sopapas, llaves de luz y pinzas. Nunca hubiera pensado que iba a tener que volver a toda esa mierda. Tan pronto.

A la una me fui para Pizza Pepper. Ya no quedaba casi nadie en la calle. Tenía todo el cuerpo transpirado. Sentía que la remera y el jean se me pegaban a la piel. El sol caía recto arriba mío y no había forma de protegerse. Llegué a la pizzería y ya estaba Juan Carlos tomando una cerveza. Pedimos una más y una grande de muzzarella. Juan Carlos estaba eufórico y no dejaba de hablar. Me contó que con Método Billings tenían trabajo todos los sábados y que el representante les había conseguido un boliche de Rosario para ir a tocar el mes próximo. Tanto él como el baterista querían ir a probar suerte a Buenos Aires.

- Eso sí, hijo de puta, yo por lo menos pienso escribirte aunque sea una postal.
- No me gusta escribir. No sé qué poner.
- Me podrías haber mandado una que dijera: "Johnca: debuté. Tres fierros al hilo".
- Cinco, forro, cinco.
- Tu vieja me contó lo de las piernas. Qué mala leche.
- Sí.
- Pero ¿fue por jugar, o te agarró por agarrar?
- Qué sé yo. Pero no puedo volver a correr una pelota. El médico me dijo que si lo hacía me podía quedar parálítico.
- ¿Pero podés hacer vida normal: caminar, subir escaleras, cojer?
- Sí, creo que sí. No puedo correr mucho.
- Qué mala leche.

V

Me contó con lujos de detalles el viaje de egresados y que todos habían terminado bien la secundaria. Hablamos del sorteo de la colimba que nos tocaba en unos meses y también me contó sus planes. Era muy probable que al año siguiente se fuera a Rosario a estudiar periodismo. No estaba seguro. Le tenía fe a Método Billings y no quería dejar la banda. Me contó que Ariel, el más chico de los Pavic, había estado tocando con ellos pero que era tan mal violero que lo tuvieron que echar.

- Un desastre, el pendejo. No pega-

ba dos notas ni por putas.

- Che, ¿y la hermanita?
- ¿Dionisia Penélope?
- La misma.

Nos reímos a carcajadas. Desde que habíamos descubierto que Denise no se llamaba así sino Dionisia (no le habían dejado a los padres anotarla Denise y no tuvieron mejor idea que traducirlo) siempre la llamábamos por su verdadero nombre entre nosotros o para hacerla enojar. Fue Juan Carlos el que lo descubrió cuando lo deletreó en la portada del cuaderno de Denise. Recién me convencí de que se llamaba de manera tan fea cuando aprendí a leer, unos meses más tarde. Lo de Penélope se lo habíamos puesto por Penélope Glamour, la automovilista coqueta de Los autos locos. Ella se enfurecía y decía que Juan y yo parecíamos Pierre Nodoyuna y Patán.

- Siempre igual.
- Salió con el forro de Adrián.
- Sí pero poco tiempo. Adrián se fue a Rosario.
- ¿Y ella?
- El guacho ya te odiaba. Habrá sido por eso que casi te mata.
- Me metió la bolsa cuando estaba distraído.
- Si no es por mí que le pisé un pie con el triciclo ahora estaría comiendo una muzzarella frente a tu tumba.
- ¿Dionisia se va a Rosario?
- No. A Buenos Aires. Ahora está trabajando en el video de los Pavic Brothers. Andá a verla. No seas forro.
- No sé.
- ¿A ella tampoco le escribiste?
- No, a nadie.

VI

Denise no estaba. Ariel y Gabriel me abrazaron y me hicieron las mismas preguntas que todos. Me contaron que habían puesto el video club hacía sólo dos meses y que les iba muy bien; que pensaban abrir otro o poner otro tipo de negocio muy pronto. Me preguntaron si no me quería asociar. "Lo mío es la ferretería" dije en broma pero ninguno de los dos hizo acuse de recibo. Se lo tomaron en serio. Ariel cambió de tema: que Juan Carlos era un hijo de puta (por más amigo mío que fuera), que Método Billings no iba a durar mucho y que estaba por armar un grupo por su lado. Los dos se habían puesto de novio: Ariel con Marisa (la mayor de los Alvarado, una forra total) y Gabriel con Gaby, la mejor amiga de Denise. Fue Ariel el que, al hacer un nuevo resumen de actividades de casi todos los conocidos, me contó que Adrián se había ido a Rosario para trabajar y estudiar medicina. Los padres le habían regalado un Renault 21 cuando cumplió los 18. Gabriel me preguntó si me acordaba cuando jugábamos a los marianos y Adrián me había metido la bolsa en la cabeza como escafandra y yo me había empezado a ahogar sin atinar a sacarme la bolsa. Sí, me acordaba. No le dije que la historia no era exactamente así. Sólo me interesaba una cosa: saber dónde estaba Denise.

- Con este calor seguro que en el club. Andá, boludo. Se va a poner recontenta cuando te vea.
- Che, Ramiro-me dijo Gabriel-el sábado tenemos un picado contra unos flacos de Junín. ¿Podés jugar o...?
- No, no puedo. Un partido de fútbol más y puedo quedar parálítico.

Los dos se habían puesto muy serios. Se limpiaron el

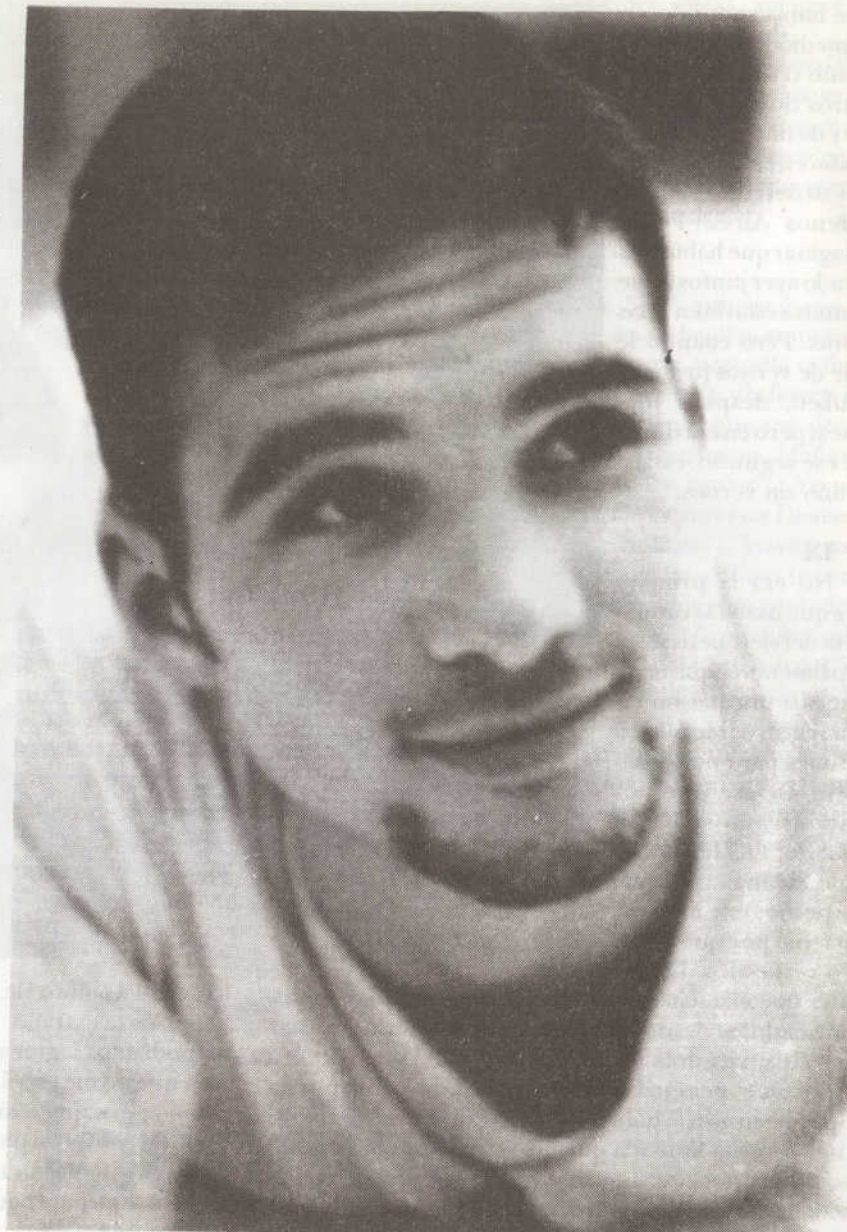
sudor de la frente a la vez.

VII

Alguien que vuelve de Buenos Aires no necesita carnet para entrar al club. Así me dijeron los muchachos de la entrada. Me preguntaron por las porteñas y les dije lo que esperaban: "todas putas". Se reían a carcajadas y yo me sentía muy estúpido. "Eso es lo que tiene de lindo Buenos Aires", le dijo uno al otro que por lo visto no había viajado nunca a la capital, "secoje bien". E insistía: "¿sabés cómo habrá cojido este pendejo? Contále de las minas". Pero me sonreí y pasé sin contestarle.

Fui hacia la pileta. Busqué a Denise con la vista pero no la encontré. Alguien gritó mi nombre y vino casi corriendo hacia donde yo estaba. Era Gaby, la novia de Gabriel. Tenía una malla enterisa rosa y blanca. El cuerpo y el pelo todavía estaban mojados. Alabrazarme me empapó. Entre el calor, el saludo efusivo y su malla enterisa pensé que me iba a desmayar pero sólo tuve que soportar una molesta erección. La felicité por el noviazgo y sin dar demasiados rodeos le pregunté por Denise. No tenía idea de donde estaba. Tal vez en la casa, o en la casa de Alejandra, o tal vez había ido hasta Junín para comprar el pasaje en tren para Buenos Aires. Que se iba por unos días para alquilar un departamento. Después regresaba y se volvía a ir en febrero para instalarse definitivamente en Buenos Aires. Lo bueno de hablar con Gaby era que no paraba de hablarme de Denise. Por supuesto, ni nombró a Adrián, ni a ningún otro tipo pero me contó de los estudios de Denise, del video club, de que se moría por vivir en Buenos Aires y que no veía la hora de entrar a la facultad.

- ¿Y vos tenés pensado qué vas a hacer?
- Hice un gesto dando a entender que no tenía ni idea. No, no tenía ni idea.
- ¿Por qué no terminás el año que te falta de la escuela?
- Hice un gesto que podía significar que podía ser. Tal vez, ¿por qué no?
- Y después te volvé a Buenos Aires. Quedarse acá no tiene sentido. Sobre todo vos que ya estuviste allá. Mi viejo siempre decía que ibas a llegar lejos. Que se iba a hacer hinch de Boca nada más que para alentarte. ¿Te enteraste de que cuando jugaron las inferiores de Nuls o Rosario y Boca los chicos viajaron a Rosario para verte jugar? Lástima que no jugaste. ¿Ya estabas lesionado?
- Sí, seguro. No, no sabía que los chicos...
- Vos sos el ídolo. Rami, el Maradona vediente. ¿Sabés



una cosa? Hasta Adrián viajó.

- Ese forro.
- El mismo, chiquito.

VIII

Volvía a la ferretería casi cuando estaba por cerrar. El viejo no dijo nada. Me metí en la oficinita y llamé por teléfono a Denise. Estaba agitado, el corazón bombeaba sangre a un ritmo insoportable. Más de una vez había imaginado esa situación, qué iba a decir, qué me iba a contestar, pero ahora no quería pensar en nada. El teléfono sonó sólo una vez. Atendió Denise.

- ¿Denise?
- ...¿Ramiro?

Por unos segundos me sentí viejo. Sentí que toda una vida había pasado y que otra, la anterior, caía sobre mí de un golpe con esa voz familiar que hubiera reconocido entre un millón pero que ahora, sin embargo, me era extraña, ajena a mi existencia. Denise sabía ser cordial, dulce, cariñosa. Y, por qué no, yo podía pensar que nada había ocurrido, que el año de distancia y todo lo

que había sucedido en el medio había sido un sueño o anterior a nosotros dos. Así de lejano y de difuso resultaba el año en la Candela, los chicos del club, Vanesa, Buenos Aires. Podía imaginar que habíamos estado ayer juntos y que íbamos a estarlo en unas horas. Pero cuando le dije de vernos primero titubeó, después dijo que sí pero en esa duda, en ese segundo, estaba el año sin vernos.

IX

No era la primera vez que usaba la camioneta del viejo pero sí era la primera vez que no se quejaba porque no tenía registro. Me faltaba un mes para poder sacarlo. Denise y yo nos encontramos en Tiberio. Ella había elegido ese lugar porque, sospecho, era nuevo y no tenía por qué traernos recuerdos. Llegué antes que ella. Cuando la vi aparecer entre las mesas, sonriéndome desde lejos, pensé que era hermoso estar en Vedía, viéndola llegar.

Tenía el pelo más corto y más claro. Tenía puesta ropa que nunca le había visto: un jean roto en la rodilla y una toterita floreada que me recordaron inmediatamente sus hermosas tetas. Llevaba la cadenita con la medalla milagrosa y los aros no eran ninguno de los que le había regalado. No dudé ni un instante que esa chica era la chica que más me gustaba en el mundo.

Hablábamos de cualquier cosa pero era inevitable caer en los temas que realmente nos interesaban. Me contó que con Adrián había salido durante tres meses pero que se habían separado hacía más de cuatro.

- ¿Te acostaste con él?

- Eso no tengo por qué decírtelo a vos.

Me concentré en el fondo del vaso de Coca mientras la puteaba en silencio.

- No. No me acosté con Adrián.

Me contó que el año siguiente empezaba la facultad. Que no veía la hora de estar en Buenos Aires.

- Hubiéramos podido estar juntos.

- No, Ramiro. Vos y yo terminamos antes de tu viaje. Hay cosas que no se pueden repetir por más que se cambie de lugar. Vos y yo no podemos volver a estar juntos ni en Buenos Aires ni en Vedía. Vamos a cumplir dieciocho los dos. Ya no podemos seguir jugando. No somos chicos.

Investigué detalladamente los bordes del vaso y cómo el vidrio desvirtua-



ba las tonalidades del mantel. Hubiera tenido tiempo para contar hasta mil. Ninguno de los dos rompió el silencio pero con qué ganas me hubiera puesto a gritarle, o la hubiera matado, o me hubiera puesto de rodillas, rogándole.

- Me quiero ir - dijo agarrando su carterita. Conocía esos arranques de huida desesperada. Llamé al mozo y pagué.

Subimos a la camioneta pero no la puse en marcha. Me hubiera gustado besarla pero todo hubiera sido peor. Los dos mirábamos la gente pasar. Sin quitar la vista de la calle me dijo:

- Quiero que sepas que vos fuiste la persona más importante de mi vida. Todavía te quiero pero sólo podemos ser amigos. Onisiquiera eso. Pero no podemos volver a estar juntos. Vos te fuiste un año. Yo te extrañé...

- Ya veo. Te consola-

bas en el hombro de Adrián.

- ...Yo te extrañé, Ramiro. A pesar de que sabía que no podíamos seguir siendo novios. Por eso me pareció bien que no me escribieras aunque me moría por saber cómo te iba, qué estabas haciendo. Cuando los chicos viajaron a Rosario para verte yo hubiera querido ir con ellos pero no me animé.

- No sirvo para nada - dije imprevistamente y me puse a llorar.

Denise se sorprendió. Me abrazó y trató de calmarme.

- Pará, Rami, no te pongas así, por favor.

- No sirvo para nada. En Boca me echaron por horrible, porque juego mal, porque soy una mierda, porque cualquiera es mejor que yo. Me gustaría en serio quedarme paralizado. Si es lo mismo. Sólo acá podían pensar que juego bien. Y yo que lo único que hice este año fue pensar en vos y no veía la hora de estar de nuevo con vos... Vos me decís que no podemos estar juntos y te vas a Buenos Aires, mientras yo me voy a tener que quedar acá como un boludo entre sopapas y clavos. ¿Te das cuenta que ya no tengo nada que hacer en la puta vida?

Me abrazó más fuerte y me besó la cabeza. Busqué sus labios y no se resistió. Pero no puso demasiado énfasis o, en todo caso, el suficiente para dejar que mi lengua recorriera su paladar, sus muelas e intentara acariciar sus amígdalas. Mi mano se perdió debajo de la toterita.

- No, Ramiro, no quiero. No confundamos más todo.

Traté de calmarme, respiré hondo, a falta de algo mejor me agarré del volante. Por un momento me

arrepentí de lo que le había dicho. No se merecía la verdad. Nadie en ese pueblo se la merecía. Tal vez Juan pero jamás podría soportar que me tuviera lástima. Puse la camioneta en marcha y la llevé a su casa. Cuando llegamos me hizo una pregunta que me descolocó:

- Y vos, ¿te acostaste con alguien?

Tal vez por la sorpresa, tal vez porque quería ver cómo reaccionaba, le dije la verdad, que sí, que me había acostado con una chica. No le aclaré que había sido en una sauna, cuando habíamos ido con los chicos desde la Candela al Centro. Tampoco le conté que la había elegido entre otras que había en ese lugar porque tenía sus mismos ojos.

- ¿Siguen saliendo?

- No.

Ya estábamos en la puerta de su casa. Fue ahí cuando ella me lo dijo:

- Yo también me acosté con un chico.

- ¿Qué?

- Un primo de Gaby que vive en Estados Unidos. Estuvo unas semanas en lo de Gaby.

- Nosotros estuvimos saliendo como tres años y nunca quisiste que hiciéramos el amor y te acostaste con un tipo en unas semanas.

- No grites. No compares que no es lo mismo. Yo ya no salía con vos. No tenés ningún derecho. Además vos también te acostaste con una chica y yo no digo nada.

- Es distinto porque yo siempre quise hacer el amor con vos.

- No entendés nada, Ramiro. No te tendría que haber contado nada. ¿Ves por qué no podemos estar juntos?

Nunca entendés nada y siempre gritás, siempre te enfurecés. Sólo vos podés hacer lo que querés.

Bajó de la camioneta, dio un calculado portazo y se fue. Juro que la hubiera matado, como tantas otras veces. Como tantas otras veces puse el motor en marcha y aceleré con todo. Quería ponerme la camioneta en la cabeza. Estrellarme contra un camión. Algo que terminara de una vez con esta historia de mierda.

X

Anoche tuve una pesadilla. Soñé que estaba en la ferretería, que aparecía Denise, que la besaba, empezaba a desnudarla y a decirle que la quería, pero ella se iba a otro cuarto, desnuda. Yo iba detrás de ella y la ferretería estaba llena de gente. Estaba Cabañas que me decía: "Vení, pendejo, que hay que concentrarse. Mañana jugamos contra las gallinas y vos sos titular". "Yo no puedo jugar" le decía porque quería irme con Denise y le mentía, "si juego me quedo paralizado". "Vos lo que tenés es miedo, ¿qué te creés?, ¿que las gallinas te van a electrocutar?" Sobre la mesa había cientos de enchufes, tomacorrientes y cables. Tiraba todo a la mierda y salía corriendo y ahí estaba Denise besándose con Adrián. Yo sentía que me ahogaba, quería gritar pero sólo podía llorar. Salía desnudo de la ferretería y Cabañas me alcanzaba un pantaloncito, la camiseta número 8 y un par de botines. "Dale, pendejo, que lo único importante es ganarle a las gallinas. Cueste lo que cueste, esta tarde tenemos que ganar". Cuando me desperté todavía faltaban más de tres horas para que tuviera que ir a la ferretería.

Identikit

1 - Adrián Dumas McLaughlin
2 - 29 - 12 - 66, Tunuyán, Provincia de Mendoza.

3 - Vivo de ser profesor de fútbol en la Escuela Infantil de Fútbol "Mario Boyé", entre otras actividades. Hago otras cosas pero no por plata.

4 - Philip K. Dick, ante todo. Después Gerard de Nerval, Ursula K. LeGuin, Franz Kafka, Mario Levrero y Chretien de Troyes.

5 - Desde mi infancia a hoy (por orden cronológico): Martín Fierro de José Hernández, Viaje al centro de la tierra de Julio Verne, El extranjero de Albert Camus, El centrofoward murió al amanecer de Agustín Cuzzani, Viaje a la luna de Cyrano de Bergerac, Neuromante de William Gibson.

6 - El Arcángel Gabriel se me apareció en sueños y me dijo: "Dios ha decidido ofrecerte dos posibilidades: o te embarazas y quedás en la

historia, o te dedicás a escribir y no se va a acordar de vos ni tu tía. Elegí". Preferí la segunda opción con total disgusto por parte del Arcángel.

7 - A toda hora, en todas partes.

8 - Estoy terminando un guión de cine titulado ¡A la pelotita! y comencé una novela de largo aliento cuyo título provisorio es Cien años de soledad.

9 - Mi tía Sofía y Doña Cata, una vecina de mi tía. Le he enviado cuentos míos a Bioy Casares, Vargas Llosa, Octavio Paz, Fernando Sabater, a la Academia de Letras de Suecia y a todos los premios Nobel de literatura de Soyinka en adelante, pero no confío demasiado en que me hayan leído porque, salvo Octavio Paz, nunca me escribieron ni una tarjeta de Navidad.

10 - Todo pasa y todo queda. El fútbol, desde siempre. La informática,

ca, en los últimos años. El discurso de Alfonsín en el cierre de campaña del '83, su discurso de la "economía de guerra" ('85), los episodios de Villa Martelli ('88) y La Tablada ('89).

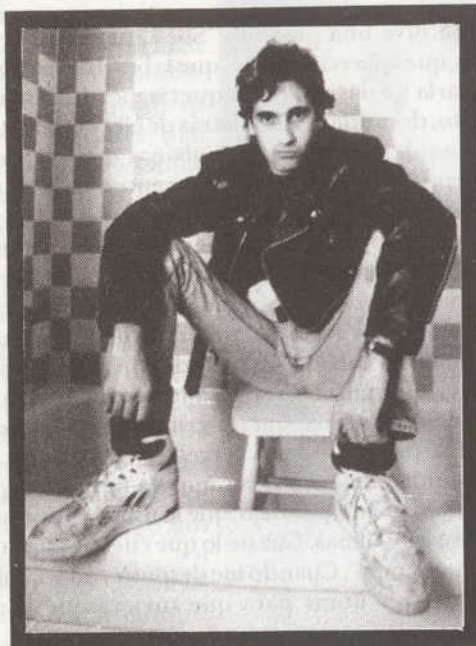
11 - Algunas cosas de Rubén Blades, Jaime Roth, Johnny Rivers, Daniel Santos, Barón Rojo, Peter Gabriel, B'52, Paralamas y otros. No tengo demasiado oído.

12 - Cualquier película en la que trabaje Schwarzenegger (sobre todo, El vengador del futuro de Verhoeven y Mentiras verdaderas del Gran Cameron), todas las que dirija Tim Burton, Blade Runner de Scott, Zelig de Allen, las tres Alien, La armada Brancalione de Monicelli y Los usurparodes de cuerpos de Kaufman. Acabo de fundar el club de admiradores de Juliette Lewis.

13 - Es autobiográfico.

Adrián
V de Vian 35

Entró un man



POR CLAUDIA FELD

Entró un man y lo miramos. Nada mal, el man, decimos en cuchicheos versos estribillos. El man no mira. No nos mira el man: entró y listo.

Entró un man y hace días que esperamos. Entró cortando recio el humo verdinegro de un montón de cigarrillos que se apagan prestos, una vez que entró el man y lo miramos relamiéndonos. Viene el man y nuestros ojos lo condensan, lo traspasan, lo traslucen. Al man adentro, adentro acá. Al fin un man, decimos en ladridos. Cada cual entonces prepara su teatro: unta maquillaje en sus mejillas, perfila sus párpados, pule sus uñas. Luces de colores para que el man nos mire. Para que el man nos elija.

Y los asientos se erigen en santuarios, y nuestros cuerpos, erectos, deben ya relucir: el man parpadea encandilado.

El man avanza, lo acuchillamos con nuestras pupilas: el man ni se mosquea, ni se inmuta. Man imperturbable continúa su camino y le ofrecen cerveza desde los rincones, y le ofrecen carne fresca a gritos. Y el man no parece oír. Y el man no parece vernos.

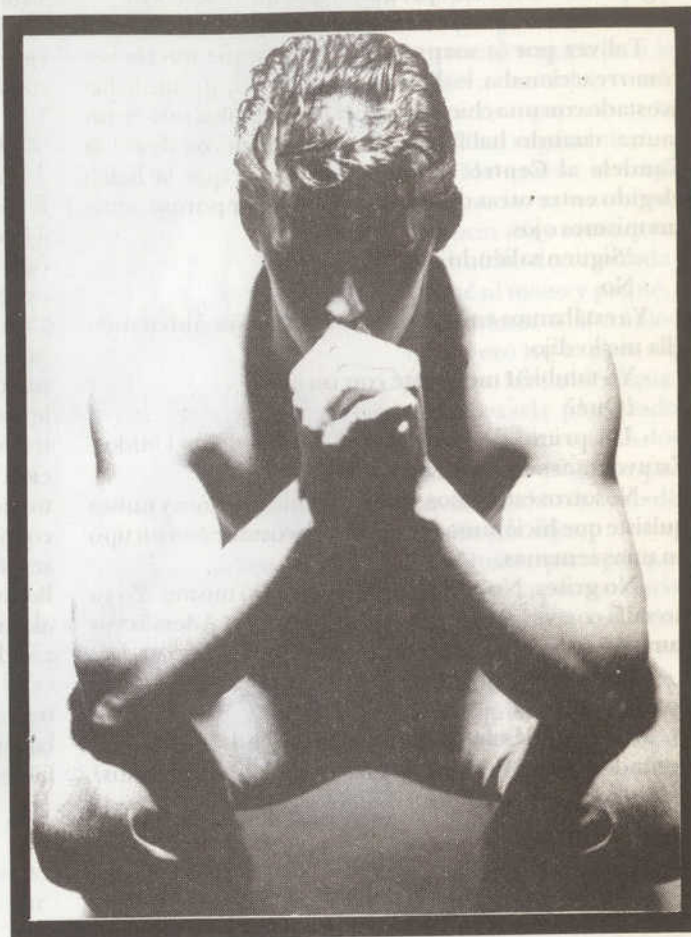
Y nos meneamos para el man, y nada.

Y nos mamamos por el man, y nada.

Y nos mimamos ante el man, y nada.

Claudia

36 V de Vian



Y nada el man en el humo. Y llega al mostrador y pide: un vaso de ónix, un reloj de arena seca, un cortaplumas rojo, un paraguas. Compra el man desaforado objetos inservibles. Lo miramos verdes, comiéndonos los labios, saltando las costuras de nuestros vestidos, estallando en prisas, en precocidades, en procacidades, en provocaciones.

Y el man consume añiles, y falsos papeles, y pequeñas cucharas rosadas y tazas. El man compra a mares. Y nada.

Entró un man después de tantos años. Entró al fin y le cantamos tangos, boleros, contamos chistes verdes y empezamos lentamente a levantarnos. Y nos paramos ya mirándonos las medias, mirándonos los dientes blancos y feroces. Nos acercamos al man en breves trancos. Llegamos hasta él y lo tocamos con la punta del aliento, con el rimmel, lo palpamos con el filo de las uñas, lo apresamos, le arrancamos la piel y los pelos y la ropa, lo aferramos.

Ahuecamos sus ojos. El man firme. Cae con sus glúteos en el suelo frío. Lo cercamos. Cercenamos su lengua. Bien de cerca nos araña, nos mordisquea los pómulos cuando intentamos besarlo. El man gime y sufre. El man muge. Lo nuestro es un aullido desordenado. El man se retuerce abajo, se retoba. Sus movimientos

torpes a veces logran lastimarnos.

Y nos hartamos. Y nos asqueamos del man. Lo dejamos ahí, hecho un ovillo, un nudo laxo. Y volvemos a sentarnos, a maquillarnos en nuestras sillas rectas, a cepillarnos.

El man surge. Se levanta pronto. Intenta vestirse y se le cae la ropa. Toma como puede todo lo que ha comprado. El man lleva llagas en los bolsillos, cardenales en las nalgas, lluvias negras en los ojos, lleva plagas.

Y llega a la puerta para irse. Se da vuelta. Y antes de salir, el man posa en nuestros cuerpos su mirada lánguida.

Identikit

- 1.- Claudia Feld
- 2.- 10/2/1968. Buenos Aires.
- 3.- Soy docente en la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la U.B.A.. A veces, trabajo como periodista.
- 4.- Franz Kafka, Julio Cortázar, Italo Calvino, Oliverio Girondo despiertan mi admiración.
- 7.- Escribo en bares, en colectivos, en insomnios, en empleos aburridos.
- 8.- Mi proyecto global es dedicar más tiempo a escribir.
- 9.- Depende del texto, no tengo un primer lector fijo.
- 13.- Fui a un colegio secundario de mujeres que, cuando yo estaba en quinto año, se hizo mixto. La proporción varones/mujeres fue entonces de 20 a 1 a favor del sexo femenino. No creo que eso tenga que ver con este cuento, pero es la única situación a la que puedo asociarlo. Es un texto que escribí hace varios años y, hasta ahora, no se lo había dado a leer a nadie.

La quema

POR JOSÉ LUIS CAVAZZA

El cielo, en medio de la noche, es un infierno. El humo negro que brota de las cenizas es irrespirable y va impregnando todo lo que acaricia a su paso. Es pegajoso e irritante. Igual, los chicos de rostros tiznados, se agachan y se enderezan sobre las montañas de basura, y de lejos, parecen que estuvieran bailando una cueca desenfundada. Es la quema. Es como un rito marginal, una especie de depuración. Desde un carro desvencijado tirado por un caballo exiguo, repleto de botellas de vidrio, Juanjo canta "bienvenidos a tierra santa, viva la riqueza de la miseria". Fue bautizado por el vecindario como *El poeta*. Una mujer bordea el basural apretado al cuerpo de su hombre. Ella abraza por la cintura. Cualquiera puede sentir que ella sufre profundamente en alguna parte de su cuerpo. Quizá en ese olor a noche de lluvia de cenizas o en su boca que es como una mueca tragicómica. Un aire denso y oscuro se arremolina y se escapa de a ratos por encima de los techos de chapa y los árboles enjutos. La ciudad y la justicia se encuentran demasiado lejos. En las noches de quema

la atmósfera es tan estática que uno puede escuchar el eco de su respiración jadeante.

A Darsen le quema la boca, y entre pitada y pitada del cigarrillo se pasa la lengua sobre los labios. En cambio, la chica, permanece a su lado indiferente al humo negro que inunda el sitio. Darsen, el periodista, es un tipo diminuto y tiene unos bigotes que le cubren el labio superior. Se pregunta si realmente tiene sentido estar ahí, tratando de conseguir algún dato sobre el asesinato de *Vikingo*. ¿Por qué no conformarse con lo publicado?, se pregunta; además nadie le había pedido que investigara el crimen. Quizá la respuesta está en esa chica alta y laca, pecosa y con un rostro de adolescente fatal, que lo fue a buscar a la Redacción y le dijo que era la novia de *Vikingo*. Recién después de mirarlo a Darsen a los ojos -tuvo que bajar levemente la vista- le pidió que lo acompañase a ver la quema, porque una noche como esa el *Vikingo* había muerto en aquel lugar, con una bala enterrada entre las cejas.

"Se nota que la noticia no anda por aquí últimamente", dice la chica a Darsen al verlo cubrirse la boca y la nariz con un



V de Vian

pañuelo. "También está claro que vos conocés a la perfección esta maravilla del barrio", replica él. "¿Viviste aquí alguna vez?", agrega con cierta ironía. "sólo en mis noches tristes, para no morirme", dice ella con aire de misterio. Un viento arremolinado que dura un par de segundos embolsa la capa negra de la chica y hace desaparecer de su cabeza el sombrero de alas anchas. Darsen puede oler perfectamente el dulce perfume que brota de los cabellos rubios de la chica, de su cuello y de su nuca. "Valía la pena venir aunque apenas sea por esto", piensa envuelto en medio de un remolino perfumado que llega a su fin cuando abre los ojos, cuando la brisa nauseabunda del basural vuelve a ocupar su espacio bajo la noche cerrada, con un cielo que de aratos es iluminado por alguna que otra lengua de fuego.

¿Quién mató al Vikingo? ¿Por qué? ¿Qué hacía aquella noche en la quema un tipo como el Vikingo que vivía en un dúplex de 3 de Febrero y Necochea? Preguntas que la chica no responde. ¿Era conocido el muchacho en el basural? Darsen muestra la foto publicada en el diario a varios vecinos que lo miran con desconfianza y le dan la espalda en silencio. "Me confunden con un cana", se lamenta. "¿Lo amabas?", le pregunta a la chica, quien le posa los largos brazos sobre los hombros y le dice: "El era otra cosa... Vivía montado a dos

caballos al mismo tiempo, como yo. Podíamos traicionarnos sin ningún tipo de remordimientos". Como puede -el aire de cenizas se pone más denso- Darsen prende un cigarrillo. "¿Por qué estás aquí?", dice después de aspirar profundamente. "¿Y vos?", le contesta la chica antes de pedirle que la siga. A él le empiezan a doler los huesos y el sueño comienza a invadirlo lentamente, como un somnífero hecho de palabras inútiles, pero igual comienza a seguir de cerca los pasos de la chica rubia. Un callejón entre paredes comidas por la humedad, tachos de basura inclinados sobre los zanjones, y en una esquina, un farol pende titilante de un alambre que cruza la calle, que provoca un triángulo de luz pobre perpendicular al piso de tierra. "En este rincón encontraron muerto al Vikingo", balbucea la chica señalando un hueco entre una pared agrietada y dos chapas. Un medio que parecía famélico le alcanza el sombrero negro y se va corriendo. Darsen cree estar en el último rincón de la ciudad. La chica es alta pero lo mismo apoya la cabeza sobre el hombro del periodista. Apenas un pequeño llanto, pero suficiente para que Darsen saque un pañuelo y se lo pase por las mejillas y los labios, en el instante mismo en que su cabeza comienza a bosquejarse el primer capítulo de una novela negra.

Para Cary Vila Ortiz

Identikit

- 1- José Luis Cavazza.
- 2- 28.11.57. En Bigand, sur de la Provincia de Santa Fe.
- 3- Redactor del diario "La Capital" de Rosario.
- 4- Siempre prefiero tener presente títulos de libros en lugar de nombres de autores. De todos modos, puedo nombrar a Cortázar, Rodolfo Walsh, Arlt, Calvino, Kafka, Chandler, Carver.
- 5- No sé si fue importante en mi vida pero la primera vez que leí Rayuela me pegó fuerte. Sinceramente, quedaba fuera de juego cada dos páginas pero el libro tenía algo muy fuerte que me cautivaba. Creo que fue un puente a otros libros. Algunos libros que me gustaron un poco más que otros fueron Las ciudades invisibles de Calvino, Respiración Artificial de Piglia, La insupportable levedad del ser de Kundera, El largo Adiós de Chandler, Bajo una luz marina de Carver, El cielo protector de Bowles, El castillo de Kafka, La peste de Camus, Madame Bovary de Flaubert y Moby Dick de Melville.
- 6- Sinceramente, no sé. En la adolescencia, escribí letras de algunas canciones para un grupo de rock que, por fortuna, jamás subió a un escenario. Después, en

Rosario, atendía un kiosco en la parte de una pensión cerca del río. Ayudaba a las putas que vivían en el edificio a redactar interminables y sentidas cartas de amor a sus enamorados, quienes, generalmente, estaban del otro lado del mar. Mis amigas estaban más que satisfechas con mi redacción. En mi primer año en la facultad de arquitectura me convencí que tenía la mano bastante dura para el dibujo y, por azar, me cayó en las manos un ejemplar de Rayuela...

7- Mi trabajo en el diario termina aproximadamente a la una de la mañana. Tengo una columna de ficciones que sale los sábados. Esta y otras pocas cosas las escribo en mi casa a partir de las dos de la madrugada.

8- Desde hace varios años digo que me gustaría escribir una novela, pero también quisiera mejorar la pegada con la parte externa del pie en el futbolito de 5. Hace diez años me largué con una novela ("Ciudad llave" iba a ser su nombre), y le alcancé el borrador a Adrián Abonizio. Al tiempo me dijo: "loco, tiene cosas muy pìolas pero, en general, no entiendo ni jota". Cada vez que nos vemos me pregunta por la "Ciudad llave" y se caga de risa.

9- Después de la experiencia con

Adrián me cuido bien de a quién muestro mis textos.

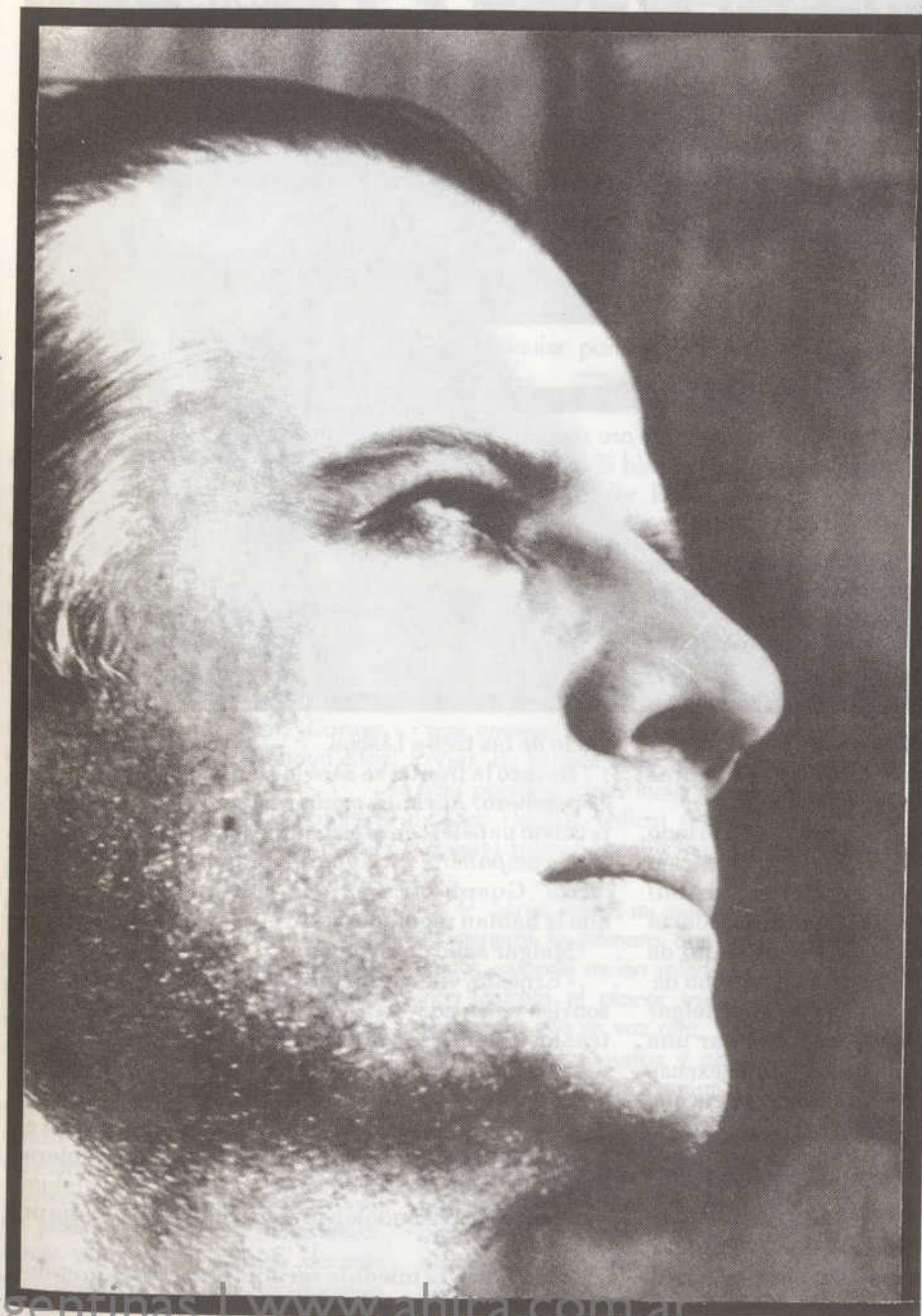
10- Solo, salvo la compañía de algunos amigos, y sin entender demasiado qué pasaba, me fui a vivir a Rosario en Abril del '76. Creo que está todo dicho.

11- No tengo discos favoritos ni tampoco un tipo de música que predomine sobre los demás. Me gustan los discos de Camarón de la Isla, los Redondos, y los más recientes del Polaco Goyeneche. También Swordfish, trombones y Blue Valentine de Tom Waits, Achtung baby y Zooropa de U2, Kamikaze y Madre en años luz de Spinetta, Rapsodia en azul de Gershwin, Peer Gynt de Greig. También me gustan Caetano Veloso, el Tata Cedrón y Leonard Cohen, entre tantos otros.

12- Ese oscuro objeto del deseo de Buñuel, Los perros de paja de Peckinpah, Brazil de Gilliam, Blade runner de Scott, París-Texas de Wenders, La última ola de Peter Wair, Una mujer inquietante de Miller, The wall de Parker, Annie Hall de Woody Allen, El sonido del silencio de De Palma, El dependiente de Favio, Un lugar en el mundo de Arístarain y todas las películas de la Pantera Rosa son algunas.

Cuando la llave viene bajando

POR ALBERTO DAVID BACCAY



Con los billetes en una mano se trepó al colectivo que ya había arrancado. Diez cuerdas en el estribo, el viento húmedo y la sudestada que nunca para. Empujó y pudo meterse entre dos cuerpos calientes, subió un escalón más y extendió el brazo doblándose sobre los caños, que olían más que nunca a caños de colectivo. Pagó el boleto. Viajó parado todo el trayecto soportando las ropas pegadas por la baba de la lluvia, la asfixia apretada de las siete de la tarde, las ráfagas del aire de julio penetrando por la puerta cuando subía alguien más a presión. Lo que pudo ver entre brazos y codos fueron las caras inexpresivas, duras, de vivir mal, surcadas de gritar siempre a sordos encaramados. Imaginó cuerpos golpeando, anestesiados, intactos de tanto esperar. Tenían demasiado tiempo esas imágenes que le devolvía el mirar a la gente, o tal vez sólo se tratara de tamiz desesperado por el que pasaba todo lo que veía, lo que tocaba, lo que olía.

Salió escupido hasta el asfalto y caminó por la avenida buscan-

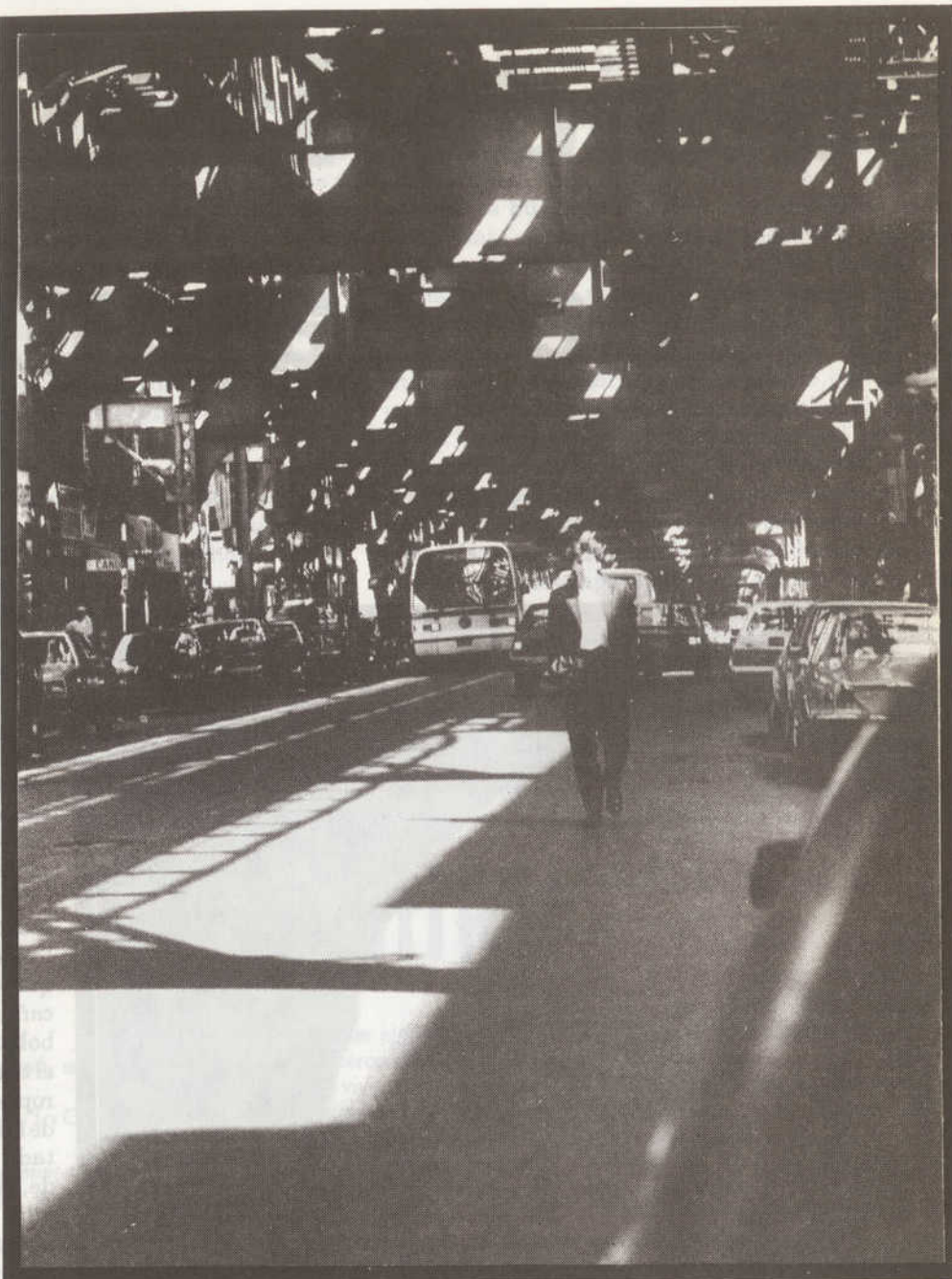
Alberto
V de Vian 39

do algún culpable, alguien a quien matar o derramarle como semen el odio acumulado de años. Entonces se aliviaba con la idea, con la posibilidad alimentada; con la certeza de que algún día. Se mantenía como un boxeador, dispuesto para la gran pelea y asegurándose la velocidad gracias a la sombra. A la sombra de la derrota.

Finalmente consiguió la llave. No iba a subirse a la balanza de la moral, ni a seguir entregando su vida: el día elegido era como tantas veces lo había imaginado, de pocas nubes y helado. Dijo un buenos días seco y notó que su voz temblaba. Cada paso calculado, medido hasta el detalle ridículo. A la luz de la lámpara el plan resultaba demasiado fácil: nada más el movimiento rápido pero sereno, exacto y blando. Por un momento dudó, se miró las manos vigorosas temblando, las gotas que empapaban su frente arrugada por un

ceño mal acostumbrado. Sentía la cara estirada y el peligro de que los demás advirtieran sus gestos duros o le leyera el miedo en la camisa ya mojada.

Desde su escritorio podía ver las llaves, una al lado de la otra en el tablero. Sabía de memoria su ubicación y a qué puerta correspondía cada una. Repasó mentalmente el plan: robar la de acceso a la empresa, cuarta de izquierda a derecha, Trábex, con el cartelito de "MELGAR CONSTRUCCIONES S. A.", entrar al despacho de Melgar, cambiar la llave de la caja fuerte (que Melgar escondía en el último cajón del escritorio) por una similar que ya tenía en el bolsillo; con cualquier excusa salir; sacar una copia de cada una en la cerrajería que estaba a diez cuadras; ir y volver en taxi. La plata de los sueldos llegaría más tarde y las llaves en su lugar, frías y mudas. Por la noche, lo más fácil: el robo concreto o mejor dicho, el hurto. El vaciado de la caja fuerte en cinco minutos, el pasaporte en el bolsillo, el



vuelo de las tres a Lisboa.

Se secó la frente, se sacó los lentes, puso el saco en el perchero. Abrió el primer cajón de su escritorio, revolvió papeles, encontró la tarjeta y leyó: "Para un gran compañero, un humilde presente, pero lleno de afecto". Guardó otra vez la tarjeta, recordó la camisa que le habían regalado, cerro el cajón con violencia.

Melgar salió de su oficina:

- Ernesto, vuelvo en una hora-. El estiró la cara en sonrisa y asintió. "Volvé cuando quieras" pensó mientras lo miraba irse con ese caminar de paquidermo, el dorso de las rodillas casi tocándose y la punta de los zapatos marcando las diez y diez. Esperó que saliera, se palpó la llave falsa, saltó de su asiento. Entró en el despacho y cambió la de la caja. Salió y fue al tablero, una, dos, tres, la cuarta con el cartelito y sus labios moviéndose, avisándole a la recepcionista que salía un rato.

Temblaba. El miedo le sacudía el cuerpo, apretaba

los dientes para mantener su mandíbula quieta y aferraba las llaves en un puño dentro del bolsillo del saco. Tenía tiempo, en treinta minutos estaría de vuelta con las copias. Los ocho pisos parecían veinte; la imagen en el espejo del ascensor: una vuelta de tuerca a su tortura. Se observó por encima de los anteojos y largó una risita evasora de las tripas retorciéndolo. Planta baja. Las puertas automáticas se abrieron y entonces prefirió estar muerto, no haber nacido, o manotear la pistola que llevaba uno de los uniformados del camión de caudales que conversaba junto a Melgar.

- ¡Ernesto!- gritó. - Me viene al pelo-. Le arrojó una de las bolsas repletas y pesadas. - ¿Se siente bien? Lo noto un poco pálido...

Ahora los ocho pisos parecían cuarenta, como acusadora la mirada del guardia, fija en las gotas heladas que le corrían a Ernesto por sus sienes. Perro policía oliendo adrenalina, bigote reglamentario, risa difícil. Se imaginó un cuarto oscuro, una lámpara sobre su cara, golpes anónimos en la cabeza.

Cuando la policía cerró la puerta de la oficina y

quedaron los dos solos, decidió comérsela. Nadie conocía la llave que guardaba en el cajón, salvo Melgar, teóricamente. Sabía que en segundos se descubriría todo. Melgar le dio la espalda, él se la puso en la boca. El gordo le preguntó algo, él dijo que sí con la cabeza y empezó a tragar. Tuvo una arcada.

- Pero Ernesto, debería descansar este fin de semana... - Dijo palmeándole la espalda, mientras la llave le hería el esófago. El empresario hurgó en su pantalón y extrajo una con la que abrió la caja fuerte:

- Supongo que no les va a molestar cobrar en unos días el resto; éste va a ser un adelanto, nomás- dijo, metiendo los billetes. Agregó:

- Prepare los vales, Ernesto.

A las siete y diez de la tarde y con los billetes en una mano se trepó el colectivo que ya había arrancado. Se abrió paso, olió los rastros ácidos de su transpiración. El primer retorcijón coincidió con el grito del chofer:

- ¡Hospital Argerich!

Se bajó.

Identikit

1- Alberto David Baccay.
2- 22 de Abril de 1962, Hospital Español, Capital Federal.

3- Después de años de trabajar en oficinas, taxis y demás, actualmente escribo sistemáticos relatos urbanos semanales para un diario porteño (revista dominical), además de realizar colaboraciones periodísticas, y no dejo el vicio de ir todas las tardes a un empleo de comercio, por unos mangos más.

4- Cortázar, Juan Gelman, García Márquez, Roberto Arlt, Carver, Miller, Rodolfo Walsh, Rimbaud, Bioy Casares.

5- El esclavo de Isaac Bashiev Singer, El ojo del tigre de Wilbur Smith y Primera Sangre de David Morrell, leídos en la temprana adolescencia. Después vino El lobo estepario de Hesse y, más adelante, Rayuela de Cortázar, obra que me disparó a escribir mi primera novela o intento de.

6- Crecí dibujando mientras la música de mi viejo llenaba la casa desde el piano. Empecé a escribir canciones que cantaba con guitarra y armónica. Las canciones derivaron en poemas. Quise ser alternativamente dibujante o músico durante años mientras escribía cualquier cosa

en cualquier parte. Finalmente me decidí.

7- Prefiero escribir y corregir a mano. Después uso la máquina manual, prestada. Si bien intento garabatos en cualquier lugar o hueco durante el día, el placer que busco y necesito lo encuentro cuando no me preocupa el reloj. Esto ocurre por lo general de noche. Ultimamente estoy intentando escribir por las mañanas, sin demasiado éxito aún.

8- Terminar de una vez la novela que empecé a componer hace dos años, de la cual tengo una carpeta con papeles, ideas inciertas, sensaciones claras. Publicar un libro de cuentos breves. Escribir más. Disfrutar.

9- Sonia Tobal, mi mujer, es por lo general la primera que lee mis textos, cuando recién salen del horno. Disfruto el placer escucharlos leídos por ella en voz alta, y de sus apreciaciones, agudas y objetivas. Alejandro Andrade, amigo, es el segundo, también en voz alta. La cerveza obra maravillas en sus recreaciones teatrales. Y Susana Campos, amiga y escritora, cuyas palabras más cercanas a lo literario, me aclaran errores u obviedades imperdonables.

10- La última dictadura militar, transcurrida por completo en mi adolescencia y vivida en un ambiente social y personal de opresión, represión y miedo. Mis ocho años de análisis que me permitieron, en primera instancia, no ir a parar al Borda o suicidarme. La calle.

11- Toda la obra de Serrat, Causas y azares, de Silvio Rodríguez, Bajo Belgrano y Kamikaze de Spinetta, casi toda la discografía de los Beatles, algunos de León Gieco, algunos de Charly.

12- All that Jazz de B. Fosse, Una noche en la tierra de Jarmusch, Refugio para el amor de Bertolucci, Orlando, Brazil, Delicatessen, Operación Dragón, Betty Blue, Bleu, Henry y June, Un maldito policía y Juegos peligrosos de Ferrara.

13- Es el primer cuento cuya escritura me llevó días. Lo escribí mientras trabajaba en "Páginas doradas". La imagen del hombre derrotado y encima oficinista me persiguió por varios años de mi vida. Es la historia de una venganza, de un gesto desesperado, de un intento de liberación como sea. No pude evitar que le saliera mal, por lo explicado más arriba.

BONZO

POR GUILLERMO FOURQUET

En épocas de incendios, los raptos eran siempre bienvenidos. Después de un tiempo, pasada la novedad del primer mes, terminamos saturándonos de las noches iluminadas por la luz ocre de las fogatas, de la vista llorosa y corroída, de socorrer a los que lograban escapar, chamuscados, de los edificios en llamas, de las grandes humaredas que persistían en la madrugada.

Cualquier ruptura de la rutina, entonces, nos excitaba como a novatos en su primer día de trabajo. Y un secuestro era sinónimo, en aquellos tiempos, justamente de eso: algo completamente diferente a las tareas en las que nos debatíamos día a día, noche a noche, jornada tras jornada.

Yo mismo me alegré quizá en exceso cuando oí de boca del jefe de brigada cuál sería la misión de esa noche nefasta. No sabía -no podía prever- que un incidente profesional puede transformarse en un drama familiar.

Durante semanas enteras habíamos estado evacuando a miles y miles de damnificados. Sillegábamos a tiempo los envolvíamos en gruesas mantas de amianto. La gente quería librarse de nosotros como si les hiciéramos daño, como si el remedio fuera peor que el flagelo de las llamas sobre sus cuerpos. Si, en cambio, el lugar estaba ya desalojado -o, si ya no había nada que hacer y los cuerpos yacían calcinados en el interior del edificio- colaborábamos en la extinción del siniestro. Usábamos nuestro propio equipo de matafuegos o, si le sobraban a los bomberos, mangueras de largo alcance. Al salir el chorro, teníamos que sujetarlas entre varios para poder darle la dirección correcta. Era como domar una serpiente gigante.

Nunca ocurrían durante el día los incendios, siempre después de medianoche, y tras tantas horas de lucha terminábamos empapados, tiznados por el carbón, expectorando todo el humo que habíamos tragado.

Nos sentábamos en la vereda y prendíamos cigarrillos con los últimos rescoldos que quedaban por aquí y por allá. Era nuestro modo de recuperar energías, de prepararnos para la siguiente noche en la que, casi sin dudas, tendríamos un caso idéntico, en la otra punta de la ciudad.

Así era -como tal vez recordarán- la historia en aquellos días.

En un principio circulaba la teoría de que el culpable de los incendios era una única persona, una es-

pecie de Nerón delirante que recorría solapadamente las calles con una antorcha escondida entre las ropas. Pero cuando los siniestros se multiplicaron en una escala prodigiosa -en una misma jornada, en distintos puntos de la ciudad, llegaron a contabilizarse unos 40- la hipótesis del piromaniaco solitario pareció diluirse.

Existía otra posibilidad: que se tratara de una banda organizada, pero nosotros, que patrullábamos las calles constantemente, podíamos dar fe de que esa posibilidad era remota. Los ministerios llegaron a la conclusión de que debían ser comandos anarquistas -"subversivos", era su mote preferido- pero no tenían a mano pruebas que justificaran semejante conclusión.

Lo que creíamos nosotros, los brigadistas, era muy simple. Una fiebre extraña estaba enajenando a algunos habitantes de la ciudad y los obligaba a prender fuego a lo que tuvieran más a mano. La cama, un aparato eléctrico, cualquier cosa. A partir de ahí, las llamas se propagaban rápidamente en todas direcciones y ya era imposible detenerlas. La visión de esa masa intangible debía obnubilarlos, dejarlos sin reacción. Nunca pudimos comprobar cómo se habían iniciado ni siquiera uno de esos hechos.

En la seccional se presentaban miles de personajes raros que se adjudicaban el inicio de tal o cual tragedia y, en muchos casos, según podría haberse comprobado fácilmente, si se les hubiera dado más crédito, las historias que contaban eran cien por ciento verídicas.

Cuando se les preguntaba las causas, miraban atontados, la vista vidriosa y lejana, sin saber qué responder. Ni siquiera los golpes los ablandaban.

Recuerdo una de las veces que me designaron para el interrogatorio. El cuarto con sus paredes cuarteadas de cal, peladas y téticas, y el tipo con cara de vagabundo, bajo la luz del reflector de alta potencia, parecían irreales. Hasta podían verse los piojos caminando por su barba mientras se mordía los labios mugrientos.

-¿Y entonces por qué le prendió fuego?, le pregunté. Había roto con una botella las ventanillas de un auto estacionado y había tirado sobre los asientos un paño empapado en querosén.

Trató de inspeccionar mi cara a contraluz. Los ojos se le hundían en las cuencas, se le entrecerraban como los de un insecto. Balbuceó dos o tres cosas incomprensibles.

-El calor, el calor... me hace hacer esas cosas.

Llamé a la guardia. Lo usamos de punching ball, le hicimos pasar corriente por el cuerpo, pero no pudimos sacarle ningún nuevo dato, nada que nos explicara sus razones. Se replegó sobre sí mismo como un caracol.

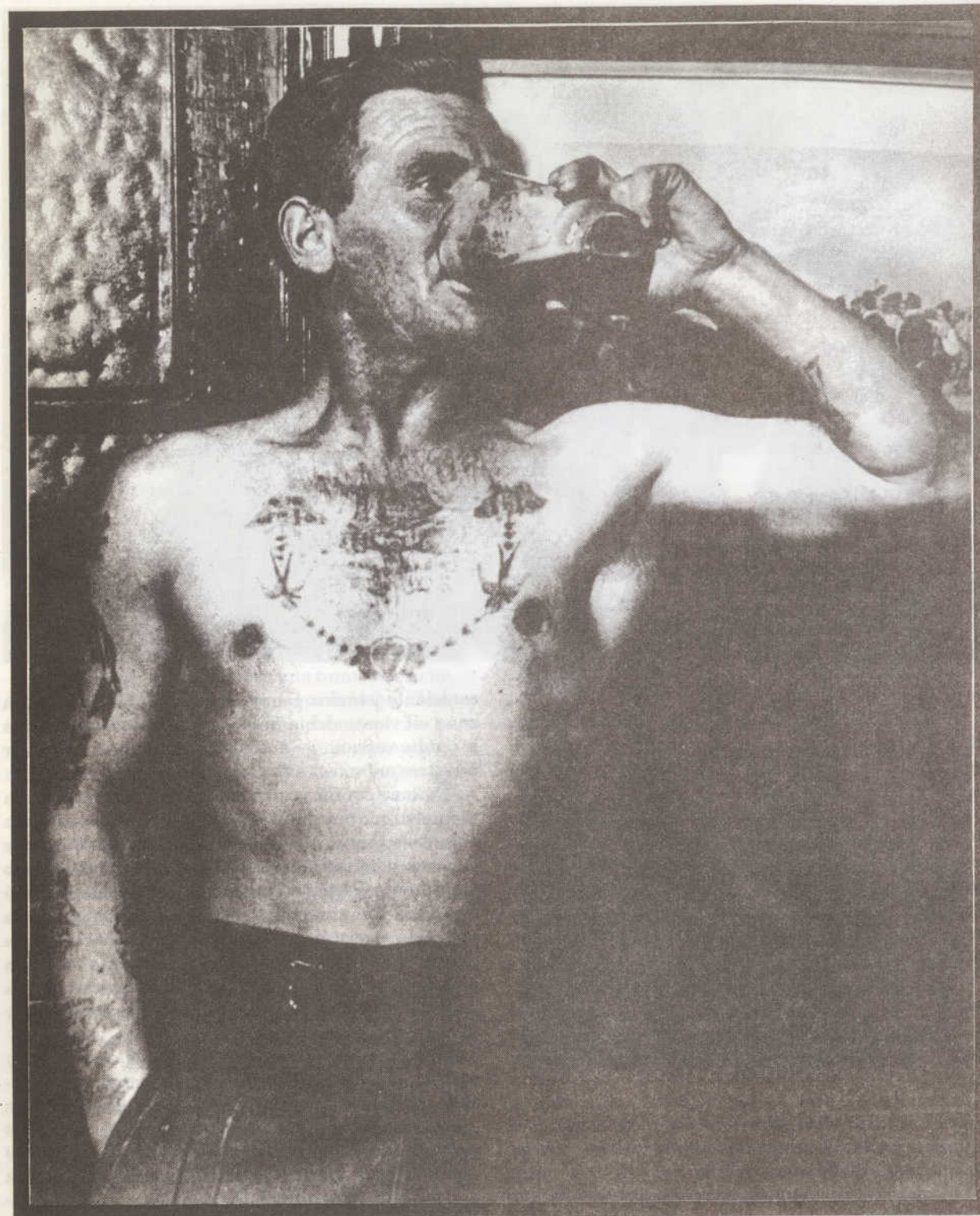


Foto: Bill Brandt

En un principio, la solución del misterio nos había obsesionado a todos, como si fuera otro tipo de fiebre, pero pasó el tiempo sin que descubriéramos nada y terminamos abrumados. El fuego seguía propagándose por la ciudad y lo único que queríamos era un pequeño respiro, poder volver a la vieja rutina.

Por eso sentimos que el secuestro de esa noche era un alivio, una especie de premio por tantas jornadas dedicadas a tareas agobiantes, insalubres.

Durante el día habían logrado localizar a un hombre que había raptado, dos meses antes, a su propia hija. Todas las pistas hasta entonces nos explicaron nuestro

jefe, no habían conducido a ningún lado, habían transformado un caso en apariencia simple en un camino sin salida. Pero en ese momento todo parecía indicar que el dato sobre su escondite actual era irrefutable.

Nuestra misión era simple. El sujeto ni siquiera sospechaba que había sido ubicado, desconocía cuáles eran nuestros propósitos y eso, en teoría, simplificaría las maniobras. Asaltaríamos su refugio sin mayores inconvenientes, utilizaríamos una dosis mínima de violencia si intentaba resistirse y no habría mucho más que hacer. Sería unos doce personas contra una. ¿Qué

Guillermo
V de Vian 43



Foto: Diana Arbiser

otra decisión, excepto rendirse, podía tomar?

Sila resistencia era encarnizada teníamos órdenes de disparar. De lo único que debíamos cuidarnos era que la chica no estuviera en la línea de tiro, rescatarla a salvo.

Algo en el ambiente, sin embargo, me decía que no todo iba a ser tan fácil. El tono del jefe era demasiado sobrio, despertaba desconfianza, y nosotros mismos, a pesar de nuestra experiencia, estábamos faltos de training en este tipo de acciones comando. Habíamos cambiado el matafuegos por las armas y no sería tan fácil como creíamos volver al primer amor original.

El camión blindado de nuestra compañía nos llevó al lugar indicado, del otro lado de la ladera. Como en los viejos tiempos, nos ubicamos seis integrantes de cada lado, enfrentados unos contra otros. Durante todo el trayecto charlamos, fumamos como si estuviéramos dirigiéndonos a una reunión de poker entre amigos, circuló incluso una petaca de pésimo whisky. Era nuestro modo de relajarnos, de demostrar que no habíamos perdido nuestros reflejos.

La noche era densa, pastosa, y, al bajar del vehículo, enfundados en nuestros uniformes, sentimos cómo las gotas espesas de sudor empezaban a correr espaldas abajo. Era una sensación incómoda, desagradable. A pesar de todo, nos recorrió una ráfaga de escalofríos.

El lugar estaba oscuro, la iluminación callejera era casi nula. Nos escudamos detrás de unos árboles esperando las primeras órdenes. Dos se separaron del grupo y se acercaron a una casa de fachada gris en cuyo centro había una puerta metálica. Desde donde estábamos esperando su señal, nuestros dos compañeros parecían polillas husmeando en algún sucio cajón de ropa vieja.

El aire estaba plagado de un polvo

ceniciento y tóxico. Las cenizas habían invadido esa zona -el viento debía haber arrastrado las de algún incendio cercano- y nos vimos obligados a utilizar nuestras máscaras antiguas.

Cuando por fin se abrió la puerta, atravesamos la distancia que nos separaba del edificio con sigilo. Nos encontramos en un largo pasillo iluminado con bombitas de poca potencia que le daba al lugar un aspecto deprimente. Parecía el peor de los aguantaderos. Era una casa comunitaria y, según nuestros datos, la persona que buscábamos se había ocultado en la quinta puerta de ese pasadizo. Un par de inquilinos estaban parados junto a sus puertas y, reptando en silencio, les hicimos un gesto para que se mantuvieran callados y se escondieran en sus casas.

Uno de ellos, un viejo que fumaba un habano y vestía un cardigan azul, miró desde sus gruesos anteojos con incredulidad nuestros pertrechos, las armas que colgaban de nuestras cinturas y las granadas enganchadas al hombro. Cerró la puerta y juraría que apenas entró levantó el teléfono para alertar a la policía. Ahí le deben haber dicho que no éramos incendiarios como él sospechaba, sino un grupo de rescate. Me pareció inclusive oír el ruido del disco al girar tres veces para marcar los números necesarios.

El jefe, sin embargo, no se preocupó. Ya estábamos delante de la puerta que buscábamos y nada podría demorarnos. El rectángulo de barniz oscuro relucía en la penumbra como una linterna.

Podríamos haber tirado la puerta abajo, actuado por sorpresa, sin darle chance a nuestro objetivo. Pero en medio de semejante calma hubiera sido absurdo no tomar nuestras precauciones, no haberle dado tiempo al tiempo. Uno de los técnicos recibió la orden de averiguar qué estaba pasando adentro. Apoyó contra el

muro un objeto electrónico y auscultó como un médico los latidos del corazón de la casa. Con la cabeza indicó que no oía nada extraño.

Supusimos -el método era infalible- que la habitación estaría vacía, que el raptor había sido puesto sobre aviso, que alguien nos había delatado y había aprovechado para fugarse justo antes de nuestro arribo. Pensé en el teléfono de la casa de al lado, en la cara del viejo, pero no podía ser. No cerraban las cuentas para que hubiera podido actuar tan rápido. A menos, a menos, ... y nuestro jefe debe haber pensado lo mismo que yo y ahí sí penetramos en el lugar con violencia, ... que se estuviera fugando por alguna salida desconocida, un sótano, una claraboya, en ese preciso instante.

La madera de la puerta quedó convertida en astillas, pulverizada bajo la efectividad de nuestra acción conjunta.

No nos sorprendimos porque ya nada podía sorprendernos.

El lugar, contra lo que creíamos, no estaba vacío. Consistía en una única habitación de grandes dimensiones. En las paredes podían verse las marcas de los antiguos tabiques demolidos. En los rincones había todavía bloques de cemento desperdigados. En uno de ellos había luz, una bujía de aceite que, como un sahumero, despedía un imponente olor a bencina. Todo el lugar tenía esa fragancia penetrante que embotaba el olfato.

A contraluz, sentado sobre una cama deshecha, se inclinaba la figura de un hombre que fumaba. El humo trepaba hacia el techo como una chimenea. No pude reconocerlo, no todavía. No se movió, permaneció en la misma postura como un pensador de Rodin, y a pesar de todos nuestros uniformes, armas y municiones, ninguno de nosotros se atrevió a dar un paso. Estábamos perplejos. Lo que más nos sorprendía era la abulia que se desprendía de ese cuerpo esmirriado, agotado, la certidumbre de que no buscaba posponer nada, que ni siquiera intentaría huir.

A nosotros llegó un resuello ronco, áspero. Esperamos que hablara primero.

La escasa luz del lugar y su reflejo convertían la pared a sus espaldas en ascuas brillantes. Su silueta se dibujaba en ese lugar, inmóvil, y al adelantarnos un poco, nuestras propias sombras se sumaron al cuadro.

Seguramente porque no había rastros es que nos olvidamos de la nena, de que la moneda de nuestra misión tenía dos caras: capturarlo a él, una, y la otra, tal vez la más importante, rescatarla a ella. La insostenible penumbra nos había cegado en más de un sentido.

"Supongo que no me van a creer, pero los estaba esperando", dijo una voz de ventrílocuo que parecía salir de cualquier lado menos de ese cuerpo sentado sobre el colchón desprolijo. Era más aguda de lo que podía esperarse, el tono casi amable, en absoluto arrogante. Y dijo "esperando", en singular, como si los que componíamos la brigada fuéramos una única y sola persona, un monstruo de doce cabezas.

Nadie preguntó qué quería decir exactamente. Tu vieron que pasar unos instantes, la tensión palpable en el ambiente en la voz del jefe de brigada, para que se le informara por qué estábamos ahí.

La respuesta fue una carcajada sorda y despectiva.



Yo estaba con la mano clavada en la cintura, sospechando que en cualquier momento la situación explotaría como una granada y sería inevitable actuar, cuando me pareció reconocer que esa voz me era familiar.

No podía verle la cara, hundida en la sombra, pero a los pocos instantes me pareció evidente que se trataba de él. Me avergoncé de no haberlo descubierto desde el primer momento.

Era él, Bonzo.

Bonzo se llamaba en realidad Mario Mendoza y era -había sido- mi cuñado. Hacía años que no lo veía y, de eso estaba seguro, no nos reencontrábamos en las mejores circunstancias.

Mario -Bonzo- se había separado de mi hermana Julia hacía ya dos o tres años, meses después de que na-

ciera Irene. En aquel entonces yo ya había entrado en la brigada con todo lo que eso implica: recogimiento, pérdida obligatoria de contacto con los familiares, una vida dedicada única y exclusivamente al trabajo, y ya no volví a verlos. Nunca conocí las razones de su pelea, después de los primeros meses no volví a ver a mi sobrina.

Traté de comprender la violencia de la escena: yo, empuñando un arma, para atrapar a un desconocido que, unos años antes, había sido casi un hermano. Supe que no iba a ser una tarea fácil.

Interludio

Y entonces, como un boomerang que viene desde el pasado, en ese instante, me vino a la memoria una imagen que, me daría cuenta más tarde, era en realidad una premonición.

Había ocurrido cuatro, cinco años antes, cuando todavía trabajaba con él haciendo changas. En aquel entonces ninguno de los dos hubiera siquiera sospechado que una escena como la de ese momento iba a tener lugar alguna vez.

Bonzo era muy distinto al hombre que tenía en ese instante delante mío. Era una persona de aspecto saludable, con un bigote que ahí, bajo la lámpara, parecía ya no estar, y que se jactaba siempre de su buen ánimo. Ahora el rostro parecía surcado por la amargura.

Aquella vez habíamos hecho un trabajito en un pueblo del interior, y ya entrada la noche, en el camino de vuelta, nos detuvo un diluvio furioso que inundó las rutas, bloqueó los caminos y nos obligó a parar en un pueblo perdido en medio del campo y del que nunca habíamos oído hablar.

No había hoteles a la vista, las pocas casas del lugar tenían a esa hora de la medianoche las luces apagadas y, si bien lo pensamos, no parecía prudente tocar el timbre para pedir algo de comer, abrigo, o un lugar donde dormir. Salir al exterior, con semejante lluvia, si uno no quería morir ahogado, parecía incluso un suicidio.

Nos resignamos entonces a pasar la noche en la camioneta. Tratamos de acomodarnos en las posiciones menos molestas, pero a pesar de nuestros esfuerzos el suelo metálico se nos clavaba en la espalda y los huesos. Uno junto al otro, casi podía palpar su respiración, su pecho que se hinchaba y deshinchaba como el de un sapo. Por el ventanuco del vehículo entraba la luz de la calle que, cuando estábamos a punto de dormirnos, nos despabilaba. Algunas goteras en el techo silbaban dejando que gruesas gotas de agua helada nos dieran en la frente. A la media hora estábamos empapados por culpa de las filtraciones y por la carencia de aire.

El tampoco podía conciliar el sueño. Dormir casi a la intemperie, en medio de una tormenta que parecía que de un momento a otro volcaría nuestro precario refugio, no nos daba ninguna tranquilidad.

Estuvimos así, desvelados, hasta la madrugada. El cielo continuaba plomizo, coronado de nubes, y nada indicaba que fuera a escampar. Nuestro retorno volvería a demorarse.

Fue entonces cuando empezó a

hablar del fuego. Lo que quería, supuse yo, era olvidarse del agua que caía del cielo a raudales. Debía intentar conjurar la maldición de las lluvias.

“¿Alguna vez te quemaste en serio?”, me preguntó de improviso, las ojeras cansadas colgándole de la cara como un pellejo muerto.

“Demasiadas”, le contesté, y volví a recordarle que de adolescente trabajaba en el taller de mi padre y miles de veces el soldador me había salpicado con sus chispas las manos y los brazos. En la oscuridad plateada de esa hora, a pesar del poco espacio, traté de mostrarle las marcas donde la piel se había vuelto lisa y brillante o donde las huellas digitales casi habían desaparecido.

No me prestó atención. Estaba completamente ensimismado y me pareció que lo único que quería era que, de vez en cuando, intercalara alguna que otra palabra simplemente para corroborar que no estaba solo en medio de la tormenta.

“Muchas veces me pregunto -dijo- qué se sentirá cuando uno se quema vivo. Debe ser una sensación agradable. Estar prendido de la cabeza a la punta de los pies. Como una antocha humana”. Repitió esas palabras varias veces, en una perfecta imitación de un disco rayado.

En esos momentos, con el frío calándome los huesos y la humedad adhiriéndose a la ropa, yo también habría dado cualquier cosa por un poco de calor. Era agradable imaginar la ropa encendida, sentir la tibieza adormeciéndonos los miembros. Cualquier cosa parecía buena para sobreponernos a la situación.

Con largas pausas, volvía una y otra vez a su monólogo que repiqueaba igual que la lluvia sobre el techo. En duermevela, el ronroneo se había transformado en una verdadera canción de cuna.

Transcurrió así una hora plana, idéntica, repetitiva, con breves períodos de sueño, hasta que oímos una explosión pequeña, el chasquido de un cohete mojado que explota defectuosamente. A través de la ventana empañada un tinte de luz enrojecido nos lastimó la vista.

Afuera seguía lloviendo ininterrumpidamente. Frotamos los vidrios con la palma de nuestras manos hasta que apareció delante de nuestra vista una cabaña de lata que se había prendido fuego. Bajo los litros y litros que caían del cielo, la casa crepitaba ridículamente. Todo duró apenas unos segundos apenas, pero todavía tengo grabada como una postal la imagen en mi memoria.

Como si provinieran de otro lugar, se oyeron unos gritos agudos y supimos entonces que a la gente que vivía ahí dentro el incendio los había sorprendido en pleno sueño. La puerta cayó sola, por inercia, mientras que dos chicos corrían desesperada y hábilmente intentando huir del derrumbe.

En seguida, salió siguiéndoles el paso una mujer amplia y de movimientos torpes. En los hombros llevaba una frazada con la que había logrado apagar las partículas que habían prendido en su ropa. Atravesaron una galería improvisada con retazos de tela, esquivando las latas y cajas sueltas que cubrían el suelo, hasta llegar al aire libre.

Evidentemente alguien había quedado atrapado en el interior de la cabaña porque uno de los chicos quería

volver sobre sus pasos, pero era retenido con violencia por los grandes brazos masculinos de la mujer.

Bonzo había agarrado compulsivamente la lona empapada sobre la que habíamos intentado dormir. Todavía no daba señales de querer salir al exterior. Había observado el espectáculo con la boca abierta, mudo, recordando seguramente la conversación de unas horas antes. Debía creer, como yo, que se trataba de un mal sueño.

Sin embargo, no lo era. Unos instantes después, chocando y rebotando contra las chapas como una pelota en llamas, la figura de un hombre se abrió camino desde el interior. Gritaba como un condenado. Su mujer, ayudada por los hijos, intentaba envolverlo con la colcha, pero él, sin darse cuenta, huía en la dirección contraria. Abrimos la puerta posterior de nuestra camioneta y, frenéticos, nos lanzamos hacia el lugar. La lluvia era cálida y tan pesada que nos aplastaba.

Bonzo llevaba la lona en sus manos, pero ya no era necesaria. El hombre estaba ahora parado sobre una hondonada -había encontrado el camino- y miraba estúpidamente hacia el cielo, como si se hubiera producido algún tipo de milagro inesperado. De su cuerpo salía una tenue humareda y el olor a carne chamuscada llegaba hasta nosotros mezclado con el aroma de la tierra. Después levantó la cabeza para tragar un poco del agua que había logrado apagar, en un instante, el fuego que había estado a punto de consumirlo.

Pensé que Mario se acercaría a preguntarle qué había sentido, para que le respondiera el interrogante, pero se quedó en su lugar, callado, mojándose bajo la lluvia sin saber qué hacer. Fue ese día que lo bauticé Bonzo. Y a partir de ese día el apodo le calzó como un guante.

- Bonzo, le dije, usted es un profeta, un adivino, el Ezequiel de las nuevas generaciones.

Sin decir una palabra, se agarró al volante, mirando la ruta anegada por la que avanzábamos, y dibujó una sonrisa que nunca entendí.

II

Hablar después de que las cosas ocurrieron es muy fácil.

El recuerdo de aquella escena surgió nítido pocos instantes antes de reconocer finalmente a quien perte-



neía aquella figura agazapada. La escasa iluminación del lugar, la cadena de noches y noches en que había estado trabajando a la par del fuego, su voz, repentinamente recobrada, lograron exhumarlo de los archivos de la memoria.

La primera pregunta que me hice fue absurda. Me interesaba menos saber qué hacía ahí, por qué había raptado a su propia hija, desde cuándo estaba ocultándose y huyendo, que averiguar si tenía alguna relación con los incendios. Las razones de mi frialdad eran prácticas. Por aquel entonces, en un intento para combatirlos, había entrado en vigencia una nueva reglamentación y ser encontrado culpable de actos semejantes podía llegar a ser sinónimo de pena máxima.

Rogué equivocarme, que sólo fuera un simple y llano secuestro.

Pero poco a poco otras cosas empezaron a atormentarme. Me parecía imposible no haber reconocido al instante a alguien que no mucho tiempo atrás había sido alguien tan cercano. Sentía un dolor agudo en las sienes, la sensación de que una muralla que había tardado años en construir se estaba derrumbando lentamente en mi interior. Estábamos en bandos contrarios, debíamos actuar como enemigos -yo, por lo menos, debía actuar como si lo fuera- y la situación amenazaba con volverse intolerable. En apenas unos segundos todos los días y años pasados en la brigada parecían inservibles, una pérdida de tiempo. ¿Me convertiría en un traidor?

No parecía haberme reconocido. Eso me daría tiempo, en todo caso, para decidir los pasos a seguir. Eramos muchos, demasiados en esa oscuridad inescrutable para que perdiera el tiempo en investigar la cara de sus perseguidores.

Bonzo siempre había sido un buen conversador y pronto pude comprobar que sus dotes seguían intactas. El tono de sus palabras obnubiló al grupo. Producía el mismo efecto que un encantador de serpientes. Hasta a nuestro jefe -un veterano por cuyas venas sólo circulaba sangre fría- parecía incomodarlo su aspecto desahuciado, el magnetismo de su voz áspera y melodiosa.

Habló de muchas cosas. Trató de explicar los motivos por los que había arrancado a Irene de los brazos de mi hermana Julia. Si se había refugiado en ese lugar ruinoso y maloliente esperando que se aquietaran las aguas era porque no soportaba que no dejaran que la viera, dijo una y otra vez. Tenía tanto derecho como quisiera. ¿No era acaso su hija? ¿No era uña de su uña, carne de su carne?

- No podía seguir viviendo así. Ahora ya no tengo nada más que perder.

Hizo una pausa. Mientras soplaba sobre su pecho para secarse el sudor, pude ver su rostro endurecido, los pómulos que masticaban rabia. Trataba de imaginar qué estaba pensando realmente.

Nuestro jefe hizo un gesto con la mano derecha. Era un caso, quería decirnos, para avanzar con lentitud. No debíamos apresurarnos.

Después, durante un rato, pasó a cuestiones más generales. Parecía tener una teoría para cada mal que nos aquejaba. Habló de las razones de ser de la fiebre incendiaria que asolaba la ciudad, del odio del poder hacia la gente y de la gente hacia el poder.

- Lo que ustedes están haciendo señores, no tiene nombre. ¿Acaso ustedes no harían lo mismo si estuvieran en mis zapatos?

Traté de comprender qué podía significar tener hijos, pero no era una tarea simple. Evidentemente Bonzo desconocía que una de las condiciones fundamentales para entrar en las brigadas era ser soltero y no tener prole, ni antes ni durante nuestras permanencia en ellas.

Sin que se le moviera un solo músculo de la cara, nuestro jefe habló por primera vez y le espetó en tono marcial:

- Lo mejor es que nos diga donde está la chiquita. Si se entrega ahora no le pasará nada.

Pero Bonzo no estaba dispuesto a ceder y seguramente fueron esas palabras las que le hicieron ver que ya no tenía escapatoria. A partir de ese instante algo cambiaría en él. Debe haber sentido que había cruzado una línea a partir de la que ya no había camino de retorno.

Estar ahí, frente a él, sin que lo supiera, se estaba volviendo insoportable. Según las costumbres de la época, nada había más despreciable que ser capturado por alguien conocido y quería evitarle esa humillación. No debía ni podía hablar. Dentro de nuestras leyes, eso solamente correspondía al jefe.

Bonzo -¿sería realmente él, no me estaría engañando?- se puso de pie y automáticamente todos -excepto yo- tantearon sus armas. Lo que suponían era que por fin había decidido entregarse y que, de un momento a otro, nos confesaría qué había hecho con su hija, dónde la había escondido. Pero no ocurrió nada de eso. Solamente parecía querer estirar las piernas.

Metapé la cara, retrocedí un paso

hasta devolverla a las sombras. Trataba de ganar tiempo antes de que él también me reconociera. ¿Cuánto podía hacer durar la farsa? Sin casi saberlo, estaba buscando el momento para darle una señal y mostrarle que todo iba a salir bien. No podía dejarlo así, abandonado a su suerte.

Aplastó contra el suelo astillado el cigarrillo que había estado fumando y lanzó hacia un rincón uno de aquellos silbidos agudos y eléctricos que tan bien recordaba.

Irene, dijo en voz baja, vení acá conmigo.

Desde algún lugar de la habitación, antes de que pudieramos darnos cuenta de quién se trataba, salió la nena. Tenía puesta apenas una pollera sucia y el cuerpo blanco y esquelético parecía sobrellevar el calor mucho mejor que todos nosotros.

Demasiado tiempo que no la veía, demasiado. Todavía podía acordarme del parto, de cómo sostenía en brazos aquellos primeros días, liviana como una pluma, a aquella beba recién nacida. Pero ya tenía tres años y avanzaba arrastrando los pies, todavía adormecida. También le había cambiado el color de pelo. El rubio claro se había convertido en un color más oscuro. Se adelantó perezosamente y extendió la mano para alcanzar la de su padre.

Pensé en cuánto se parecía a Julia. También Irene crecería y se transformaría en una mujer llamativa, como su madre. Cuando yo tuviera cincuenta años, ella tendría veinte y sería la prueba fehaciente de que yo había envejecido. Tal vez, pensé al verla, algún día dejaría la brigada y tendría hijos como ella.

Cuando volví en mí, Bonzo estaba hablando aceleradamente y había que esforzarse para entender lo que decía. Algunas palabras se repetían en su discurso: "infamia", "madre", "venganza", "yo". Suritmo se había vuelto frenético.

Me invadió una sensación de pena insoportable. Bonzo había cambiado, Irene había cambiado, yo mismo era una persona muy distinta a la que había sido. Si todo hubiera ocurrido en el pasado habría sido muy fácil ayudarlo, pero estábamos en el presente y ya nada era lo mismo. Unas horas antes estaba agradeciendo que esa noche nos tocara un secuestro; ahí, en el momento de la acción, extrañaba los incendios.

Su desesperación iba en aumento. Casi podía palparse en ese ambiente claustrofóbico, con el aire que empezaba a agotarse y el sudor que se nos adhería a las mejillas.

A contraluz, la piel de mi cuñado estaba empapada, cubierta de rocío. Miré mis manos. Las gotas espesas seguían deslizándose desde el interior del uniforme y se condensaban en la punta de los dedos. Después caían al suelo, como la cera de las velas.

Mi sobrina era la única que parecía ajena a los vaivenes de la temperatura. Miraba con sus ojos entrecerrados al semicírculo de hombres que rodeaba a su padre. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo.

Irene es mía, dijo de repente Bonzo, contestando a una pregunta inexistente.

Su voz se había irritado y jadeaba como si se estuviera ahogando. La misma sensación nos invadió a todos.

Ella se había sentado sobre las sábanas hechas

jirones y empezaba a adormecerse. La llama de la lámpara se redujo y la oscuridad a nuestro alrededor se multiplicó.

Fue una oportunidad propicia para atacar, pero nuestro jefe volvió a postergarla.

Excepto traerla al mundo, la madre nunca hizo nada por ella. Nunca fue responsable, empezó a chillar Bonzo.

El calor había empezado a hacer efecto no sólo en él. Pude ver con claridad cómo algunos de los nuestros contravenían el reglamento. Se desabrochaban los botones de la pechera o simplemente apoyaban las máscaras en el suelo pringoso.

Un eco volvió a repetir las últimas palabras, que parecían flotar a nuestro alrededor como una amenaza.

Estuve a punto de hablar, de querer terminar con todo de una vez. No podía sostenerse esa situación durante toda la noche, era evidente. Nuestro propio líder, se me ocurrió, podía estar siendo víctima del calor insoportable.

Traté de imaginar qué hubiera querido Julia que hiciera en esa circunstancia. No lo sabía. Mi deber primordial, creí, era rescatar a mi sobrina. El resto podía esperar.

De a poco su agresividad se hizo más y más tangible.

Pateó algunos bloques de cemento que se arracimaban a sus pies y empezó a insultarnos, a decirnos que no sabíamos en qué nos estábamos metiendo, que todo era una gran equivocación.

La seguridad que había mostrado hasta ese momento comenzaba a derretirse -nunca más correcta la palabra- y parecía que otra persona había tomado su lugar. Su sudor, con el paso de los minutos, se volvía fantástico e irreal. Un barniz fluorescente. Se sacó la camisa blanca, que se le había adherido al torso, y dejó a la vista sus múltiples tatuajes.

Empezaba a contradecirse. Eramos testigos de cómo la fiebre comenzaba a ganar sus batallas. Todos sentimos que en cualquier momentos podíamos ser devorados por esa vorágine, en la fuerza centrípeta que parecía invadir el recinto.

Cuando nuestro jefe dio un paso adelante junto a uno de sus segundos -disimulando el chaleco de fuerza a sus espaldas- Bonzo agarró un bidón de los que se

usan para almacenar agua y bebió un largo trago. Nuestras lenguas empastadas también reclamaban líquido y lo envidiamos sinceramente.

Elevó el recipiente y empezó a rociarse desde cierta altura. Sacudió su cabeza y, después, siguió empapando el resto de su cuerpo. Se frotó los brazos, el pecho. Una buena lluvia refrescante, recordé... miré hacia arriba. En el techo sucio, un par de aberturas dejaban ver el cielo estrellado.

La pausa para refrescarse -lo que nosotros creíamos era una pausa para refrescarse y desembarazarse de pegajoso sudor- duró unos segundos.

Estaba imaginando cómo terminaría todo, haciendo cálculos, cuando la ráfaga me alcanzó en plena cara.

La habitación se inundó de olor a combustible y fue entonces y sólo entonces cuando descubrimos que no se trataba de agua, que lo que se había arrojado encima era querosén en estado puro.

El jefe, que se había decidido a iniciar la ofensiva a destiempo, reculó agitadamente. Un poco del líquido se deslizó por el suelo, acompañado por un hilo de fuego, hasta nuestros pies.

Mientras me cubría la cara e intentaba acercarme, empecé a gritar como un poseso. De repente volvía a sentirlo cercano. Necesitaba quemarme con él.

En una fracción de segundo toda su silueta se había convertido en una voraz mancha de fuego. Pude ver sus rasgos retorciéndose, descarnados, bajo esa máscara de barniz naranja. Era una verdadera antorcha humana.

Todo el grupo, excepto yo, salió al pasillo en busca de extinguidores. Después de mi primera reacción, al ver que nada podía hacerse me quedé petrificado en mi sitio, siendo testigo de ese terrible, inesperado espectáculo de combustión espontánea.

Por eso no pude hacer nada para evitar que se acercara a Irene. Como un remolino la tomó en su brazos y la apretó contra su pecho. Ella apenas gimió al recibir ese largo abrazo final.

Cuando por fin logramos acabar con el incendio, media hora más tarde, la habitación había quedado arrasada.



Pudimos llegar a los cuerpos. Estaban completamente carbonizados, pero todavía podía verse cómo Bonzo sujetaba a su hija en la misma postura en que había podido verlos en el último instante. Ella, en lugar de intentar desprenderse, parecía abrazarlo.

Después, horas más tarde, cuando hicimos el inventario final, descubrimos en un pequeño armario en el fondo lanzallamas, picos y botellas de combustible. No entendimos bien que significaban -todo el mundo tenía esos instrumentos en su casa- pero ahora me parece evidente que había sido uno de los tantos incendiarios anónimos que, sin comprender sus acciones, habían esparcido la plaga por la ciudad.

Ahora, tantos años después, vuelvo a recordar lo que pensé en aquel exacto momento en que vi la lámpara de aceite cayendo encima de su cuerpo, encendiéndolo: que ojalá en ese exacto momento lloviera, que por algún milagro empezara a correr agua por las aberturas del techo y ese diluvio apagara los dos

cuerpos encendidos.

Pero no llovía. La noche era estrellada y en el aire flotaban partículas de polvo ceniciento.

Todavía pongo cada mañana una taza de café junto a la mía en su memoria y hago un esfuerzo por recordarlo de otra manera, no en el delirio cruel de aquella noche suicida.

A veces también pienso en Irene. Ahora, que ya cumplí cincuenta y abandoné las brigadas, ella debería tener alrededor de veinte años. Tendría los mismos ojos que Julia, su misma boca carnosa, la misma melancolía que la acompañó desde aquel entonces.

Pero lo que no pude olvidar es la imagen final. Los dos cuerpos adheridos siguen brillando delante de mi vista. Sus caras, a través del fuego, me acusan como si siempre hubieran sabido que estaba ahí, acompañándolos, como si me hubiera negado a apagar el fuego que los devoraba.

Marzo 1994

Identikit

1- En realidad no me llamo Guillermo Fourquet. "Guillito" era mi mejor amigo de la primaria y, como hace muchos años que no lo veo, asumí su nombre y apellido como seudónimo. Hace poco quise saber algo sobre Salinger. Rastree en todos sus libros y no encontré ni un dato bibliográfico. Después se me dio por querer conocerle la cara a Pynchon. Sólo después de esas experiencias entendí por qué firmo como firmo.

2- Si mal no recuerdo fue el 27-12-67, un poco antes que yo.

3- Guillito, a pesar de que era un verdadero cráneo, no terminó la secundaria y se dedicó a vender coches. La última noticia que tuve es que criaba cochinillos y pollos en una granja de Entre Ríos.

4- Siempre quise ser un escritor divertido, acumular gag tras gag como Tom Sharpe, Mendoza o Sábato, pero conozco mis limitaciones. Ahora estoy leyendo una novela de ese tipo. Se llama "The Road to Wellville", fue escrita por T. Coraghessan Boyle, y gira alrededor de John Harvey Kellogg, inventor del com-flake y maniático hombre de salud de principios de siglo. Bajo su sabia influencia, me vino la idea de escribir algo así sobre la clínica de Favaloro. Pero me acuerdo de su cara de rinoceronte estroñado y se me marchitan hasta los mejores chistes.

Guillermo
50 V de Vian

5- Juntos (con G.), cuando tenía-

mos diez años, leíamos la revista Pelo (a esa edad todo se perdona) como si fuera la mismísima Biblia. Libro-libro fue muy importante un texto actualmente devaluado que me prestó y nunca me reclamó: el Robinson Crusoe. Sin embargo, no puedo negar que soy un lector discontinuo. Entre nosotros, los libros que más me gustaron fueron los de Saer, Copi, y Fogwill. Foráneos: Céline, Flann O'Brien, John Barth, Philip Roth, etc.

6- Nunca sentí que me iba a dedicar a nada. Simplemente hago cosas y por eso escribí algunos relatos. El -Guille- era un gran narrador oral en aquellos tiempos y sigue siendo mi mayor influencia. Tenía tal poder de persuasión que llegó a hacerme creer, después de una detallada explicación in situ, que la M Voladora -mítica motocicleta de fabricación nacional- salía disparada hacia los cielos con sólo apretar un pedal. A partir de aquel día también yo -de turro, sólo para vengarme- empecé a contar mis historias.

7- En cualquier momento. Me gusta(ba) escribir de noche, pero desistí desde que, cierta madrugada, mi mujer me pegó un tacazo porque ya no soportaba el ruido oxidado de mi Remington.

8- Mi proyecto es programar una revolución fidelista dentro de mi casa y permitirme escribir (cuando yo gobierne) después de las 12 de la noche. Después, dentro de muchos años, me gustaría tener hijos y adopción.

para que conserven el celibato.

9- Tú, lecteur, mon semblabe, mon frère. Tal vez el editor -no apostaría nada, ya no se puede confiar en ellos- o el diagramador, un chico que se tienta fácilmente. Mi mujer se negó sistemáticamente a perder el tiempo en estas cosas.

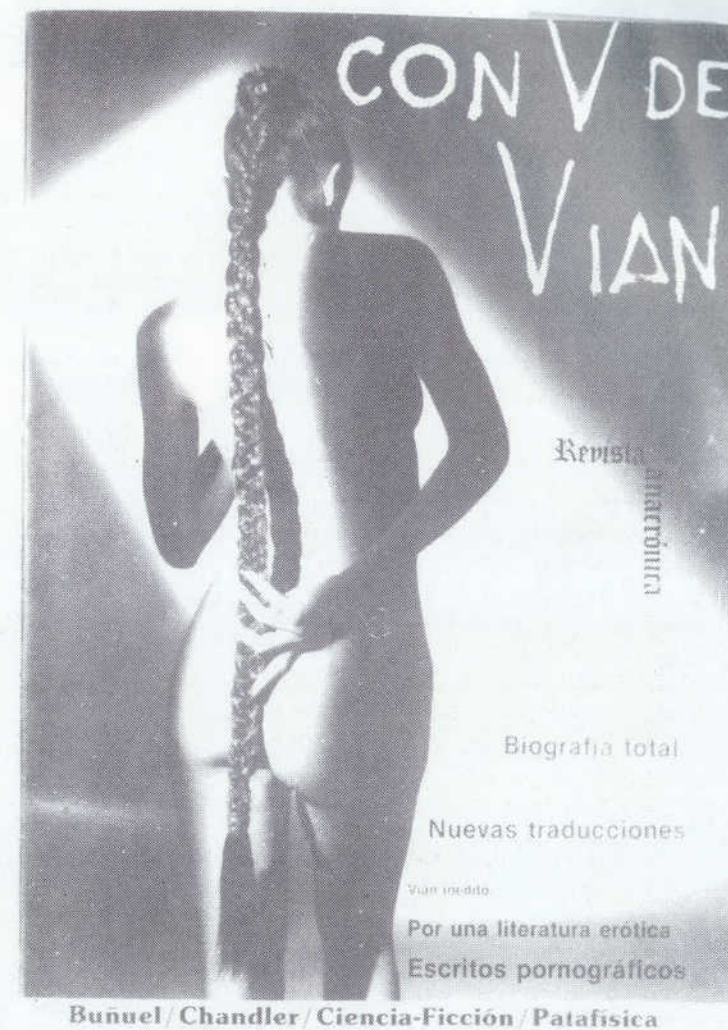
10- Mayo del 68. No me preguntan por qué.

11- En una época me gustaba el jazz, pero desde que vendí el tocadiscos -y con él los discos- perdí la costumbre. Recuerdo todavía un par de cosas de Coltrane: Lush Life y Blue Train. Me cae bien Sinéad O'Connor y su último disco -que oí en casa de un amigo- es lo mejor que salió en los últimos tiempos.

12- Hasta hace poco -cuando todavía mi bolsillo soportaba el ritmo- iba al cine todos los días. Teniendo en cuenta la cantidad de estrenos semanales es fácil deducir que veía todo lo que había en cartel. Lo más triste es que me gustaba también todo. Las películas malas son mi debilidad.

13- De adolescente -como Guillito en la infancia- tenía inclinaciones piromaniacas y una vez me echaron de uno de los tantos colegios por los que pasé por incendiar un pupitre. Ahora soy un poco más grande y para sublimar -quiero decir, para no flambear a mi mujer, que ahora me pide que apague la luz- tuve que escribir este pequeño textículo que desborda llamas por todos los poros.

¿Te acordás?



¿Dónde estabas el 17 de diciembre de 1990?

Ese día aparecía el número uno de V DE VIAN. Cumplimos cuatro años y lo vamos a festejar.

En la semana del 12 diciembre sacamos el número 16 en el tamaño "grande" de siempre y con todos los temas a los que estás acostumbrado: literatura, televisión, cine, música, sexo, sociedad, nuevas tendencias, nuevos y viejos mitos, y las mejores e inolvidables fotos. Además las secciones habituales: Cuánto vale tu silencio, Feria de Vanidades y Click!

Y el 20 de diciembre festejamos en El Garage Argentino (México al 300). No te olvides de agendarlo.